

EN ARMONÍA
CON EL INFINITO
Plenitud de Paz, Poder y Abundancia

POR
RODOLFO WALDO TRINE
Traducción del inglés por
FEDERICO CLIMENT TERRER

En ti mismo existe la causa de cuanto en tu vida influye. Si completamente educes tus fuerzas interiores, acondicionarás tu vida en armonía con lo que desees que ésta sea.

Editora **Amelia Boudet**
Barcelona
1992

Prólogo del traductor

Más pasional e irreflexiva de lo que a primera vista parece es la inculpación de materialista y escéptica que pesa sobre la sociedad de nuestros días. Verdad es que a simple inspección flota en el mundo la espuma de la concupiscencia y del afán de goces materiales, pues son generalmente los malos quienes más vocean y por vocear a gritos parecen muchos. Pero el observador atento descubre en todas las clases de la sociedad contemporánea buen número de familias e individuos que, alejados de la mefítica esfera donde toda frivolidad tiene su trono, laboran en las austeridades del hogar, en íntimo coloquio con la propia conciencia, por el perfeccionamiento de su ser, con la mira puesta en sus inmortales destinos.

Si así no fuese, si la impiedad y el escepticismo prevalecieran con satánica soberanía en la sociedad de nuestro tiempo, la obra cuya traducción ofrecemos al público de habla española no lograra en los países de lengua inglesa el asombroso éxito que cifran los ejemplares vendidos por centenares de millares. Y en verdad que la obra del conspicuo escritor Waldo Trine merece tan entusiasta acogida, pues en ella se dilucidan los sempiternos problemas psicológicos de tan sorprendente y original manera, que parece singular excepción de la conocida sentencia: *Nihil novum sub sole*.

Waldo Trine ha engalanado con garboso y ameno estilo la filosófica aridez de los conceptos, de suerte que su libro se lee sin fatiga y deleitosamente desde la primera hasta la última letra, y su lectura consuela el ánimo y le da fortaleza para no amilanarse ni cejar en las incruentas pero terribles batallas de la vida.

No es *En Armonía con el Infinito* obra puramente mística, sin otra finalidad que el egoísmo psíquico en contraposición al egoísmo material de los sentidos corporales, sino hermosamente humana, de positivo auxilio en las tribulaciones, de segura norma de conducta y que de maravilloso modo entrefunde la fe religiosa con la verdad científica.

Vencido por la belleza de esta obra inimitable, traté de traducirla al español de modo que, sin alterar la índole original de los conceptos del autor, fluyera límpido y abundoso el caudal de pensamientos que en horas de feliz inspiración brotaron de su mente.

Para las almas delicadas, ansiosas de recibir la verdad, será *En Armonía con el Infinito* la revelación de un mundo vagamente presentido, que en toda la esplendidez de su nítida hermosura les brindará las fuerzas determinantes del convencimiento y de la acción a que sin duda ha de moverlos la lectura y estudio de la obra.

Las más nobles aspiraciones del alma humana, las más excelsas virtudes a que el vicio rinde en este mundo el homenaje de la hipocresía, están tratadas por Waldo Trine con la profundidad del teólogo y la intuición del artista. El amor, la caridad, la beneficencia, todo cuanto de noble y óptimo abarca la vida moral, queda expuesto por Trine con tan soberbia maestría y tan elegante sencillez, que poco a poco se siente transportado el lector a las celestes esferas henchidas de bien, impenetrables al mal, y la virtud se hace amable y el vicio aborrecible por natural impulso de la conciencia, sin necesitar lección del ejemplo. *En Armonía con el Infinito* es una obra manifiestamente estimuladora, de incondicional tolerancia con todas las modalidades y formas de la verdad y el bien que en alas de la mente y de la voluntad se remontan a través del Universo hasta el trono de Dios.

Federico Climent Terrer

Prefacio del autor

Un hilo de oro ensarta todas las religiones del mundo y entrelaza las vidas y doctrinas de cuantos profetas, videntes, filósofos, mesías y redentores en la historia fueron, y la de todos los hombres de perdurable autoridad. Todo lo que ellos hicieron o lograron estuvo sujeto a principios y leyes, y lo que uno hizo pueden hacerlo cuantos tengan las requeridas facultades para ello.

Este mismo hilo de oro debe enhebrar las vidas de cuantos en el atareado mundo de nuestros días ansíen trocar la impotencia por el poderío, la debilidad y el sufrimiento por la fortaleza y el gozo, la pena y el desasosiego por paz completa, la miseria y penuria por copiosa abundancia de bienes.

Cada cual es el arquitecto y artífice de su propia vida, pero al mismo tiempo que erigimos interiormente el mundo de la conciencia, atraemos al mundo exterior y él nos atrae.

Los pensamientos son la fuerza edificante de que disponemos, porque fuerza es el pensamiento. Cada ser engendra y atrae a su semejante, y a medida que el pensamiento se espiritualiza, llegan a ser más sutiles y poderosos sus efectos. Esta espiritualización obedece a ciertas leyes y está bajo la potestad de todo hombre.

Todas las cosas existen en el Universo invisible antes de manifestarse en el visible, en lo ideal antes de aparecer en lo real, en lo espiritual antes de mostrarse en lo material.

El reino de lo invisible es el reino de las causas. El reino de lo visible es el reino de los efectos. La naturaleza del efecto está siempre determinada y condicionada por la naturaleza de la causa.

Un divino encadenamiento entrelaza el Universo entero y por todos los lugares la voluntad humana está vivificada por la voluntad divina, de manera que si con ella armonizamos la nuestra y obramos de acuerdo con las leyes y fuerzas superiores, seremos un eslabón del maravilloso encadenamiento del Universo. Tal es el secreto de todo éxito. Así se llegan a adquirir desconocidas riquezas e inimaginables facultades.

R. W. Trine

Preludio

Razón tienen optimistas y pesimistas, aunque entre unos y otros haya tan antitética diferencia como entre la luz y las tinieblas. Unos y otros tienen razón, pero cada cual la tiene desde un peculiar punto de vista que influye en su conducta como factor determinante de energía o impotencia, paz o tribulación, éxito o fracaso.

El optimista ve las cosas íntegramente en sus verdaderas y exactas relaciones; el pesimista las mira desde un mezquino y unilateral punto de vista. La inteligencia del primero está iluminada por la sabiduría; la del segundo, entenebrecida por la ignorancia. Ambos edifican su mundo interno según el plan de sus miras respectivas.

El optimista, con intención y conocimiento superiores, fabrica su propia dicha, y en el grado en que la fabrica, coopera además a fabricar la del mundo entero. El pesimista, por vicio de sus limitaciones, fabrica su propia desdicha, y en el grado en que la fabrica, coopera además a la desdicha de todo el linaje humano.

En cada uno de nosotros predominan las características del pesimista o del optimista. Hora por hora estamos forjando nuestra propia dicha o nuestra propia desgracia, y en el grado en que forjaremos una u otra cooperaremos a forjarías también para todo el mundo.

Para que haya armonía, es preciso que una cosa esté en exacta relación con otra, ya que estar en relación con una cosa es estar en armonía con ella.

1. La Causa Suprema del Universo

La Causa primordial del Universo es Dios, el espíritu de vida y poder infinitos que todo lo llena, todo lo anima y en todo y a través de todo se manifiesta por sí mismo, porque está en todas partes por esencia, presencia y potencia. Es el eterno e increado principio vital del que todo emana, por quien todo ha llegado a ser y continúa siendo. Si hay una vida individual, necesariamente ha de haber una fuente de infinita vida de la que aquella emane. Si hay una corriente de amor, necesariamente ha de haber un manantial inagotable de amor de donde aquella fluya. Si la sabiduría existe, es necesario que brote de una vena inagotable de omnisciencia. Lo mismo puede decirse respecto a la paz, al poder y a las llamadas cuestiones materiales.

Por consiguiente, Dios es el espíritu de vida y poder infinitos, procedencia y origen de cuanto existe. Dios crea, forma, rige y gobierna por medio de eternas e inmutables leyes y fuerzas el Universo que por todas partes nos rodea. Cada acto de nuestra vida está regido por esas leyes y fuerzas. Las flores que vemos en las márgenes de los senderos, brotan, crecen, se abren y marchitan obedientes a leyes invariables, y a estas mismas leyes se sujetan los copos de nieve que, al formarse, caer y derretirse, juguetean entre cielo y tierra. Nada hay en el Universo mundo sin su pertinente ley. En consecuencia, es necesario que superior a todo haya un legislador de mayor grandeza y poderío que las mismas leyes cuya causa es.

Aunque al espíritu de vida y poder infinitos que todo lo llena le llamamos Dios, de igual modo podríamos llamarle Bondad, Luz, Providencia, Ser Supremo, Omnipotencia, o darle cualquier otro nombre conveniente, pues no importa la palabra con tal que exprese la suprema Causa Universal en sí misma considerada. Así pues, Dios es el espíritu infinito que por sí solo llena el Universo, por quien y en quien todo existe y nada hay fuera de El.

Como dice San Pablo, “en Dios vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser” (Hechos de los Apóstoles, 17:28).

Hubo y hay almas convencidas de que hemos recibido la vida de un soplo de Dios. Pero esta creencia en nada se opone fundamentalmente a la que de nuestra vida es semejante a la de Dios, de manera que son una misma esencia Dios y el hombre. Si Dios es el Espíritu infinito de vida, anterior a todo y de quien todo emana, nuestro individualizado espíritu procede de esta Fuente inagotable, por medio del soplo divino. Si nuestro espíritu individual emana del Espíritu infinito que se manifiesta en la vida de cada individuo, debe ser semejante en calidad a la fuente de que fluye.

¿Cómo podría ser de otra manera? Pero importa prevenir todo error considerando que, no obstante ser afines la vida de Dios y la del hombre, la vida de Dios es tan inmensamente superior y trasciende desde tal distancia a la vida del hombre individual, que abarca además toda otra vida, y difiere de ella en cantidad y grado. ¿No evidencia esta explicación que ambas opiniones son verdaderas, que las dos son una y la misma y pueden explicarse por medio de una misma alegoría?

Figurémonos en medio del valle un estanque alimentado por inagotable manantial situado en la falda de la montaña. El agua del estanque es en naturaleza, calidad y propiedades, idéntica a la del inmenso depósito, su fuente.

Sin embargo, la diferencia está en que el conjunto de las aguas del depósito situado en la montaña es tan superior al de las del estanque del valle, que aquél podría alimentar sin agotarse un sinnúmero de estanques iguales al que alimenta.

Así sucede en la vida del hombre. Aunque como ya hemos dicho, nos diferenciamos del infinito Dios, anterior a todo, vida de todo y de quien todo procede, recibimos la vida individual de su divino soplo y por lo tanto nuestra vida es en esencia la vida de Dios.

Si esto es así, ¿no se infiere que el hombre se aproxima a Dios en la misma proporción en que se abre su ser al divino flujo? Si es así, necesariamente se infiere que en el grado en que efectúe esta aproximación, recibirá poder y fuerzas divinas. Y si el poder de Dios no tiene límites, ¿cabrá negar que los límites del poder del hombre son los que él mismo se traza por no conocerse a sí mismo?

2. El objeto capital de la Vida Humana

Después de la suprema causa eficiente del Universo, la cual hemos reconocido que es

Dios, el espíritu de infinita vida, anterior a todo y de quien todo procede, nos permitiremos inquirir cuál es el objeto primordial de la vida humana. Cuestión que, después de lo expuesto, casi se resuelve por sí misma.

El objeto capital de la vida humana es lograr la consciente y positiva efectividad de nuestra unión con Dios y abrir completamente nuestro ser a su divino flujo. Este es el objeto capital de la vida humana en el que todo otro se encierra y del que todo otro se deriva. En el grado en que logremos la consciente efectividad de nuestra unión con Dios y abramos nuestro ser a su divino flujo, se manifestarán en nosotros las cualidades y potencias de la vida infinita.

¿Qué significa esto? Sencillamente que reconocemos nuestra verdadera identidad, que ponemos nuestra vida en armonía con las leyes y fuerzas del Universo y que abrimos nuestro ser a la suprema inspiración, como según demuestra la historia del mundo hicieron los profetas, videntes, filósofos, salvadores, mesías y todos los hombres de magno y fortalecido ánimo. En el grado en que lleguemos a realizar nuestra unión con Dios, lograremos que el poder divino obre y se manifieste en nosotros. Pero si a causa de la ignorancia nos alejamos del supremo poder de Dios, como generalmente sucede, impediremos que se manifieste en nosotros.

También podemos cerrarnos a propósito a su actuación, privándonos de esta manera de facultades de que por la verdadera naturaleza de nuestro ser somos legítimos herederos. En cambio, en tan alto grado pudiéramos llegar a la unión de nuestro ser con Dios y tan completamente abrírnos a su divino flujo y a la acción de sus fuerzas, inspiraciones y potencias, que llegaríamos a un nivel superior al de la generalidad de los hombres.

¿Y qué es un hombre superior? Aquel en quien sin dejar de ser hombre se manifiesta el poder de Dios. No hay límites para un hombre de esta condición, porque los únicos que pudiera tener son los que él mismo se trazara.

La ignorancia es el más poderoso factor de estos límites en la mayoría del linaje humano, y así el vulgo continúa viviendo mezquina y desmedradamente porque desconoce la alta vida de que son herederos y la identidad de su verdadera naturaleza. El género humano ignora todavía que la esencia del Yo dimana de la vida de Dios. Por vicio de ignorancia no se ha abierto al divino flujo ni ha sabido trazar el cauce por donde fluya el infinito poder. Mientras sólo nos conocemos a nosotros mismos como hombres, sólo tendremos poder humano. Cuando nos convenzamos de la divina esencia de nuestra alma, en el grado en que abramos nuestro ser al divino flujo nos acercaremos a Dios.

Un amigo mío tiene en su heredad un hermoso estanque artificial alimentado por el agua de un depósito que a cierta distancia se abre al pie de la colina. Una compuerta regula el flujo del líquido por el canal que lo conduce desde el depósito al estanque. Es un paraje de sorprendente belleza. En los días del estío, las flores del loto, ya completamente rota su clausura, besan la límpida y transparente superficie de las aguas. Rosas de junio y otras flores silvestres brotan continuamente en las orillas. Los pájaros acuden a beber y bañarse y desde el alba al ocaso dejan escuchar sus melodiosos trinos. Las abejas están infatigablemente atareadas en libar las corolas que esmaltan el silvestre jardín. Un frondoso bosquecillo, donde crecen frutas silvestres y gran variedad de hierbas y helechos, se extiende tras el estanque hasta más allá de lo que la vista alcanza.

Nuestro amigo es un hombre superior, un amante del prójimo. Y por lo tanto no ha puesto en su propiedad letreros tales como “Vedado”, “No se permite el paso”, “Los que entren serán procesados”. Muy al contrario, en el extremo de un plácido y oculto sendero que a través del bosquecillo conduce al encantador paraje, hay un cartelón con estas

palabras: “Sea bienvenido todo el mundo al estanque del Loto.” Y todo el mundo ama a nuestro amigo, aunque nadie depende de él, y él a todos ama y lo que es suyo es de todos.

Allí se ven frecuentemente grupos de alegres niños entregados al juego. Allí llegan algunas veces hombres y mujeres, rendidos de fatiga, que tras breve descanso se van con semblante gozoso como si la carga les pareciese más ligera, y se van murmurando con rumores de oración estas palabras:

“Dios bendiga a nuestro hermano amigo.” Muchos llaman a este pasaje el jardín de Dios.

Mi amigo le llama su Jardín Espiritual y pasa muchas horas tranquilo en él. Con frecuencia, después de marcharse los demás, le he visto pasearse de un lado a otro o sentarse en un banco rústico a la claridad de la luna, aspirando el aroma de las flores silvestres. Es hombre de hermoso y sencillo carácter. Dice que allí siente la realidad de la vida, que ve el alma de las cosas y que muchas veces recibió allí, como luz de un relámpago, la inspiración de sus proyectos más atrevidos y felices.

Todo cuanto hay en la vecindad del estanque parece que alienta en espíritu de bondad, benevolencia, placidez y gozo. Cuando los rebaños llegan a los hitos puestos en el linde del bosquecillo y ven a través de él la belleza del paraje, se regocijan como si fueran racionales y saltan de contento, que así le parece a quien sonriendo los contempla, al observar sus manifiestas señales de placer y alegría.

La compuerta del estanque está siempre levantada de modo que dé paso al necesario caudal de agua para alimentar, además del estanque, un arroyo que serpentea campos abajo y a través de los del vecino, brindando de beber a los rebaños y manadas que en las montañosas faldas pacen y seestean.

No hace mucho tiempo, nuestro amigo estuvo un año ausente, y durante su ausencia arrendó la finca a un hombre que, según la voz del mundo, era un verdadero espíritu práctico, sin tiempo para cuanto no le allegara material beneficio. La compuerta que ponía en comunicación el depósito con el Estanque del Loto quedó completamente cerrada, y el cristalino manantial de la montaña ya no pudo alimentar el estanque. Desapareció el cartelón con el letrero “Sea bienvenido todo el mundo al Estanque del Loto”. Y ya no acudieron enjambres de chiquillos ni grupos de hombres y mujeres a contemplarlo. Todo cambió. Privadas de la vivificadora corriente, se marchitaron las flores y cayeron en el fango los tallos que las sustentaban. Muy pronto murieron los pececillos que antes jugueteaban en las transparentes aguas, y la pestilencia de sus cuerpecitos muertos ahuyentó al caminante. Ya no brotaban flores en las márgenes. Ya no acudían los pájaros a beber y bañarse ni se escuchaba el zumbido de las abejas. Y el arroyo que campos abajo murmuraba se secó hasta el punto de que las manadas y rebaños ya no pudieron apagar la sed en las límpidas aguas de la corriente.

Fácil es hallar la causa de variación tan profunda en el cierre de la compuerta por donde fluía el agua del manantial que como fuente de vida alimentaba el estanque.

Y cegada así a propósito la fuente, no sólo varió por completo de aspecto el “Estanque del Loto”, sino que los campos vecinos se vieron privados del arroyo que refrigeraba sus márgenes y daba de beber a las manadas.

¿No es esto un acabado símil de lo que en la vida humana sucede? En el grado en que reconozcamos nuestra individualidad, nuestra relación con Dios, vida de todo. y en el grado en que abramos nuestro ser a su divino flujo, llegaremos a la armonía con el Infinito. Y en el grado en que recibamos esta superabundancia de bienes, todo cuanto esté en contacto con nosotros participará de sus efectos. Tal es el “Estanque del Loto” de nuestro amigo, amante de cuanto hay de verdadero y óptimo en el Universo.

Y en el grado en que no reconozcamos nuestra unidad con Dios y nos cerremos a su divino flujo, careceremos de bondad, belleza y poder. Y cuando esto suceda, todos cuantos con nosotros se rocen no recibirán bienes, sino males. Tal fue el “Estanque del Loto” mientras estuvo en manos del arrendatario.

Sin embargo, entre el “Estanque del Loto” y la vida humana hay la diferencia de que el estanque no puede abrir por sí mismo la compuerta al flujo del agua del manantial que es su fuente, pues necesita un agente exterior a él. Por el contrario, nosotros tenemos la facultad interna de abrir o cerrar nuestro ser al flujo divino, del mismo modo que por la voluntad y el entendimiento podemos obrar a nuestro albedrío.

De Dios procede directamente la vida espiritual que nos relaciona con el Infinito. Pero además hay la vida física que nos pone en relación con el universo material que nos rodea. El pensamiento enlaza una vida con otra y establece el intercambio entre ambas. Antes de pasar adelante, consideremos brevemente la naturaleza del pensamiento. No es el pensamiento, como muchos suponen, una indefinida y mera abstracción, o algo de naturaleza semejante. Es por el contrario una fuerza positiva, la fuerza más vital, sutil e irresistible que en el Universo existe.

En nuestro laboratorio psicológico hemos demostrado experimentalmente que los pensamientos son fuerzas con forma, cualidad, substancia y potencia. Y hemos vislumbrado lo que pudiéramos llamar ciencia del pensamiento, pues las fuerzas mentales nos dan facultad creadora, y no precisamente en sentido figurado, sino en sentido recto y fiel. Todo cuanto existe en el Universo físico tuvo su origen en el pensamiento y de éste tomó su forma. Cada edificio, cada estatua, cada pintura, cada máquina, todo tuvo su cuna en la mente de quien lo concibió antes de plasmarlo en material expresión. El Universo en que vivimos es efecto del vigoroso pensamiento de Dios, del infinito espíritu, anterior a todo. Y si es verdad, como hemos visto, que nuestro Yo es semejante a la vida de Dios, ¿no nos convenceremos de que en el grado en que re conozcamos tan admirable semejanza por medio de la labor de nuestras internas fuerzas espirituales y mentales, tendremos como una especie de poder creador?

Todo existe en lo invisible antes de que se manifieste o realice en lo visible. Y si esto es así, las cosas invisibles son las reales, mientras que las visibles son las ilusorias, porque las invisibles son causas y los visibles efectos. Las invisibles son eternas. Las visibles, mudables, transitorias y perecederas.

El poder de la palabra es un riguroso hecho científico. Por la acción de nuestras fuerzas mentales tenemos poder creador. La palabra hablada es en cierto modo el medio de manifestación del pensamiento.

Conocida es la frase: “Hacer castillos en el aire”, que por lo general se aplica despectivamente. Sin embargo, necesario es hacer castillos en el aire antes de edificarlos en el suelo y morar en ellos. La dificultad de quien edifica castillos en el aire está precisamente en no poder dar forma material a los castillos en el aire edificados. Hace una parte del trabajo, una parte verdaderamente necesaria. Pero la otra, que por igual lo es, queda sin hacer.

Tocante a las fuerzas mentales, hay lo que pudiéramos llamar poder atractivo de la mente, cumpliéndose de este modo la gran ley del Universo de que cada cosa atrae a su semejante. Nosotros estamos continuamente atraídos por las fuerzas de ambos mundos, visible e invisible, más semejantes a nuestros propios pensamientos. Esta ley rige sin cesar un punto, tengamos o no conciencia de ella. Vivimos y hablamos en un vasto océano de pensamientos. Y en el ambiente que nos rodea se agitan sin cesar, como herzianas ondas, las fuerzas mentales. A todos nos afectan más o menos estas fuerzas, ya consciente, ya

inconscientemente por nuestra parte. Y según el grado de nuestra receptibilidad y según nos mostremos dóciles o esquivos a su influencia, así determinaremos la que ejerzan en nuestra mente y por lo tanto en nuestra conducta.

Hay hombres mucho más delicadamente organizados que otros, como si su cuerpo estuviera construido con mayor finura y suavidad. Estos tales son por lo común gentes más o menos afectadas por las ideas de aquellos con quienes se relacionan o conviven. Un amigo mio, director de un muy leído diario, está organizado tan delicadamente, que cuando asiste a una asamblea o a una fiesta de sociedad y se trata con sus amigos y conocidos, queda de tal manera afectado en sus facultades físicas e intelectuales, que hasta dos o tres días después no se halla en condiciones de renovar las habituales tareas.

Algunos diputan por desgracia esta sensibilidad exquisita. No hay tal. Antes al contrario, es una ventaja para quien sepa aprovecharla y con ello recibir más intensamente el impulso del interno espíritu y el de las fuerzas e influencias exteriores. Sin embargo, la exquisita sensibilidad será gran desventaja e infortunio para quien no pueda cerrarse a las influencias malignas. Todos somos capaces de adquirir esta facultad por medio de la mente, sea cual sea la sensibilidad de nuestro organismo, porque no hay hábito de mayor provecho para quienquiera, sea su sensibilidad más o menos delicada, que apoyar sus actos en la mente. Yo me cierro, me hago impenetrable a toda cosa rastrera y me abro y me hago asequible a elevadas influencias y a las cuestiones de lo alto. Y si conscientemente me mantengo en esta actitud, pronto llegará a ser costumbre que, con perseverancia proseguida, atraerá calladas pero sutiles y poderosas influencias para alcanzar el apetecido resultado. De este modo las influencias nocivas de ambos mundos, visible e invisible, quedarán repelidas y evocaremos las elevadas y óptimas que acudirán con la intensidad en que las evoquemos.

Pero, ¿qué significa y comprende el mundo invisible, o el aspecto oculto de la vida? Primero, las fuerzas mentales y sus derivadas condiciones emotivas que forman el ambiente moral que nos rodea y por medio del cuerpo físico se manifiestan en el mundo visible. Segundo, las mismas fuerzas subsistentes después de la muerte del cuerpo y que se manifiestan por medio de otros cuerpos de diversa naturaleza según declara San Pablo.’

La existencia individual del hombre comienza en la esfera sensoria del mundo físico. Pero se eleva por series sucesivas de etéreas y celestiales esferas a un destino de inenarrable gloria y grandeza. A cada mundo sidérico corresponde un mundo espiritual, y a cada organismo físico corresponde un organismo espiritual de que aquél es reflejo y material expresión.² De este mundo etéreo, que es la inmediata mansión de nuestra realzada Humanidad, ascienden y reascienden otras esferas en gradación infinita hasta las celestiales alturas de espiritual existencia enteramente inaccesibles a los sentidos corporales.

La encarnación tiene, por consiguiente, doble aspecto. Pero el cuerpo físico sólo es la temporal envoltura, por decirlo así, donde y por la que el verdadero y permanente ser espiritual se individualiza y perfecciona, como el grano en la espiga crece envuelto en la después inútil cáscara.

Por medio del indestructible cuerpo espiritual y por las correspondientes esferas de relación con la vida colectiva perdura la existencia del individuo. Y así, no perece aunque deje de existir la materia que lo envolvía. “En la casa de mi Padre hay muchas moradas.”

Toda vida es una incesante evolución, paso a paso, y sin saltos. Por consiguiente, en el otro aspecto de la vida, en el suprafísico, hay las mismas diferencias y gradaciones que en la vida terrena. Y como no cesa de cumplirse la gran ley de que cada cosa atrae a su semejante, nosotros atraemos continuamente las condiciones e influencias más acordes con

nuestros pensamientos, palabras y obras.

Atrevida afirmación es que de tal modo estemos influidos. Sin embargo es así, porque toda vida es una. Y si consideramos que de nosotros dependen los órdenes de relación y trato con los demás hombres y por consiguiente las influencias atraídas, nos convenceremos de que todos estamos ligados a una existencia universal, común y colectiva, no como despreciables maniqués sin voluntad propia, sino con libre albedrío.

En nuestra vida mental, o bien podemos empuñar el timón y navegar con rumbo fijo hacia determinado punto, o bien podemos entregarnos al vaivén de las olas y de los vientos. Por lo tanto, hemos de acoger gozosos cuantos pensamientos puedan atraer la influencia de lo más noble, elevado y óptimo que haya existido en la Tierra en todo tiempo y lugar. Podemos confiar fundadamente en que quienes movidos por el amor obraron en la Tierra con edificante poder, siguen actuando entre nosotros, tal vez con mayor poder todavía.

“Y Eliseo oró diciendo: Señor, abre los ojos de éste para que vea. Y abrió el Señor los ojos del criado y vio el monte lleno de gente de a caballo y carros de fuego alrededor de Eliseo” (4 Reyes, 6:17).

Paseando hace pocos días con un amigo, hablábamos del gran interés que muchos se toman en las más importantes cuestiones de la vida, de la ansiedad con que apetecen conocer sus fuerzas interiores, esto es, conocerse a sí mismos y su verdadera relación con Dios.

Y hablando del gran desarrollo espiritual que tan rápidamente ha sobrecogido al mundo, desarrollo cuyos principios hemos visto claramente durante los últimos años del pasado siglo y de cuyas siempre crecientes proporciones somos testigos en los primeros del actual, exclamé yo: “¡Cuán hermoso fuera, si el iluminado Emerson, que tanto se adelantó a su tiempo y tanto ahínco puso en difundir estas ideas, qué hermoso fuera y cuán regocijado quedara si pudiese ser con nosotros testigo de todo ello!”

Mi amigo replicó: “¿Y cómo sabes que no es testigo de todo? Y aún más. ¿Que no contribuye a ello con su acción, más activamente quizá que cuando le veíamos entre nosotros?”

Gracias, amigo, por la advertencia –respondí–.

Y en verdad, ¿no son todos ellos espíritus enviados para aleccionar a los que caminamos hacia la vida eterna?

Está hoy científicamente demostrado hasta la evidencia que todo aquello que vemos sólo es una mínima parte de lo que realmente existe. Los ojos del cuerpo no ven las fuerzas vitales y psíquicas que obran en nuestro propio ser y en el mundo exterior, y que sin embargo son las causas de cuanto vemos físicamente. Fuerzas son los pensamientos y cada cosa engendra y atrae a su semejante. Quien sepa dominar sus pensamientos gobernará su conducta.

Dijo quien con profunda intuición conocía la naturaleza de las cosas:

“Maravillosamente exacta en sus efectos es la ley de correspondencia entre lo material y lo espiritual. Quien de melancolía está afecto atrae hacia él materias melancólicas. A quien anda siempre desanimado y abatido, todo le sale mal y sólo vive para ser carga de los demás. Pero el animoso, confiado y alegre atrae las condiciones de éxito. Al observar a un hombre de frente o de espaldas, adivinamos cuál es su modo de portarse. Una mujer ordenada demuestra su talento en el orden y arreglo de su casa, y de cómo viste colegimos cómo piensa. Pero una mujer desastrada e incuriosa carece de gobierno y todo lo hace sin esperanza ni método ni júbilo. Siempre los andrajosos, desarrapados y sucios lo son en el alma antes de serlo en el cuerpo.

“El pensamiento lleva en sí los elementos necesarios para cristalizar en acción con tanta seguridad y exactitud como cristaliza el visible pedazo de cobre y atrae las invisibles partículas del mismo metal disueltas en el líquido. Una mente henchida de esperanza, confiada, animosa y resuelta en sus propósitos atrae todos los elementos y condiciones necesarios para realizarlos.

“Todo pensamiento tiene positivo valor en la conducta. De la naturaleza de nuestros pensamientos depende la fortaleza de nuestro cuerpo, el vigor de vuestra mente, el éxito de nuestros negocios y la alegría que a los demás hombres comunica nuestro trato... Y en cualquier disposición que pongáis vuestra mente, recibiréis las influencias del mundo invisible en correspondencia y armonía con ella.

“La ley espiritual es análoga a la ley química. El químico no sólo dispone de las sustancias que a sus sentidos corporales afectan, sino que en mayor número quizá concurren a su obra elementos que escapan a la percepción física. El mandato de Jesucristo: «Amad a los que os aborrecen», se funda en un hecho científico y en una ley natural. Porque hacer bien es atraer influencias de bondad y poder. Y hacer mal es atraer las contrarias destructoras influencias.

“Cuando nuestros ojos se abran a la verdad, el instinto de conservación ahuyentará todo maligno pensamiento. Los que odiando viven, morirán odiados, esto es: Quien a hierro mata a hierro muere. Cada mal pensamiento es como espada esgrimida contra la persona a quien se dirige. Y si la espada se vuelve contra el agresor, herirá a ambos.”
Y dijo otro que sabe perfectamente lo que dice:

“La ley de gravedad obra universalmente en toda esfera de acción, y así atraemos cuanto deseamos o esperamos. Si deseamos una cosa y esperamos otra seremos como reinos divididos, que más tarde caen en desolación y ruina. Determinaos resueltamente, esperad entonces sólo lo que deseáis y lo atraeréis a vosotros... Concretad en vuestro alrededor pensamientos placenteros, retenedlos cuanto podáis, y en mar o en tierra atraeréis sin cesar, consciente o inconscientemente, pero de exacta manera, cuanto esté en armonía con la naturaleza de vuestros pensamientos, que son nuestro particular patrimonio y podemos ajustarlos firmemente a nuestra inclinación con sólo reconocer nuestra capacidad para ello.”

Acabamos de hablar de la fuerza de atracción de la mente. La fe no es ni más ni menos que la actuación de las fuerzas mentales en forma de ardiente anhelo con esperanza de lograrlo y satisfacerlo. Y en el grado en que tengamos esta fe, estará sostenido y alimentado nuestro ardiente deseo por firmísima esperanza, aunque su objeto se mude del mundo visible al invisible, del espiritual al material. Pero si la duda se apodera de vosotros, la que pudiera ser fuerza irresistible quedará neutralizada por nocivas influencias hasta el punto de desmayar en la realización de vuestro anhelo. Por el contrario, continuamente sostenidos y alimentados por firme esperanza, llegará a ser vuestro deseo poderoso, irresistible y absoluta fuerza de atracción, de resultados absolutos en proporción directa a lo absoluto de ella.”

Veremos, como ya hemos empezado a ver, que las grandes cosas dichas y las grandes cosas hechas tocantes a la fe, no son meros sentimentalismos, sino profundas verdades científicas, apoyadas en leyes inmutables. En nuestras experiencias psicológicas hemos vislumbrado las leyes que rigen y gobiernan estas fuerzas. Y ahora, en parte al menos, empezamos a emplearlas conscientemente y no a ciegas como con frecuencia y por largo tiempo ha sucedido.

Mucho se dice hoy tocante a la voluntad y algunos la consideran como una fuerza en sí misma. Sin embargo, la voluntad sólo es potencia y fuerza como manifestación de las

fuerzas mentales. Por esto llamamos voluntad al pensamiento enfocado en dirección determinada. Y en el grado en que así se enfoca y dirige, se concreta en la obra en cuya realización se empeña.

Hay dos linajes de voluntad: humana y divina. La humana es la que pertenece comúnmente al yo inferior y en su aspecto de deseo actúa en los mundos mental y físico. Es la voluntad concupiscente, la de quien todavía ignora que hay una vida más allá de los sentidos corporales, donde se alcanza la más alta perfección y el más cumplido gozo. La divina voluntad es la voluntad del Yo superior, la de quien reconoce su unión con Dios y que en consecuencia obra en armonía con la voluntad divina. “El Señor tu Dios es poderoso en medio de ti” (Sofonías, 3:17).

La voluntad humana tiene límites. Hasta aquí y no más allá, dice la ley. La divina voluntad no los tiene. Es suprema. Todas las cosas están sujetas a ella y nacen de ella, dice la ley. Y así, en el grado en que la voluntad humana se concierte con la divina y obra en armonía con ella, en el mismo grado llegará a ser voluntad suprema. Entonces se cumplirá lo que dice: “Determinarás una cosa y quedará establecida en ti” (Job, 22:20). Por lo tanto, el gran secreto de poder y vida es obrar en armonía con el Infinito.

La alteza de toda vida, la verdadera vida en sí, queda determinada por lo que consigo mismo relaciona. Dios es tan inmanente como trascendente. Es Creador, Hacedor y Ordenador del Universo. Somos muy propensos a considerar a Dios como a un Señor que actualizó las fuerzas del Universo en la magna obra de la creación para desentenderse luego de ellas.

Sin embargo, en el grado en que le reconozcamos como inmanente y trascendente, seremos capaces de participar de su influencia y poder. Porque en el grado en que le reconozcamos como infinito espíritu de poder y vida que se manifiesta y obra en todo momento a través de todo, y en el grado en que lleguemos a nuestra unidad con esta vida, seremos partícipes de la vida espiritual. En el grado en que abramos nuestro ser al flujo de esta inmanente y trascendental vida, trazaremos en nuestro interior canales por donde fluyan la Inteligencia y el Poder.

Con la mente por instrumento, seremos capaces de relacionar la vida espiritual con la física, de modo que por medio y a través de ésta pueda manifestarse aquélla.

La vida del pensamiento necesita continuamente la iluminación interior para llegar al grado en que por ministerio de la mente reconozcamos nuestra unión con Dios, de quien toda alma es individual expresión.

Esto nos proporciona la guía interna llamada intuición, que es a la naturaleza espiritual lo que la percepción sensoria a la física. Es un sentido interno por el cual llega el hombre al conocimiento de la existencia de Dios, de los secretos de la naturaleza y de la vida, y por cuyo favor se eleva a la consciente unidad que lo identifica con Dios y se convence de la deífica naturaleza y supremacía de su ser como hijo suyo. Esta espiritual supremacía, realizada por el desenvolvimiento del sentido interno bajo la inspiración divina, nos da la directa e interna visión del carácter, propiedades y finalidad de todas las cosas a que la atención y el interés se convierten.

La intuición es un sentido espiritual que se abre hacia dentro, como los sentidos corporales se abren hacia fuera, y tiene la facultad de conocer la verdad, con independencia de todo origen externo de información. La verdad revelada y la ciencia infusa se fundan en el poder de esta facultad para recibirlas.

En esta elevada esfera de vida espiritual en la misma carne, la mente actúa con entera libertad y visión directa. Aproximando todas las cosas a Dios las veremos iluminadas por la divina sabiduría. Por medio de la intuición nos revela la mente divina los designios de

Dios. Hay quienes llaman a la intuición voz del alma, otros, voz de Dios, y algunos, sexto sentido.

En el grado en que obedecemos la ley divina, oiremos claramente la voz de la intuición.

3. Plenitud de vida, salud y vigor del cuerpo

Dios es el Espíritu de infinita vida. Si de ella nos hacemos partícipes y nos abrimos por completo a su divino flujo, se reflejará en la vida orgánica más de lo que a primera vista parece. Es evidente que la vida de Dios está exenta de todo mal por su propia naturaleza. Por lo tanto, no puede padecer mal alguno el cuerpo donde esta vida entre libremente y del cual libremente fluya.

Hemos de reconocer, por lo que a la vida física se refiere, el principio de que toda vida surge de dentro a fuera. Principio expresado por la inmutable ley que dice: “Tal causa, tal efecto. Así lo interior, así lo exterior.” En otros términos: las fuerzas del pensamiento, los estados de la mente, las emociones, todo influye en el cuerpo humano.

Alguien dirá: “Oigo muchas cuestiones referentes a los efectos de la mente en el organismo, pero no puedo creer en ellas.”

¿Cómo no? Cuando os dan repentinamente una mala noticia, palidecéis, tembláis y tal vez os sobreviene un síncope. Sin embargo, por el conducto de la mente os ha llegado la noticia.

Un amigo, en las expansiones de la mesa, os molesta con alguna inconveniencia que lastima vuestro amor propio. Desde aquel momento perdéis el apetito, aunque hasta entonces hayáis estado alegres y dicharacheros. Las mortificantes palabras del imprudente amigo os han afectado por conducto de la mente.

En cambio, ved a ese joven que arrastra los pies y tropieza con los más leves obstáculos del camino. ¿Cómo así? Sencillamente porque su mente es flaca, porque es idiota. En otros términos: la debilidad de la mente es causa de la del cuerpo. Quien tiene la cabeza firme, tiene también firmes los pies. Y quien no tiene seguras las ideas tampoco podrá asegurar los pasos.

De nuevo os veis en inopinado aprieto. Estáis temblando y vaciláis de miedo.

¿Por qué no tenéis fuerzas para moveros? ¿Por qué tembláis? ¡Y todavía creéis que la mente no influye en el organismo!

Os domina un arrebató de cólera. Pocas horas después os quejáis de fuerte dolor de cabeza. ¡Y todavía os parecerá imposible que las ideas y las emociones influyan en el organismo!

Hablaba yo del tedio con un amigo, quien me dijo: “Mi padre es muy propenso al tedio.” Yo le respondí: “Vuestro padre no está sano ni es fuerte, vigoroso, robusto y activo.” Y entonces pasé a describirle más por completo el temperamento de su padre y las conturbaciones que le asaltaban.

Miróme él con aire de sorpresa y dijo:

- ¿Conoce usted a mi padre?
- No -le respondí.
- Pues entonces, ¿cómo puede usted describir tan minuciosamente el mal que le aflige?

- Usted acaba de revelarme que su padre es muy propenso al tedio y con ello me indicaba la causa. Yo me contraje a relacionar con esta causa sus peculiares efectos al describir el temperamento del enfermo.

El miedo y el tedio obstruyen de tal modo las vías del cuerpo, que las fuerzas vitales fluyen por ellas tardía y perezosamente. La esperanza y el sosiego desembarazan las vías del cuerpo de tal manera, que las fuerzas vitales recorren un camino donde rara vez el mal puede sentar la planta.

No hace mucho tiempo revelaba una señora a un amigo mío cierto grave mal que padecía. Mi amigo, coligiendo de ello que entre esta señora y su hermana no debían ser las relaciones muy cordiales, después de escuchar atentamente la explicación del mal, miró fijamente a la señora y con enérgico aunque amistoso acento le dijo: “Perdonad a vuestra hermana.” La señora, sorprendida, respondió:

“No puedo perdonarla.” “Pues entonces -replicó él- guardaos la rigidez de vuestras articulaciones y la croniquez de vuestro reuma.”

Pocas semanas después mi amigo la volvió a ver. Con ligero paso se acercó ella a él y le dijo: “Seguí vuestro consejo. He visto a mi hermana, y la he perdonado. Volvemos a estar en buena amistad. No sé cómo es que desde el día en que nos reconciliamos fue haciéndose menos tenaz mi dolencia, y hoy ya no queda ni rastro de aquellos alifafes. Mi hermana y yo hemos llegado a ser tan excelentes amigas, que difícilmente podríamos estar mucho tiempo separadas.” Otra vez sigue el efecto a la causa.

Hemos comprobado varios casos, como, por ejemplo, el de un niño de pecho que murió al poco tiempo de haber tenido su madre un gravísimo disgusto mientras lo amamantaba. Las ponzoñosas secreciones del organismo, alterado por la emoción, habían envenenado la leche de sus pechos. En otras ocasiones parecidas, no llegó a sobrevenir la muerte, pero la criaturita tuvo convulsiones y graves desarreglos intestinales.

Un conocido fisiólogo ha comprobado muchas veces el siguiente experimento: En un gabinete de elevada temperatura colocó a varios individuos acometidos por emociones diversas. Unos por el miedo, otros por la ira, algunos por la tristeza. El experimentador recogió una gota del sudor que bañaba la epidermis de cada uno de estos hombres, y por medio de un escrupuloso análisis químico pudo conocer y determinar la peculiar emoción de que cada cual estaba dominado. El mismo resultado práctico dio el análisis de la saliva de cada uno de aquellos individuos.

Un notable autor norteamericano, discípulo de una de las mejores escuelas médicas de los Estados Unidos, que ha hecho profundos estudios de las fuerzas constructivas del organismo humano y de las que lo destruyen y descomponen. dice:

“La mente es el natural protector del cuerpo... Todo pensamiento propende a multiplicarse, y las horribles imaginaciones de males y vicios de toda clase producen en el alma lepras y escrófulas que se reproducen en el cuerpo. La cólera transforma las propiedades químicas de la saliva en ponzoña dañina para la economía del organismo.

“Bien sabido es que un repentino y violento disgusto no sólo ha debilitado el corazón en pocas horas, sino que ha producido la locura y la muerte. Los biólogos han descubierto gran diferencia química entre la transpiración ordinaria y el sudor frío de un criminal acosado por la profunda idea del delito. Y algunas veces puede determinarse el estado del ánimo y de la mente por el análisis químico de la transpiración de un criminal, cuyo sudor toma un característico tinte rosáceo bajo la acción del ácido selénico.

“Sabido es también que el miedo ha ocasionado millares de víctimas, mientras que por otra parte el valor robustece y vigoriza el organismo. La cólera de la madre puede envenenar a un niño de pecho.

“Rarey, el famoso domador de potros, afirma que una interjección colérica puede producir en un caballo hasta cien pulsaciones por minuto. Y si esto ocurre en un pulso tan fuerte como el del caballo, ¿qué sucederá en el de un niño de pecho?

“El excesivo trabajo mental produce a veces náuseas y vómitos. La cólera violenta o el espanto repentino pueden ocasionar ictericia. Un paroxismo de ira tuvo muchas veces por efecto la apoplejía y la muerte. Y en más de un caso, una sola noche de tortura mental bastó para acabar con una vida.

“La pesadumbre, los celos, la ansiedad y el sobresalto continuados propenden a engendrar la locura. Los malos pensamientos y los malos humores son la natural atmósfera de la enfermedad, y el crimen nace y medra entre las miasmas de la mente.”

De todo esto podemos inferir la verdad capital, hoy científicamente demostrada, de que los estados mentales, las pasiones de ánimo y las emociones tienen peculiar influencia en el organismo y ocasionan cada cual a su vez una forma morbosa particular y propia que con el tiempo llega a ser crónica.

Digamos ahora algo sobre el modo de realizarse esta nociva influencia. Si una persona queda momentáneamente dominada por una pasión de cólera, perturba su economía física lo que con verdad pudiéramos llamar una tempestad orgánica, que altera, mejor dicho, corroe los normales, saludables y vivificantes humores del cuerpo, los cuales, en vez de cooperar al natural funcionamiento del organismo, lo envenenan y destruyen. Y si esta perturbación se repite muchas veces, acumulando sus perniciosas influencias, acaba por establecer un especial régimen morboso que a su vez llega a hacerse crónico. Por el contrario, los afectos opuestos, tales como docilidad, amor, benevolencia y mansedumbre, propenden a estimular saludables, depurativas y vivificantes secreciones. Todas las vías orgánicas quedan desembarazadas y libres y las fuerzas vitales fluyen sin obstáculo por ellas, frustrando con su enérgica actividad los ponzoñosos y nocivos efectos de las contrarias.

Un médico va a visitar a un enfermo. No le receta medicina, y sin embargo, sólo por la visita mejora el paciente. Es que el médico llevaba consigo el espíritu de salud, la alegría del ánimo, la esperanza, e inundó con ellas la alcoba, ejerciendo sutil pero poderosa influencia en la mente del enfermo. Y esta condición moral, comunicada por el médico, obró a su vez en el cuerpo del paciente, sanándolo por mental sugestión.

*Así conozco
que cuanto es apacible y placentero
mantiene de consuno cuerpo y alma;
y la más dulce emoción que el hambresiente
es la esperanza;
bálsamo y licor de vida a un tiempo
que el espíritu calma.*

Algunas veces hemos oído a personas de salud quebrantada decirle a otra: “Siempre que usted viene me siento mejor.” Hay una razón científica que corrobora el adagio: “La

lengua del sabio es salud.” El poder de la sugestión, en cuanto a la mente humana se refiere, es el más admirable y curioso campo de estudio, pues por su medio se pueden actualizar poderosas y sorprendentes fuerzas.

Uno de los más eminentes anatómicos contemporáneos nos decía que, según experimentos efectuados en su laboratorio, el organismo humano se renueva por completo en aproximadamente dos años, y parcialmente en muy pocas semanas.

¿Quiere usted decir con eso -le pregunté yo- que el organismo puede pasar de una condición morbosa a otra salutífera por virtud de las fuerzas internas? Ciertamente -me respondió él- y aún más, éste es el método natural de curación. El artificial es el que se vale de drogas, medicamentos y otros agentes exteriores. Lo único que hacen las medicinas y drogas es remover obstáculos a fin de que las fuerzas vitales actúen más libremente. El verdadero proceso de la salud debe llevarse a cabo por la operación de las fuerzas interiores.

Un cirujano de universal renombre declaró no hace mucho a sus colegas: “Las generaciones pasadas menospreciaron o no conocieron la influencia del principio vital en la nutrición del organismo, y la casi exclusiva fuente de sus estudios y el único arsenal terapéutico que tuvieron fue la supuesta acción de la materia en la mente. Esto contrarió las tendencias evolucionistas de los mismos médicos, resultando que todavía son rudimentarios en la profesión de la medicina los factores psíquicos. Pero al brillar la luz del siglo xix, la Humanidad emprendió su marcha en busca de las ocultas fuerzas de la Naturaleza. Los médicos se ven hoy obligados a estudiar psicología y a seguir los pasos de sus precursores en el vasto campo de la terapéutica mental. Ya no es tiempo de aplazamientos, ni vacilaciones, ni escepticismos. Quien vacile está perdido, porque el mundo entero se ve impelido por el progreso.

Durante estos últimos años se han dicho gran número de necedades sobre la materia de que tratamos y se ha incurrido en muchos absurdos respecto del particular. Pero esto nada prueba en contra de la eficacia de las expresadas leyes. Lo mismo sucedió siempre en cuantos sistemas filosóficos o creencias religiosas ha conocido el mundo. Mas a medida que pasa el tiempo, se desvanecen los absurdos y necedades, y los capitales y eternos principios van afirmándose cada vez con mayor claridad definidos.

Yo he presenciado personalmente varios casos de completa y radical curación efectuada en breve tiempo por virtud de las fuerzas interiores. Algunos de estos casos habían sido desahuciados por los médicos. Tenemos numerosos informes de casos semejantes ocurridos en todo tiempo y relacionados con todas las religiones. ¿Y por qué no había de existir hoy entre nosotros el poder de efectuar parecidas curaciones? El poder existe y lo actualizaremos en el mismo grado en que reconozcamos las leyes que en pasados tiempos fueron reconocidas.

Cada cual puede hacer mucho con respecto a la salud de otros, aunque para ello sea necesaria casi siempre la cooperación del enfermo. En las curas hechas por Cristo se aprecia la cooperación de quienes a él recurrían. Su pregunta era invariablemente: ¿Tienes fe? De este modo estimulaba la actividad de las fuerzas vivificantes en el interior de quien quería curarse. El de condición flaca, o de estragado sistema nervioso, o de mente débil a causa de morbosas influencias, bien hará en solicitar auxilio y cooperación ajenos. Pero mejor le fuera lograr por sí mismo la vital actuación de sus fuerzas interiores. Uno puede curar a otro, mas la conservación de la salud debe ser obra de uno mismo. En este punto, el concurso ajeno es semejante a un maestro que nos lleva a la completa deducción de las fuerzas interiores. Pero siempre se necesita el trabajo propio para que sea permanente la cura. Las palabras de Cristo eran casi invariablemente: “Ve y no peques más. O tus

pecados te son perdonados.” Así expuso el eterno e inmutable principio de que todo mal y su consiguiente pena son resultado directo o indirecto de la transgresión de la ley, bien consciente, bien inconscientemente, ya con intención, ya sin ella.

El sufrimiento sólo dura mientras persiste el pecado, tomando esta palabra no precisamente en el sentido teológico, sino en el filosófico, aunque algunas veces en ambos. En cuanto cesa la transgresión de la ley y se restablece la armonía, cesa también la causa del sufrimiento. Y aunque las heces del pecado y sus acumulativos efectos permanezcan todavía, no se acrecentarán, porque la causa ha desaparecido y el daño dimanante de la transgresión pasada comenzará a disminuir tan pronto como actúen normalmente las fuerzas interiores.

Nada hay que más rápida y completamente nos lleve a la armonía con las leyes a las cuales hemos de vivir sujetos, que la vital realización de nuestra unidad con Dios, vida de toda vida. En Él no puede haber mal y nada removerá con más prontitud los obstáculos acumulados, es decir, los residuos del mal, que esta entera realización, abriéndonos completamente al divino flujo. “Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis” (Ezequiel, 37:14).

Desde el momento en que advertimos nuestra unidad con Dios, ya no nos reconocemos como seres materiales, sino como seres espirituales. Ya no incurrimos en el yerro de considerarnos sujetos a enfermedades y dolencias, sino como constructores y dueños del cuerpo donde mora el espíritu, sin admitir señoríos sobre él. Desde el momento en que el hombre se convence de su propia supremacía, ya no teme a los elementos ni a ninguna de las fuerzas que hasta entonces en su ignorancia creía que afectaban y vencían al cuerpo. Y en vez de temerías como cuando estaba ligado a ellas, aprende a amarlas. Llega entonces a la armonía con ellas, o mejor dicho, las ordena de modo que lleguen a estar en armonía con él, y de esclavo se convierte en dueño. Desde el momento en que amamos una cosa, ya no nos daña.

Hay actualmente muchísimos de cuerpo débil y enfermizo, que llegarían a ser fuertes y sanos con sólo dar a Dios la oportunidad de manifestarse en sus obras. Quiero decir: No te cierres al divino flujo. Haz algo mejor que esto: Ábrete a él. Solicítalo. En el grado en que a él te abras, fluirá a través de tu cuerpo la fuerza vital con impulso suficiente para destruir los obstáculos que lo embarazan. “Mis palabras son vida para quienes las oyen, y salud para toda su carne” (Proverbios, 4:22).

Pongamos por ejemplo una artesa en la que durante varios días ha caído agua turbia.

El poso se ha ido sedimentando gradualmente en las paredes y en el fondo, y así continuará mientras el agua turbia caiga en ella.

Pero esto cambia con sólo dar entrada en la artesa a una rápida corriente de agua clara y cristalina que, arrastrando consigo el sedimento, la limpie completamente y trueque su aspecto de feo en hermoso. Todavía más, el agua que desde entonces fluya de la artesa será agente de mayor refrigerio, salud y entonamiento para quienes de ella se aprovechen.

Verdaderamente, en el grado en que realicéis vuestra unidad con Dios, actualizando de este modo vuestras fuerzas y facultades potenciales trocaréis tribulación por sosiego, discordancia por armonía, sufrimiento y pena por salud y vigor. Y en el grado en que realicéis esta plenitud, esta abundancia de salud y de vigor en vosotros mismos, haréis partícipes de ella y la comunicaréis a cuantos con vosotros se relacionen. Porque conviene recordar que la salud es tan contagiosa como la enfermedad.

Alguien preguntará: ¿Qué puede decirse concretamente respecto de la aplicación práctica de estas verdades, de modo que uno llegue a mantenerse por sí mismo en perfecta salud corporal? ¿Y más aún, que sin auxilio externo pueda curarse de cualquier enfermedad? En respuesta, permitidme decir que lo más importante en este punto es exponer el inmutable principio, a fin de que cada cual haga peculiar aplicación de él, pues es imposible que uno lo haga por otro.

Diré en primer lugar que el mero hecho de persistir en el pensamiento de completa salud estimula y pone las fuerzas vitales en condición de restaurarla al cabo de cierto tiempo. Pero concretándonos más especialmente al capital principio en sí mismo considerado, es notorio que mejor se realizará por la acción que por la afirmación, por el acto que por el deseo, aunque éste siempre es eficaz auxilio de aquél. Por lo tanto, en el grado en que lleguéis a uniros vitalmente con Dios, de donde proceden y están continuamente procediendo todas las formas de vida individual, y en el grado en que por medio de esta unión os abráis al divino flujo, actualizaréis las fuerzas que tarde o temprano determinen en vuestro cuerpo abundancia de salud y vigor.

Instantánea y radicalmente sanaron quienes fueron capaces de abrir su ser al flujo divino. El grado de intensidad siempre elimina proporcionalmente el factor tiempo. Sin embargo, esta intensidad debe ser plácida, tranquila y expectante, más bien que temerosa, conturbada y desesperanzada.

Algunos recibirán gran consuelo y alivio y otros sanarán del todo por virtud de un ejercicio análogo al siguiente. Con la mente sosegada y el corazón henchido de amor a todo, reconcentraos en vuestro interior y meditaad diciendo: “Soy imagen de Dios, vida de mi vida. Y como espíritu, como ser espiritual, puedo excluir el mal de mi propia y verdadera naturaleza. Después de esto, abro mi cuerpo (en el cual se asentó la enfermedad) lo abro completamente al creciente influjo de Dios, que desde entonces fluye y circula por mi cuerpo incoando el proceso de mi curación.” Llevad, pues, esto a cabo tan perfectamente, que sintáis como una ardiente y viva lumbre encendida por las fuerzas vitales del cuerpo. Creed que el proceso de curación se cumple. Creedlo y manteneos en esta creencia. Muchas gentes desean con ardor una cosa y esperan otra. Tienen más fe en el poder del mal que en el del bien y por esto no sanan.

Si uno se entrega oportunamente a esta meditación, tratamiento o como quiera llamársele, y persistiese en el mismo estado de mente y ánimo, obrarían sin cesar las fuerzas interiores, quedando sorprendido de cuán rápidamente mudaba el cuerpo sus condiciones de enfermedad y discordancia en las de salud y armonía. Sin embargo, no hay razón para tal sorpresa, porque con ello la Omnipotencia divina manifiesta su obra y ejerce en todo caso su definitiva acción.

Si hay alguna dolencia localizada y el enfermo desea abrir al divino influjo la porción obstruida, además del organismo entero, puede fijar su pensamiento en ella, a fin de que a ella afluyan estimuladas y acrecentadas las fuerzas vitales. No obstante, los efectos del mal no desaparecerán hasta que hayan desaparecido las causas. En otros términos: La pena y el daño persistirán mientras dure la transgresión de la ley.

La terapéutica mental que estamos considerando, no sólo ejercerá su influencia benéfica allí donde haya una morbosa condición del cuerpo, sino que donde esta condición no exista, acrecentará la vida, el vigor y las fuerzas corporales.

Muchos casos han ocurrido en todo tiempo y país, de curas efectuadas por medio de la acción de las fuerzas interiores con entera independencia de agentes externos. Varios han sido los nombres dados a la terapéutica psíquica, pero su principio fundamental fue

siempre el mismo y el mismo es hoy. Cuando el divino Maestro envió a sus discípulos a difundir su doctrina por el mundo, les mandó que curasen a los enfermos y consolasen a los afligidos, al mismo tiempo que enseñaran a toda la gente. Los primeros cristianos tenían la facultad de curar, y esta operación formaba parte de las buenas obras.

¿Y por qué no hemos de tener hoy nosotros este poder como ellos lo tuvieron entonces? ¿Acaso son distintas las leyes? Son idénticas. ¿Por qué, pues? Sencillamente porque, salvo raras y esporádicas excepciones, somos incapaces de descifrar la letra de la ley y de comprender su vivificante espíritu y su verdadera fuerza. La letra mata y el espíritu vivifica. El alma que por estar muy individualizada descubra a través de la letra el espíritu de la ley tendrá poder como lo tuvieron sus precursores. Y de cuanto haga serán partícipes los demás por virtud de la autoridad con que hable y obre.

Vemos hoy, y lo mismo ocurrió en pasados tiempos, que todos los males, con su consiguiente sufrimiento, derivan de la perturbación de los estados mentales y emotivos. Cualquier cosa en que fijemos nuestro pensamiento influye con mayor o menor intensidad en nosotros. Si la tememos o si la repugnamos, producirá efectos nocivos y desastrosos. Si nos ponemos en armonía con ella por medio del sosegado reconocimiento y del interior asentimiento de nuestra superioridad respecto de ella, en el grado en que seamos capaces de lograrlo, conseguiremos que no nos dañe.

Ningún mal podrá aposentarse en nuestro cuerpo, o mantenerse en él, a no ser que halle algo que le corresponda y facilite su acción. Y del mismo modo, ningún daño ni condición nociva, de cualquier clase que sea, podrá infestar nuestra vida, a menos que ya exista en ella algo que lo solicite y haga posible su maléfica influencia. Así, será mejor examinar cuanto antes la causa de cualquier asunto que nos afecte, a fin de establecer lo más pronto posible en nuestro interior las condiciones necesarias para que sólo influya lo bueno. Nosotros, que por naturaleza deberíamos ser dueños y señores de nuestra convicción moral, somos esclavos, por vicio de nuestra ignorancia, de innumerables pasiones de todo linaje.

¿Tengo miedo al trueno? Nada hay en él, leve y pura corriente del aire de Dios, que pueda turbarme, darme un resfriado o tal vez producirme una enfermedad. El trueno puede sólo afectarme en el grado en que yo mismo consienta. Debemos distinguir entre causas y meras ocasiones. El trueno no es causa, ni tampoco entraña causa alguna.

De dos personas, una queda perniciosamente afectada por él. La otra no sufre la más ligera molestia, antes bien, se alegra y regocija. La primera es de las que se sobresaltan por cualquier incidente. Teme el trueno, se humilla ante él y piensa continuamente en el daño que puede acarrearle. En otros términos, le abre camino en su ánimo para que entre y se sostenga, y así, el trueno, inofensivo y benéfico de por sí, le trae precisamente lo que le consiente traer. La segunda se reconoce dueña de sí misma y menosprecia los incidentes. No teme el trueno. Se pone en armonía con él, y en vez de experimentar turbación alguna, se regocija, pues además de traerle aire fresco y puro, le acostumbra a futuras emociones de naturaleza semejante. Si el trueno hubiera sido causa, de seguro produjera en ambas personas los mismos efectos. Lo contrario demuestra que no era causa, sino simple condición. Y por esto influyó en cada cual como correspondía a sus respectivas condiciones.

¡Pobre trueno! Millares y millones de veces fuiste espantajo de quienes, demasiado ignorantes o demasiado tímidos para afrontar su propia flaqueza, no supieron ser dueños absolutos de sí mismos y se convirtieron en abyectos esclavos. Meditando en ello, ¡cuánta luz nos da! El hombre, creado a imagen y semejanza del eterno Dios, nacido para dominar a la naturaleza, teme, se amilana y humilla ante una leve conmoción de la pura y

vivificante atmósfera. Pero aun estos espantajos nos son necesaria ayuda en nuestros constantes esfuerzos para sustraernos a la ilusión de las cosas.

El mejor medio de no temer los espantosos efectos que por ignorancia atribuyen muchos al trueno, es la pura y saludable disposición de ánimo que mude nuestras ideas respecto de este fenómeno atmosférico, reconociendo que no tiene otro poder que el que nosotros le atribuimos. De esta forma nos pondremos en armonía con él y se desvanecerá el temor que nos infunde. Pero, ¿y quien tenga delicada salud o le afecten especialmente los truenos? Que proceda primero con cierta prudencia, y evite por de pronto los truenos horribles, sobre todo si no se siente todavía con valor para resistirlos impávido y aún los teme. Al sentido común, supremo regulador de toda vida, debe recurrirse en ésta como en todas ocasiones.

Si hemos nacido para dominar, según lo demuestra el que algunos lograron absoluto dominio (y lo que uno ha hecho, tarde o temprano pueden hacerlo todos), no es necesario que vivamos sujetos al yugo de un agente físico. En el grado en que reconozcamos nuestras fuerzas interiores, seremos capaces de gobernar y mandar. En el grado en que dejemos de reconocerlas, seremos esclavos y siervos. Construimos todo cuanto en nuestro interior hallamos y atraemos todo cuanto a nosotros se acerca, por ministerio de la ley natural que, por serlo, es también ley espiritual.

La síntesis de la vida humana es causa y efecto. Nada existe por casualidad en ella ni tampoco en el universo entero. ¿Nos repugna lo que se pone en contacto con nuestra vida? Pues no perdamos tiempo en porfías con el imaginario hado, sino miremos a nuestro interior y removamos las fuerzas operantes a fin de que llegue a nosotros lo que deseamos que llegue.

Esto no sólo es cierto por lo que al cuerpo físico se refiere, sino en todos los aspectos y condiciones de vida. Podemos invitar a que, sea lo que sea, penetre en nuestro ser; pero si así no lo hacemos, no podrá ni querrá penetrar. A primera vista, es indudablemente muy difícil de creer y aun de experimentar esta afirmación; pero a medida que sobre ello se medite con sinceridad y sin celajes en el entendimiento, estudiando la serena y sutil operación de las fuerzas mentales hasta notar sus efectos en el interior y en torno de nuestro ser, llegaremos a comprenderlo fácil y evidentemente.

Y entonces, cualquier acontecimiento que nos afecte quedará sujeto a las condiciones en que nuestro estado mental la reciba. ¿Os molesta tal o cual circunstancia o condición? Es porque así lo queréis y así lo permitís. Habéis nacido para tener absoluto albedrío en el dominio de vosotros mismos. Pero si voluntariamente abdicáis de cada facultad en algún agente extraño, entonces será éste por razón natural el monarca y vosotros los súbditos.

Para vivir tranquilos debéis buscar primeramente vuestro centro propio, manteneros firmes en él, gobernar el mundo desde vuestro interior. Quien no condiciona las circunstancias invierte el régimen y queda condicionado por ellas. Hallad vuestro centro y vivid en él sin cederlo a nada ni a nadie. En el grado en que esto logréis, os mantendréis más y más firmes. ¿Y cómo puede el hombre hallar su centro? Reconociendo su unión con Dios y viviendo continuamente en este reconocimiento.

Pero si no sabéis gobernar el mundo desde vuestro propio centro, si conferís a esto o aquello el poder de acarrearos molestia, daño o desgracia, entonces recibid lo que os acarree y no injuriéis a la eterna bondad y beneficencia de todas las cosas.

Plenitud encontrará en la tierra

Quien tenga cuerpo sano y alma entera;

Mas la tierra será yerma quebrado

Para quien haya el ánimo apocado.

Si la suciedad de materias extrañas ciega los ojos de vuestra alma, sucio os parecerá el mundo que miréis por ellos, porque todo es del color del cristal con que se mira. Por lo tanto, cesen vuestras lamentaciones. Guardaos vuestro pesimismo, vuestro ¡pobre de mí! Negad si os place que los ojos de vuestra alma estén morbosamente necesitados de algo. Pero reconoced que el eterno Sol ilumina los limpios ojos de vuestro hermano y le permite ver sin sombras el interior de su conciencia y el mundo de los sentidos. Reconoced que vuestro hermano vive en un mundo distinto del vuestro. Esclareced vuestra vista y contemplaréis la maravillosa hermosura de este otro mundo. Y si en él no sabéis hallar bellezas, prueba será de que jamás las hallaréis en parte alguna.

Hasta donde la vista del poeta alcanza

Se extiende por el bosque la poesía

Y la calle se trueca en mascarada,

Cuando de ella hace Shakespeare su vía.

Shakespeare puso en boca de uno de sus personajes: “La culpa, querido Bruto, no es del Destino, sino de nosotros mismos, que nos rendimos a él.”

La vida del gran poeta y su gigantesca labor son evidente prueba de que supo reconocer la verdad que estamos considerando, como él mismo nos manifiesta en este pasaje: “Nuestras dudas son traidores que, con el temor del intento, nos hacen perder el bien que pudiéramos alcanzar.”

Acaso no hay pasión alguna de tan perniciosos efectos como el miedo. Viviríamos libres de temor alguno, si llegáramos al completo conocimiento de nosotros mismos. Un antiguo proverbio francés dice: “Muchos temen males y daños que nunca llegan.”

El miedo y la falta de fe se dan la mano. De ésta nace aquél. Decidme que alguien es pusilánime y os diré que no tiene fe. El miedo, lo mismo que el desaliento, son huéspedes tan descontentadizos, que nada les satisface. Así como nos entregamos al miedo, podríamos por distinta disposición mental atraer influencias y condiciones contrarias. La mente dominada por el temor da entrada a materias de naturaleza semejante al temor. actualizando con ello las mismas condiciones que teme.

Un peregrino encontró un día a la Peste y le preguntó:

- ¿A dónde vas?
- Voy a Bagdad a matar cinco mil personas.

Pocos días después, el mismo peregrino encontró de nuevo a la Peste que volvía de su viaje y le habló de esta manera:

- Me dijiste que ibas a matar en Bagdad cinco mil personas, pero has matado cincuenta mil.
- No -contestó la Peste-, yo maté sólo cinco mil, tal como te dije. Los otros se murieron de miedo.

El miedo puede paralizar los músculos y alterar la circulación de la sangre y la normal y saludable acción de las fuerzas vitales. El miedo puede producir la rigidez y parálisis de los músculos.

Al atraer a nosotros por el miedo lo que nos causa temor, atraemos también todas cuantas condiciones contribuyen a mantener el miedo en nuestro ánimo. Y esto sucederá en proporción a la intensidad temerosa de nuestro pensamiento y según la mayor o menor afectividad de nuestro organismo, aunque por nuestra parte no nos percatemos de su influencia.

Los niños, especialmente los pequeñuelos, se muestran por lo general mucho más sensibles al medio ambiente que las personas mayores. Algunos son verdaderas sensitivas que reciben cuantas influencias les rodean y se asimilan sus efectos a medida que van creciendo. Por esta razón los padres y maestros han de tener mucho cuidado en normalizar las disposiciones mentales del niño, y sobre todo debe la madre, durante los meses del embarazo, normalizar de una manera especialísima sus pensamientos y emociones, que tanta y tan directa influencia ejercen en la vida del feto. No permitáis que nadie infunda miedo a un niño, convirtiendo la edad que pudiéramos llamar de inocencia en la del espanto y del recelo. Así se hace muchas veces inadvertidamente, ya deprimiéndoles el ánimo con la aspereza del trato, ya por el contrario por medio del mimo, tan nocivo como el rigor.

Muchas veces ha sucedido que un niño criado en continuo temor, a fin de apartarle de tal o cual vicio, se vio después dominado por el que de otro modo tal vez no hubiera llegado a dominarle. Algunas veces no hay en el niño propensión natural al miedo. Pero si la hay, lo más conveniente es tomar la actitud opuesta, a fin de neutralizar la energía viciosa y mantener al niño en pensamientos de prudencia y firmeza que lo capaciten para afrontar las circunstancias y dominarlas en vez de rendirse a ellas.

Hace poco me informó cierto amigo mío de una experiencia que sobre el particular hizo en sí mismo. Durante el período en que hubo de sostener terrible lucha contra una mala costumbre, le atemorizaban continuamente su madre y su novia, hasta el punto de que él, cuyo temperamento era muy delicado, sintió desde entonces sin cesar los deprimentes y debilitantes efectos de aquella sugestión contraria y temía responder a las preguntas y sospechas de ambas mujeres. Todo lo cual le produjo un aminoramiento en la confianza de sus propias fuerzas y una paralizadora influencia en todo su ser, que en vez de engendrar en él valor y fuerza contribuyeron a su mayor flaqueza de ánimo y a inutilizarlo para la lucha.

He aquí cómo las dos mujeres que más entrañablemente le amaban, quisieron ponerle en posesión y dominio de sí mismo. Pero ignorantes del callado, sutil, infatigable y revelador poder de las fuerzas mentales, en vez de acrecentarías para infundirle valor, las debilitaron añadiendo la flaqueza exterior a la suya propia. De este modo tuvo que luchar con un enemigo triplemente poderoso.

El miedo, el desaliento, el tedio y otras análogas disposiciones de ánimo son muy perjudiciales para quien les da cabida en su interior, sea hombre, mujer o niño. El miedo paraliza las acciones salutíferas, el tedio corroe y abate el organismo y concluye por desmoronarlo. Nada se gana y todo se pierde con ello, y cada pérdida o daño nos ocasionará una pesadumbre. Y cada vicio tiene su peculiar tribulación. La avaricia producirá efectos semejantes a la tacañería y a la codicia. La cólera, los celos, la ruindad, la envidia, la lujuria, tienen cada cual su peculiar manera de corroer, debilitar y destruir el organismo.

La armonía con las leyes superiores no sólo nos dará prosperidad y dicha, sino también salud corporal. El gran vidente hebreo, el rey Salomón, enunció una admirable regla de conducta cuando dijo:

“Así como la rectitud es para vida, así quien sigue el mal es para su muerte” (Proverbios, 11:19). “En el camino de la rectitud está la vida y la senda de su vereda no es muerte” (Proverbios, 12:28).

Tiempo vendrá en que esto signifique todavía mucho más de lo que la mayoría de la gente no se atrevería hoy a sospechar. El hombre ha de decir si su alma morará en su inderrocable mansión de creciente esplendor y belleza o en una choza por él mismo edificada, que al fin y a la postre caiga en ruinas.

Multitud de gentes viven sin preocuparse de otra cosa que de satisfacer sus pasiones en desarreglada vida. Y sus cuerpos, debilitados por nocivas influencias, van cayendo antes de tiempo por el camino. ¡Pobres mansiones corpóreas! Las destinadas a ser templos hermosísimos, se desmoronan por ignorancia, atolondramiento y alucinación de sus moradores. ¡Pobres moradas!

El observador sagaz que cuidadosamente estudie el poder de las fuerzas mentales, pronto será capaz de conocer en la voz, ademanes y semblante los efectos producidos por la emoción prevaeciente en el ánimo. O al contrario, de las emociones del ánimo puede colegir la voz, los ademanes, el semblante y aun los achaques y dolencias del individuo.

De labios de una respetable autoridad científica hemos oído que el estudio del cuerpo humano, su estructura y el tiempo que tarda en llegar a su completo crecimiento, en comparación con el que tarda el de varios animales y su correspondiente longevidad, nos revela que el hombre debería vivir naturalmente cerca de ciento veinte años. Pero que sólo alcanza la duración media a causa de la multitud de nocivas influencias a las cuales se abandona y lo avejentan, debilitan y destruyen.

Acortada así la natural longevidad de la vida, se ha llegado a creer comúnmente que es su normal período de duración. Y en consecuencia, al ver que por regla general a cierta edad da la gente señales de vejez, creen muchos que lo mismo les ha de suceder a ellos. Y engolfados en esta idea de muerte, atraen sobre sí condiciones de decrepitud mucho antes de lo que por ley natural habría de sobrevenir.

Tan poderosas como ocultas son las influencias de la mente en la construcción y reconstrucción del cuerpo. Conforme vayamos descubriéndolas, irá arraigando en la gente la esperanza de contar los años de su segundo siglo.

Recuerdo en este momento a una señora amiga, que frisa con los ochenta. Una vieja, como la llamaría la mayor parte de la gente, especialmente aquellos que cuentan los años por primaveras. Pero llamar vieja a nuestra amiga sería decir que la nieve es negra, porque no es más vieja que una muchacha de veinticinco, y aun en realidad más joven, según el punto de vista desde el que se considere a una muchacha de esta edad.

Nuestra amiga ha sembrado el bien por todas partes y sólo bondad quiso ver en toda la gente y en todo. La agudeza de su ingenio y la dulzura de su voz le dieron los bellos atractivos que aún conserva y que le adquirieron el amor de cuantos la conocieron. Empleó su vida en infundir tranquilidad, esperanza, valor y fortaleza en cientos y millares de personas. Y así continuará haciéndolo indudablemente por algunos años.

Ni temores, ni desalientos, ni odios, ni recelos, ni tristezas, ni pesadumbres, ni codicias, ni ruindades, incurrieron jamás en los dominios de su pensamiento. En consecuencia, libre la mente de estados y condiciones anormales, no exteriorizó en el cuerpo las diferentes dolencias físicas que se atrae la mayoría de la gente creídas en su ignorancia de que por naturaleza derivan del eterno orden de las cosas. Su vida ha sido demasiado larga para que por inexperiencia permitiera la entrada de maléficas influencias

en el reino de su mente. Por el contrario, fue lo bastante avisada para conocer que en su diminuto reino era la soberana, y que, por lo tanto, sólo a ella le tocaba decidir quién podía o no entrar en sus dominios. Sabía, además, que con ello determinaba las condiciones de su verdadera vida. Era realmente gozoso y ejemplar a un tiempo verla ir de acá para allá, con ánimo sereno y juvenil continente y oír su placentera risa. En verdad que Shakespeare supo lo que dijo al decir: “La mente robustece el cuerpo.”

Con vivo placer observaba yo a mi amiga cuando, no hace mucho, yendo ella calle abajo vi que se detenía para conversar maternalmente con unos chiquillos que jugaban en el arroyo. Luego aceleró el paso para decirle dos palabras a una lavandera que iba cargada con su lío de ropa. Después se paró a hablar con un labrador que regresaba del campo con el cesto de la comida en la mano. Y de este modo compartía las riquezas de su abundosa vida con cuantos se ponían en contacto con ella.

Y para mayor fortuna, mientras yo la estaba contemplando, pasó otra señora anciana (anciana de veras), aunque en realidad era diez o quince años más joven que mi amiga, si por inviernos se cuentan los años. Sin embargo, andaba encorvada y con evidentes muestras de embarazo en los remos. Una cofia de sombríos colores y un velo aún más sombrío y muy espeso acrecentaban el taciturno y melancólico aspecto de la anciana, cuyo traje, tan tétrico como el tocado, y su peculiar continente proclamaban a voz en grito la tristeza y la pena que en su ánimo mantenía con su conducta y su falta de fe en la eterna bondad de las cosas, su falta de fe en la misericordia sin límites y en el sempiterno amor del eterno Padre.

Dominada únicamente por la idea de sus propias aflicciones, tristezas y pesares, era su corazón inaccesible al bien, y por lo tanto, no podía transmitir gozo ni esperanza ni fortaleza ni nada de positivo valor a quienes con ella se relacionaban. Antes al contrario, infundía y sustentaba en muchos con nociva eficacia los estados y disposiciones de ánimo que por lo común prevalecen en la vida humana. Al pasar junto a nuestra amiga, miró a ésta de soslayo con aire en que parecía decirle: “Vuestro traje y porte no convienen a una señora de vuestra edad.” Dad gracias a Dios -se le podría replicar-, dad gracias a Dios que no convengan. Y dignase en su infinita bondad y amor enviarnos innumerables mujeres como ella, que por muchos años bendijeran al género humano, compartiendo las vivificantes influencias de su propio ser con el incalculable número de gentes que de ellas andan necesitadas.

¿Queréis permanecer siempre jóvenes y conservar en la vejez la alegría y pujanza de los juveniles años? Pues ved tan sólo cómo vivís en el mundo de vuestros pensamientos. Esto lo determinará todo. Dijo Gautama el Buda: “La mente lo es todo. Lo que pienses, eso llegará a ser.” Y del mismo modo opinaba Ruskin al decir: “Fabricaos un nido de pensamientos agradables. Nadie, que sepamos, fue educado durante su niñez en tan hermosos palacios como los que podemos edificar con los buenos pensamientos, que nos preservan de la adversidad.”

¿Queréis conservar en vuestro cuerpo toda la flexibilidad, todo el vigor, toda la belleza de la juventud? Pues vivid juvenilmente en vuestros pensamientos no dando cabida a los impuros, y exteriorizaréis la bondad en vuestro cuerpo. En el grado en que os conservéis jóvenes de mente permaneceréis jóvenes de cuerpo. Y veréis cómo el cuerpo acude en auxilio de la mente, porque el cuerpo ayuda a la mente del mismo modo que la mente ayuda al cuerpo.

Estáis edificando sin cesar, y por consiguiente, exteriorizaréis en el cuerpo las condiciones más semejantes a vuestros pensamientos y emociones. Y no sólo edificáis interiormente, sino que atraéis sin tregua fuerzas exteriores de naturaleza análoga. Vuestra

peculiar calidad de pensamientos os pone en relación con el mismo linaje de pensamientos ajenos. Si los vuestros son lúcidos, placenteros y de esperanza henchidos, os pondréis en relación con una corriente de pensamientos análogos. Si son tristes, temerosos y desconfiados, tal será entonces la calidad de los pensamientos que con vosotros se relacionen.

Si es siniestra la índole de vuestros pensamientos, tal vez sea que inconscientemente y por grados os hayáis puesto en conexión con ellos. Es necesario entonces que os volváis como niños, retrocediendo a la edad de los placenteros, inocentes y sencillos pensamientos. Las jubilosas mentes de un tropel de chiquillos entregados al juego atraen sin darse ellos cuenta una corriente de gozosos pensamientos. Aislad a un niño, privadle de la compañía de los demás y pronto le asaltará la melancolía y no tendrá aliento para moverse, pues quedará separado de aquella corriente y fuera de su elemento. Necesitáis, por lo tanto, atraer de nuevo la corriente de pensamientos placenteros de la cual os apartasteis gradualmente. Si estáis demasiado serios y tristes o preocupados por graves negocios de la vida, podréis estar alegres y contentos con sólo volveros sencillos e ingenuos como niños. Podréis prosperar en vuestros negocios llevándolos con la misma tranquilidad que si no os ocuparais en ellos. Nada hay de efectos tan nocivos como una continua propensión a la gravedad y tristeza, y muchos que por largo tiempo se mantuvieron en tal estado de ánimo, llegaron a no experimentar alegría por algo.

A los dieciocho o veinte años empiezan a desviarse las placenteras inclinaciones de la pubertad. La vida ofrece ya más grave aspecto. Entráis en los negocios y quedáis más o menos envueltos en sus cuidados, vacilaciones y responsabilidades. Vuestro ánimo comienza a estar apesadumbrado o inquieto, y de tal modo llegáis a preocuparos de los negocios, que por atender a ellos os falta tiempo para el recreo y el descanso. Si tratáis con gente rutinaria, os empaparéis de sus rutinarias ideas y de sus mecánicos modos de pensar, aceptando todos sus errores como si fuesen certidumbres. Así daréis entrada en vuestra mente a una pesada y embarazosa serie de pensamientos que os arrastrarán inconscientemente. Estos pensamientos se materializan en vuestro cuerpo, porque los sentidos físicos son como un depósito o cristalización de los elementos invisibles que de la mente fluyen al organismo. Van pasando así los años hasta que notáis que vuestros movimientos son tardos y pesados, y con dificultad podéis trepar a un árbol a los cuarenta. Durante todo este tiempo vuestra mente ha ido enviando al cuerpo los pesados y rígidos elementos que hicieron de él lo que actualmente es.

La mudanza a otro estado mejor debe ser gradual, y sólo puede realizarse por medio de corrientes mentales que entrañen fuerzas diametralmente opuestas, impetrando de Dios la perseverancia en el buen camino y eliminando de la mente los malos pensamientos que a hurtadillas hayan entrado en ella, para convertirla a los buenos y saludables.

Como el de los irracionales, se debilitó y degeneró en pasados tiempos el organismo humano. Esto no ha de suceder siempre. La mayor profundidad de conocimientos psíquicos demostrará la causa de tal degeneración, evidenciando cómo en obediencia a una ley o fuerza edificante, se renovará continuamente el organismo dándole más y más vigor, mientras que el ciego empleo de esta ley o fuerza, como se hizo en el pasado, debilita nuestros cuerpos y los destruye al fin.

Plena, preciosa y abundante salud es la normal y natural condición de vida. Cualquier otra es anormal. Y las condiciones anormales se establecen como regla a causa de la perversión.

Dios no engendra jamás la enfermedad, ni el sufrimiento ni la aflicción. Estos males son obra exclusiva del hombre, que se los acarrea al transgredir las leyes de la vida. Pero tan acostumbrados estamos a verlos sobrevenir, que nos parecen naturales y necesarios.

Día llegará en que la labor del médico sea procurar, no la salud del cuerpo, sino la de la mente, que a su vez curará el cuerpo enfermo. En otros términos: el verdadero médico será el maestro, y su obra consistirá en guiar a los hombres y guardarlos de todo mal, en vez de esperar a curarlos después de que el mal se haya cebado en ellos. Todavía más: día llegará en que cada cual sea su propio médico. En el grado en que vivamos acordes con las capitales leyes de nuestro ser y en el grado en que mejor conozcamos las fuerzas mentales y espirituales, atenderemos menormente al cuerpo, es decir, no con menos solicitud, sino con menor atención.

Mucho más sanos estarían millares de individuos si no se preocuparan tanto de su salud. Por regla general, quienes menos piensan en su cuerpo gozan de mejor salud. Gran número de enfermizos lo son por la desconsiderada atención con que cuidan de su cuerpo.

Dale a tu cuerpo el necesario alimento, el conveniente ejercicio y solaire, manténlo limpio y no te preocupes de lo demás. Aparta tus pensamientos y esquiva tus conversaciones de enfermedades y dolencias, porque el hablar de ellas te causará daño a ti y a quien te escuche. Habla de cuestiones provechosas para tu oyente, convéncele de la bondad de Dios y así le comunicarás salud y vigor en vez de enfermedad y flaqueza.

Siempre es nocivo inclinarse al pesimismo y al siniestro aspecto de las cosas. Y si esto es verdad por lo que respecta al cuerpo, también lo es tocante a todo lo demás.

Un médico que complementó su práctica profesional con profundos estudios y observaciones psíquicas, dice a este propósito algo de especial significación y valor en la materia de que tratamos:

“Jamás podremos recobrar la salud pensando en la enfermedad, ni alcanzar la perfección hablando de imperfecciones, ni llegar a la armonía por medio de la discordancia. Hemos de tener siempre ante los ojos de la mente ideales de salud y armonía...

“Nunca afirméis o repitáis respecto a vuestra salud lo que no deseáis que sea verdad. No tratéis de vuestras dolencias ni examinéis vuestros síntomas. No cedáis jamás al convencimiento de que no sois dueños de vosotros mismos. Afirmad resueltamente vuestra superioridad sobre las enfermedades corporales, y no os reconozcáis esclavos de ninguna potestad inferior. Quisiera enseñar a los niños a levantar desde pequeños una fortísima barrera contra las enfermedades por medio de un saludable ejercicio mental de elevados pensamientos y pureza de vida. Quisiera enseñarles a rechazar todo pensamiento de muerte, toda imagen de enfermedad, toda emoción nociva, como el odio, la ruindad, la venganza, la envidia, la concupiscencia, para que venciesen toda mala tentación. Les enseñaría que los alimentos y bebidas malsanas y el aire mefítico envenenan la sangre, y la mala sangre nutre viciosamente los tejidos y engendra las enfermedades del ánimo. Les enseñaría que los pensamientos saludables son tan necesarios para la salud del cuerpo como los pensamientos puros para la pureza de conducta. Les enseñaría a fortalecer poderosamente su voluntad y a luchar por todos los medios contra los enemigos de la vida. Enseñaría al enfermo a tener esperanza, resolución y ánimo. Nuestros prejuicios y aprensiones son los únicos límites de nuestro poder. El hombre no logrará éxito alguno sin confianza en sí mismo. Por regla general nosotros mismos nos cerramos el camino.

“Cada cosa engendra su semejante en el Universo entero. El odio, la envidia, la ruindad, los celos y la venganza tienen sus cachorros. Cada mal pensamiento engendra

otro, y cada uno de éstos, otros y otros en reproducción incesante hasta abrumarnos con su innumerable descendencia.

“Los médicos del porvenir no curarán el cuerpo con medicamentos de farmacopea, sino la mente con preceptos.

“La madre futura enseñará a sus hijos a calmar la fiebre de la ira, del odio y de la malicia, con la gran panacea universal: el amor. El médico del porvenir enseñará a la gente la práctica placentera de las buenas acciones como tónico del corazón y elixir de vida, pues un corazón alegre vale por la mejor medicina.”

La salud de tu cuerpo, lo mismo que la fortaleza y sanidad de tu mente, dependen de lo que relaciones contigo mismo. Según hemos visto, Dios, el infinito espíritu de vida, la fuente de todo bien, excluye por su propia esencia toda enfermedad y flaqueza. Alcanza, pues, el pleno, consciente y vital convencimiento de tu unidad con Dios, y constantemente renovarás tu cuerpo vigoroso y sano.

“Siempre vence a la maldad el bien; va la salud a donde el dolor se marcha. El hombre es tal como son sus pensamientos. Levanta el corazón a Dios.”

Todo cuando hemos dicho puede resumirse en una frase: “Dios es para vosotros lo mismo que vosotros sois.” Debéis despertaros al conocimiento de vuestro verdadero ser. Al despertar determinaréis las condiciones que han de exteriorizarse en vuestro cuerpo. Debéis convenceros por vosotros mismos de vuestra unidad con Dios. La voluntad divina será entonces vuestra voluntad y vuestra voluntad la de Dios; y con Dios todas las cosas son posibles. Cuando reconozcamos con entera independencia esta unidad, no sólo desaparecerán nuestras enfermedades y dolencias corporales, sino toda clase de obstáculos, limitaciones y entorpecimientos.

Entonces se cumplirá: “Deléitate en el Señor y Él satisfará los deseos de tu corazón” (Salmo, 37:4). Entonces dirás: “Las cuerdas me cayeron en lugar deleitoso y verdaderamente hermosa es mi herencia” (Salmo, 16:6). Con ánimo tranquilo confiarás en el porvenir. Alcanza desde luego la verdadera vida y acuérdate que sólo lo óptimo es suficiente bien para quienes como nosotros tenemos tan regia herencia.

4. El secreto, la fuerza y los efectos del amor

Desde el momento en que reconozcamos el divino poder de Dios, nos henchiremos de amor de tal manera, que sólo veremos el bien en todo. Y cuando hayamos reconocido nuestra unión con Él, veremos también que hasta cierto punto estamos unidos a los demás hombres. Cuando así lo reconozcamos, no podremos dañar a nada ni a nadie, pues siendo todos miembros de un mismo cuerpo, no es posible que un miembro sufra sin que también sufra todo el cuerpo.

Cuando reconozcamos completamente nuestra unidad con todo cuanto existe y sepamos que toda vida es la misma en todos los individuos, ya no sentiremos odios. El amor reinará con absoluta soberanía. Entonces, donde vayamos y estemos en contacto con el prójimo, reconoceremos a Dios en nuestro interior. De este modo, buscaremos el bien y lo hallaremos.

Hay un principio profundamente científico, fundado sobre la gran verdad: “Quien a hierro mata a hierro muere.” Desde el momento en que reconozcamos las sutiles energías de las fuerzas mentales, notaremos fácilmente que al dejarnos poseer por cualquier sentimiento de animadversión al prójimo, recibe éste los efectos de las diabólicas fuerzas

que de nosotros dimanen y despiertan en él los mismos pensamientos de odio, que a su vez recaen sobre quien fue primero en aborrecer.

Cuando comprendamos los efectos de la pasión en el corporal organismo, conoceremos cuán deprimentes y corrosivos son. Lo mismo puede decirse de toda clase de malos pensamientos o pasiones. Hallaremos, por último, que al dejarnos dominar por sentimientos de esta naturaleza hacia el prójimo, siempre sufriremos mucho más que aquél contra quien los sintamos.

Y así, cuando conozcamos que el egoísmo es raíz de todo error, de todo pecado y crimen, y que la ignorancia es fuente de todo egoísmo, miraremos con caridad las acciones de todos. El ignorante procura lograr sus particulares fines a expensas de la colectividad. Por esta razón el ignorante es egoísta. Nunca lo es el sabio, porque el sabio es vidente y reconoce que un simple miembro recibe los mismos beneficios que el cuerpo entero, y así no solicita exclusivamente para él lo que al mismo tiempo puede solicitar para todo el linaje humano. Si el egoísmo es como el fundamento de todo error, pecado y crimen; si la ignorancia es la base de todo egoísmo, cuando veamos manifestarse ésta o aquéllas malas cualidades, daremos prueba de alteza de ánimo estimulando el bien en cada individuo con quien lleguemos a relacionarnos.

Algunas veces oímos decir a uno hablando de otro: “No hallo en él ningún bien.” ¿No? Entonces no eres vidente. Mira con profunda atención y hallarás a Dios en toda alma humana. Pero acuérdate de que sólo reconociendo a Dios se encuentra a Dios. Cristo hablaba siempre con suprema verdad y reconocía a Dios en cada hombre porque primero había reconocido a Dios en sí mismo. Comía con publicanos y pecadores, pero abominaba de los escribas y fariseos porque estaban tan aferrados a sus ideas y con tanto orgullo proclamaban su magisterio, que de ello provenía su ignorancia hasta el punto de que, no habiendo hallado jamás a Dios en sí mismos, no podían ni soñar siquiera que la verdadera vida alentase en publicanos y pecadores.

En el grado en que mantengamos a una persona en la idea del mal o del error, estimularemos la maldad o el error en ella. Y en el grado a que su sensibilidad alcance y esté sujeta a las sugerencias del pensamiento ajeno, así quedará influido. De este modo podemos ser responsables de los malos pensamientos que mantengamos en el prójimo. De la propia suerte podemos mantener a una persona en la idea de lo bueno, de lo verdadero y lo justo. Y entonces le sugeriremos la justicia y la verdad, teniendo nosotros benéfica influencia en su conducta. Si nuestro corazón se desborda de amor a cuanto con nosotros esté en contacto, inspiraremos amor. Y las mismas nobles y reconfortantes influencias de amor recaerán en nosotros procedentes de aquellos a quienes les inspiremos tan elevados sentimientos. Hay un profundo principio científico fundado en el precepto: “Si quieres que todos te amen, empieza por amar a todos.”

En el grado en que amemos, seremos amados. Fuerzas son los pensamientos y cada uno engendra otros de su misma especie. Cada uno recaerá sobre ti cargado con el efecto que le corresponde y del cual es causa.

“Que tus ocultos pensamientos sean nobles y tomen vida en emuladoras palabras y ejemplares acciones modeladoras de tu destino. Así son de inescrutables los designios de Dios.”

No conozco mejor ejercicio que el de quien continuamente se mantiene en tal disposición de ánimo, que sin cesar derrama su amor diciendo:

“Querido prójimo, yo te amo.” Y cuando conozcamos que un pensamiento produce invariablemente sus efectos, veremos cómo de continuo beneficia no sólo a

quien esté al alcance de su influencia, sino al mundo entero. Los pensamientos de amor que por varios medios se muestran, llegan a él desde todos sus ámbitos. Aun los animales tienen más exquisita sensibilidad que muchas personas, y reciben los efectos de nuestros pensamientos, del estado de nuestra mente y de nuestras emociones, con mayor prontitud que ciertas gentes. Por lo tanto, donde encontremos un animal podemos beneficiarle si enfocamos en él pensamientos de amor, cuyos efectos sentirá, ya simplemente le festejemos, ya le llamemos con la voz. E interesante es a menudo ver cuán prontamente nos responde y con que presteza da muestras de haber comprendido el cariño y amor que le manifestamos.

¡Cuán gozoso y privilegiado fuera vivir y moverse en un mundo donde sólo encontráramos hombres perfectos! Y sin embargo, en mundo semejante podemos vivir, porque en el grado en que veamos a Dios en cada alma humana, viviremos en semejante mundo.

Y cuando de este modo reconozcamos la imagen de Dios en cada hombre, nos acercaremos más y más a Él. ¡Tal es nuestro privilegio! Debemos desechar el hipócrita juicio que de otro hacemos y ejercitar la facultad de ver más allá de la parte percedera de nuestro ser y vislumbrar el verdadero Yo que ha de mostrarse algún día en toda su beatífica hermosura. Al condenar al prójimo nos condenamos a nosotros mismos.

Este reconocimiento nos henchiría de rebosante amor, y todo cuanto con nosotros estuviera en contacto sentiría su vivificante poder, enviándonos a su vez los mismos amorosos sentimientos, y de este modo atraeríamos sin cesar el amor desde todos los ámbitos del mundo. Dime cuánto amas y te diré en qué grado vives con Dios. Dime cuánto amas y te diré hasta dónde entraste en el reino de la armonía. Porque como afirma San Pablo, “el amor es el cumplimiento de la ley” (Romanos, 13:10).

Y en cierto modo, el amor lo es todo. Es la llave de la vida y a su influjo se mueve el Universo entero. Vive en un solo pensamiento de amor a todas las cosas, y en todo encontrarás amor. Vive en pensamientos de malicia u odio, y malicia y odio caerán sobre ti.

“Porque el mal envenena y los dardos de la malicia ocasionan heridas que no podrán sanar mientras la cólera perdure.”

Cada pensamiento que te posea será una fuerza que de ti emane y a ti vuelva con sus naturales efectos. Esta es una ley inmutable. Además, cada pensamiento que te domine influirá directamente en tu cuerpo. Si amas, tus emociones estarán en armonía con el orden eterno del Universo, porque “Dios es amor” (San Juan, 1-4:8). Tendrán sobre tu cuerpo vivificadora y saludable influencia, dando gallardía a tu continente, frescura a tu voz y atractivo a tu persona. En el grado en que mantengas pensamientos de amor hacia todo, con amor te corresponderán influyendo en tu mente y por medio de tu mente en tu cuerpo. Y así verás acrecentadas por el mundo exterior tus propias fuerzas. Entonces las ejercitarás sin cesar en las actuaciones espiritual y física, y su influencia enriquecerá tu vida.

El odio y demás emociones de su índole son anormales, perversas y contra naturaleza, porque están en discordancia con el orden eterno del Universo. Si el amor es el pleno cumplimiento de la ley, lo que al amor se oponga será directa violación de la ley. Y no hay violación de la ley sin sus correspondientes sufrimientos y penas en una u otra forma. No hay manera de eludirlo. ¿Y cuál es el resultado de esta violación? Cuando das acceso a pensamientos de cólera, odio, malicia, celos, envidia, vituperio, desdén o menosprecio, y te dejas poseer de ellos, ejercen ponzoñosa influencia en tu organismo y lo debilitan. Y si continúas entregándote a tan malos pensamientos, acabarán por deteriorarlo,

exteriorizándose en forma de enfermedades.

Y entonces, a estas corrosivas influencias se añadirá el que tu mente vaya atrayendo destructoras influencias de otras mentes. Y a medida que en ti crezcan estas nocivas fuerzas cooperarán con mayor eficacia al deterioro de tu organismo.

Amor inspira amor. Odio engendra odio. El amor y la bondad estimulan y fortalecen el cuerpo. El odio y la malicia lo corroen y debilitan. El amor sabe a vida sobre vida. El odio, a muerte sobre muerte.

“¡Oh! Corazones leales, espíritus valientes y puras almas de la verdad amantes. Dad al mundo vuestro mejor tesoro y el mundo os lo devolverá con mayor logro. Dad amor, y por amor será impelido de vuestros corazones el latido con potente fuerza para salir airosos de vuestros apuros angustiosos. Tened fe, y cientos de corazones tendrán fe en vuestras palabras y acciones.”

Oigo decir: “¿Cómo podré portarme yo así con quien me odie, sin haberle dado motivo para que sea mi enemigo?” Es cierto. Pero lo más seguro es que no tengas enemigos si tu corazón y tu mente no están poseídos de animadversión. Conveceos primero de que no hay nada de naturaleza odiosa. Pero si el odio os llegara del prójimo sin causa evidente por vuestra parte, entonces envolved a quien sea en pensamientos de amor y benevolencia, pues por este medio podréis neutralizar de tal modo los efectos del odio, que ni os alcancen ni os perjudiquen. El amor es más fuerte que el odio. El odio siempre puede ser vencido por el amor.

Por otra parte, si oponéis odio a odio, sólo conseguiréis intensificarlo. Añadiréis combustible a la ya encendida llama, alimentándola y acrecentándola, y aumentaréis así la intensidad de las malas condiciones. Nada se gana con esto. Al contrario, todo se pierde. Devolviendo amor por odio seréis capaces de neutralizar esta funesta emoción, de forma que no sólo no os afecte, sino que ni siquiera os alcance. Y aún más que esto. Llegaréis tarde o temprano a convertir en amigo al enemigo. Oponed odio a odio y os degradaréis. Oponed amor a odio y no sólo os realzaréis ante vuestros ojos, sino ante los de quien os odie.

Un sabio persa dijo: “Siempre opongo la suavidad a la dureza y la bondad a la perversión.” El budista dice: “Si un imprudente me agravia le corresponderé con mi voluntario amor. El mal está de su parte, el bien de la mía.” “El sabio venga las injurias con beneficios”, dice un proverbio chino. “Devuelve bien por mal; vence el enojo con el amor; el odio nunca cesa por el odio, sino por amor”, dicen los indostanes.

El hombre verdaderamente sabio no tiene ene-migos. Con frecuencia oímos decir: “¡No importa! ¡Me portaré lo mismo con él!”. ¿Eso quieres? ¿Y cómo lo harás? Puedes hacerlo de dos maneras: portarte con él como él se porte contigo, pagándole en la misma moneda. Si así lo haces, te pondrá a su nivel y ambos sufriréis. En cambio, si te muestras generoso, puedes devolverle amor por odio, amabilidad por aspereza, y de este modo le igualarás a ti, alzándole a tu nivel. Pero recuerda que nunca podrás sostener a otro si no te sostienes a ti mismo. Y si te olvidas de ti mismo, te será más valioso el servicio que a otros prestes. Si tratas a otro tan mal como él te trate, demostrarás que existe en ti aquello que te acarrea el maltrato. Mereces lo que te sucede y no debes quejarte de ello. Procediendo de opuesto modo lograrías mejor tu propósito, y obtendrías una victoria sobre ti mismo, prestando al mismo tiempo al prójimo un gran servicio del que evidentemente necesita.

De este modo podrás ser su salvador, y él a su vez lo será de otros pecadores y tendrá a su cuidado muchas gentes. Algunas veces la lucha es mayor de lo que podemos suponer,

y entonces necesitamos más simpatía en nuestro trato común con los hombres. Por lo tanto, “no nos inculpemos ni nos condenemos unos a otros, pues en el espinoso camino de la vida los pies se fatigan y el corazón se entristece. Pesada carga es la que solos hemos de sobrellevar y casi nos olvidamos de que contentos estaríamos si nos ayudáramos unos a otros, confortándonos en estrecho y tierno abrazo, dulce como el amor y como la mirada de ojos propicios. No esperemos que por gracia inefable se parta el pan de la vida. Las palabras suaves son como maná de los cielos”.

Cuando lleguemos al completo conocimiento de que todo mal, y todo error y todo pecado, y sus consiguientes sufrimientos, proceden de la ignorancia, descubriremos por donde quiera y en cualquier forma sus manifestaciones. Y si nuestros corazones son rectos, nos compadeceremos de aquellos en quienes se manifiesten. La compasión se trocará entonces espontáneamente en amor, que hará su natural oficio. Tal es el divino método. Y así, en vez de impeler a quienquiera hacia su flaqueza, lo sostendremos hasta que por sí pueda mantenerse y sea dueño de sí mismo. Pero toda vida crece y se desenvuelve de dentro a fuera, y cada cual llega a ser dueño de sí mismo en el grado en que el conocimiento del origen divino de su naturaleza alboree en su conciencia, de forma que le lleve a la armonía con las leyes superiores, pues por la manifestación de nuestra interna espiritualidad podremos despertar mayormente el conocimiento de estas leyes en la conciencia ajena.

Por el ejemplo y no por el precepto. Por la conducta y no por la predicación. Con hechos y no con palabras. Por el proceder de nuestra vida y no por la dogmática enseñanza de cómo debemos vivir.

No hay contagio más intenso que el del ejemplo. Se recoge lo que se siembra y cada simiente produce los mismos frutos. No sólo podemos matar al prójimo hiriéndole en su cuerpo, sino con pensamientos agresivos. Pero al paso que matamos, nos suicidamos. Alguien enfermó a causa de haberse enfocado en él los homicidas pensamientos de algunas personas. Y hubo quien murió de resultas de ello. Si el odio prevaleciera en el mundo, sería el mundo un infierno. Que el amor avasalle al mundo, y el mundo será un cielo con todas sus glorias y hermosuras.

No amar es no vivir, o por lo menos es vivir muriendo. La vida amante de todas las cosas es vida completa, copiosa y sin cesar explayada en fuerza y hermosura. Tal es la intensa vida de cada vez más amplios horizontes. Los hombres más francos, nobles y liberales son los que mejor comprenden el amor y la amistad. Los más ruines son aquellos de raquíca y degenerada naturaleza cuya insolencia se cifra en la egolatría. Un alma noble, abierta y generosa ha de ser forzosamente altruista. Sólo los hombres de alma ruin, que se consideran como el centro del mundo, son ególatras. Pero nunca lo es el hombre de espíritu amplio y elevado. Las almas ruines luchan sin cesar por los bienes materiales. Las almas generosas, jamás. Éstas se afanan en servir y amar al prójimo en todas partes y ocasiones. Aquéllas no se mueven de su concha e intentan que el mundo las sirva y les dé provecho. Unas sólo se aman a sí mismas y las otras aman a todo el mundo. Pero en este extensivo amor se hallan incluidas ellas mismas.

Verdaderamente, el amor más puro es el que aproxima a Dios, porque Dios es el espíritu de infinito amor. Y cuando reconozcamos nuestra unidad con este infinito espíritu, nos henchiremos de tal modo del amor divino, que enriqueciendo nuestra vida, fluirá de ella el amor para enriquecer al mundo entero.

Al reconocer nuestra unidad con Dios, nos pondremos al mismo tiempo en acordes relaciones con nuestros prójimos y en armonía con las eternas leyes, de modo que hallemos nuestra vida al perderla en provecho ajeno. Conoceremos que toda vida es una y

que por lo tanto todos somos partes del todo. Comprenderemos que nada podemos hacer a otros sin que a nosotros mismos nos lo hagamos, ni perjudicar al prójimo sin que por ello quedemos también perjudicados. Comprenderemos asimismo que el hombre que sólo vive para sí, vive raquítica, ruin y desmedradamente, porque no es partícipe de la amplia y expansiva vida de la Humanidad. Quien emplea su vida en el servicio colectivo, la enriquece y acrecienta mil veces, y cada gozo, cada dicha, cada triunfo de los miembros del todo será también suyo porque es parte de la vida universal.

Digamos ahora dos palabras relativas a los beneficios. Los apóstoles Pedro y Juan subieron un día al templo junto a cuya puerta Hermosa pedía limosna un lisiado. Pero en vez de darle algo con que remediar la necesidad del día, dejándole sin valimiento para el de mañana, le hizo Pedro un verdadero y positivo beneficio diciéndole: “No llevo plata ni oro. Pero te daré cuanto tengo.” Y le curó. De este modo le puso en condición de valerse por sí mismo.

En otros términos: El mayor servicio que podemos prestar al prójimo es ayudarle a que por sí mismo se ayude. El socorro depende de las circunstancias, y cuando se presta sin necesidad es flaqueza. Pero nunca lo es ayudar a otro a que por sí mismo se valga.

No hay mejor camino para ayudar a otro a valerse, que llevarle al conocimiento de sí mismo y al conocimiento de su unidad con Dios.

5. Sabiduría e iluminación interior

Dios es el Espíritu de infinita sabiduría. En el grado en que nos abramos a Él, veremos manifestarse en nosotros y por medio de nosotros la suprema sabiduría. Así podremos penetrar en el propio corazón del Universo y descubrir los misterios ocultos a la mayoría de la gente.

Debemos tener absoluta confianza en la divina inspiración sin recurrir a extrañas fuentes. ¿Y por qué hemos de recibir de otro la sabiduría? Dios no tiene preferencias por nadie. ¿Por qué habríamos de lograr todo por mediación ajena y como de segunda mano? ¿Por qué habrían de estar de tal modo paralizadas nuestras propias y congénitas fuerzas? “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios” (Santiago, 1:5). “Responderé antes de que llamen. Y aun estando ellos hablando, yo habré oído” (Isaías, 65:24).

Si acudimos directamente a Dios, sus mediadores serán para nosotros conductos, pero nunca fuentes. No hemos de llamar a nadie maestro, sino instructor. Reconozcamos con Browning:

“La verdad está dentro de nosotros mismos y no dimana de las cosas exteriores cualesquiera que sean. En nosotros hay un centro íntimo donde la verdad reside en toda su plenitud.”

No hay en el mundo más importante máxima que ésta: “En tu propio ser está la verdad.” O en otros términos: “En tu alma reside la verdad, pues a través de ella escuchas la voz de Dios.” Esta es la guía interna. Esta es la luz que ilumina a todo hombre venido al mundo. Esta es la voz del alma, la voz de Dios. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas una voz que oiga: “Este es el camino, ve por él” (Isaías, 30:21).

Estando Eliseo en el monte, oyó, después de varias conmociones y manifestaciones sísmicas, la “voz del silencio”, la voz de su propia alma, por medio de la cual le hablaba el infinito Dios.

Si escucháramos esta voz de la intuición, nos hablaría cada vez más clara y evidentemente hasta llegar a ser absoluta e infalible guía. Lo que nos conturba y daña es no escuchar ni atender a esta voz interior que en nuestra propia alma resuena, y así somos como reino dividido por luchas intestinas. De este modo, nunca estamos seguros de nada.

Tengo un amigo tan cuidadosamente atento a esta voz interior y tan solícito en obrar de riguroso acuerdo con ella, como guía absoluta, que siempre hace lo que debe a su debido tiempo y a su debido modo. Siempre sabe lo que hace y cómo lo hace y jamás está en la situación de un reino en lucha consigo mismo.

Alguno dirá: ¿No podría sernos perjudicial el obrar siempre según la intuición? ¿Y si por azar tuviéramos la intuición de dañar a alguien? No hemos de asustarnos por esto, pues la voz del alma, la voz de Dios que a través del alma nos habla, jamás aconsejará hacer daño al prójimo ni nada que no esté en armonía con los arquetipos de razón, verdad y justicia. Y si alguna vez os acomete un arrebató de esta especie, sabed que no es la voz de la intuición, sino algo característico de vuestro yo inferior, que se ha revelado repentinamente.

No debemos desoír la voz de la intuición, sino estar continuamente iluminados por tan alta y espiritual percepción, pues en el grado en que nos ilumine será agente de luz y poder. Quien llega a la entera posesión de si mismo, entra en el reino de todo conocimiento y sabiduría. Y estar en posesión de si mismo es no reconocer otra fuerza más allá del poder infinito que todo lo domina. Quien reconoce esta verdad capital y se abre al Espíritu de sabiduría infinita, entra en el camino de la verdadera perfección y se le revelan espontáneamente los misterios que antes se le ocultaban. Este debe ser necesariamente el fundamento de toda educación verdadera. El desenvolvimiento de lo que involucionó el infinito poder.

Todas las cosas cuyo reconocimiento nos aproveche vendrán a nosotros con tal que escuchemos la voz de Dios. Y tanto es así, que llegaremos a ser videntes con facultad de escrutar todas las cosas. No hay hado ni ley ni fuerza semejante a la de la unión con el infinito Espfritu de sabiduría, por la que podemos descubrir y comprender lo no conocido hasta ahora, que por este medio llegará a nosotros como nuevo y reciente. Cuando así lleguemos al conocimiento de la verdad, no necesitaremos hechos mudables y reposaremos en la tranquilidad de nuestro mundo interior y exploraremos el exterior por las ventanas del alma, dando entrada al escogido bien. Esta es la verdadera sabiduría. “La sabiduría es el conocimiento de Dios.” La sabiduría se alcanza por la intuición y trasciende más allá de cualquier otro conocimiento. El conocimiento de las cosas, por profundo que sea, se logra simplemente merced a la mente concreta por enseñanza y aprendizaje. Pero la sabiduría va más allá del conocimiento, que sólo es un mero incidente de esta profunda sabiduría.

Quien anhele entrar en el reino de la sabiduría debe despojarse primeramente de toda presunción intelectual. Debe volverse niño. Los prejuicios, opiniones y creencias preconcebidas embarazan el camino de la verdadera sabiduría. Las ideas prejuiciosas tienen siempre influencias suicidas. Atrancan la puerta para que no entre la verdad.

Por donde quiera, en el mundo religioso, en el científico, en el político y en el social vemos hombres tan aferrados por petulancia intelectual a sus prejuicios y opiniones, que la verdad no entra en su mente. Y en vez de crecer y medrar en sabiduría se empequeñecen y achican, quedando cada vez más incapaces de recibir la verdad. En lugar de ayudar activamente al progreso del mundo, son estorbos que embarazan las ruedas del progreso. Sin embargo, su labor es infecunda, pues mientras se quedan atrás rotos y vencidos, el carro triunfal de la verdad de Dios avanza sin detenerse en su camino.

Cuando se hacían las pruebas de la primera máquina de vapor, antes de que estuviera suficientemente perfeccionada para darle aplicaciones prácticas, un sabio inglés publicó un folleto queriendo demostrar que jamás sería posible el empleo de la máquina de vapor en la navegación de altura, porque ningún buque podría llevar el carbón necesario para la alimentación de los hogares. Y lo más curioso fue que el primer buque de vapor que hizo la travesía de Inglaterra a los Estados Unidos llevaba en su cargamento multitud de ejemplares del folleto en que el autor trataba de probarles a los americanos la imposibilidad del invento.

Curioso es el caso. Pero más lo es el del hombre que voluntariamente se obstina en el error, ya porque la verdad no llega a él por convencionales conductos, ya porque es contraria o no está de completo acuerdo con las rutinas y creencias establecidas.

“Abre en tu alma místicas ventanas por donde penetre la magnificante gloria del Universo, pues el estrecho marco de la superstición no puede encerrar los brillantes rayos que de innumerables focos emanan. Desgarra los velos de la ignorancia y por las ventanas de tu alma entre la luz del cielo, clara como la verdad misma. Abre tu oído al universal concierto de los astros, a la voz de la naturaleza, y tu corazón se convertirá a la verdad y al bien como se convierten al sol las plantas. Millares de manos invisibles te mantendrán en las alturas coronadas de paz y todas las fuerzas del Universo fortificarán tu vigor. No te amedrente el apartar a un lado el error disfrazado de verdad.”

Hay una ley primordial y relativa a la adquisición de la verdad. Esta es: Siempre que el hombre se cierra a la verdad por jactancia o presunción intelectual de opiniones preconcebidas, prejuicios o cualquier otro motivo, no llegará a él la verdad completa desde sus fuentes. Por el contrario, cuando el hombre se abra enteramente a la verdad, ésta llegará a él desde todas sus fuentes. Así llega a ser libre el hombre. Porque la verdad le hace libre. Quien a ella así no se abre queda en esclavitud, porque no recibe libre y gozosamente la verdad.

Y donde se le niega la entrada a la verdad no pueden morar las santas bendiciones que consigo lleva. Por el contrario, penetra a viva fuerza el mensajero de la enfermedad y de la muerte física, intelectual y espiritual. Y más peligroso que salteador y ladrón es el hombre que arrebató a otro la libertad de escudriñar la verdad erigiéndose en intérprete de ella, con el intento de mantenerle en dependencia, en vez de guiarle al punto desde donde él mismo pudiese interpretarla. El daño que de este modo infiere es tanto mayor cuanto que lo recibe la verdadera vida del individuo, privado así de su libertad. ¿Quién instituyó jamás a hombre alguno en custodio, guardián y dispensador de la ilimitable verdad de Dios? Ciertamente que algunos quisieron llamarse maestros de la verdad. Pero el maestro de la verdad nunca podrá ser intérprete de la verdad para otro. Maestro de la verdad es el que se esfuerza en llevar al discípulo al verdadero conocimiento de sí mismo, y por lo tanto al de sus fuerzas interiores, a fin de que sea su propio intérprete. Todos los demás, generalmente hablando, están animados por motivos puramente personales, como el medro o lucro particular. Además, quien presume estar en posesión de la verdad plena e infalible es fanático, loco o bribón.

En la literatura oriental se lee la fábula de la rana.

Vivía esta rana en un charco de donde nunca había salido. Llegó un día otra rana cuya morada era el lago, y amiga de curiosear en todo, se metió en el charco.

- ¿Quién eres? ¿En dónde vives? -le preguntó la rana del charco.
- Soy como soy, y tengo mi casa en el lago.
- ¿En el lago? ¿Y qué es eso?

- Una gran porción de agua que no está lejos de aquí.
- ¿Y cómo es de grande ese lago?
- ¡Oh! Muy grande.
- ¿Como esto? -dijo la rana del charco señalando una piedra del fondo.
- ¡Oh! Mucho mayor.
- ¿Tan grande como esto? -repitió la rana del charco señalando la margen donde ambas conversaban.
- ¡Oh! Mucho mayor.
- ¿Cuánto, pues?
- El lago en que vivo es mayor que todo tu charco y podría contener millones de charcos como el tuyo.
- ¡Disparate! ¡Disparate! Eres una impostora y una falsaria. Márchate de mi charco. Márchate. No quiero tratos con ranas de tu especie.

“Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”, se nos ha prometido (San Juan, 8:32). Cerraréis los ojos del alma a la verdad, viviréis aferrados a vuestros prejuicios, y vuestros prejuicios harán de vosotros locos e idiotas. Tal es la sentencia aplicable a no pocos que se jactan de la intelectual superioridad de sus opiniones. La idiotez atrofia la mente. Pero el cerrarse por cualquier motivo a la verdad y por consiguiente al acrecentamiento de la mente, acarrea cierta especie de idiotez aunque no le demos este propio nombre. Y por otra parte, especie de idiotez que atrofia el entendimiento es también creer los hechos sin comprobación personal y sólo porque las recibimos de un individuo o de un libro. Esta es la causa de que el alma esté siempre asomada al mundo exterior en vez de atender a la vida íntima de donde irradia la inextinguible luz de la verdad.

Digamos con el animoso Walt Whitman:

“Desde ahora borro imaginarios límites y escucharé la voz de mi propio y absoluto dueño. Si a otros atiendo, meditaré pía, inquisitiva y contemplativamente lo que digan, despojándome de las vestiduras con que intenten cubrirme. La verdad divina está abierta igualmente para todos y en cada uno labra su morada según el ardor con que la desea y el anhelo con que la recibe.”

Tocante a la sabiduría que nos guía en nuestra vida cotidiana, nada hay cuyo conocimiento nos convenga que no podamos conocer desde el punto en que obedecemos la ley a ello relativa y seamos capaces de aplicarla convenientemente. Hemos de reconocer que todas las cosas son nuestras tan pronto como sepamos apropiárnoslas legítimamente.

“Creo en una ley inmutable a la que el alma no puede sustraerse ni de ella apartarse. Tenemos en nosotros lo que atraemos. Todo cuanto necesitamos o merecemos.”

Si alguna vez ignoramos aquello que perseguimos, si no sabemos qué senda seguir y no ponemos cuidado en explorar los recodos de nuestro camino de nosotros será la culpa. Y estando la culpa en nosotros, debemos corregir esta anormal situación. Pero nunca será necesario llegar a semejante estado si mantenemos despierta nuestra conciencia y en acción las fuerzas interiores. Siempre está brillando la luz. Y para que nos ilumine sólo es necesario que no dejemos interponer nada entre la luz y nuestra alma. “En ti está la fuente de vida. En tu luz veremos la luz” (Salmo, 36:9).

Oigamos las palabras de uno de los más grandes iluminados que en el mundo han sido, de uno que jamás estuvo en tinieblas y supo lo que hacía y cómo lo hacía:

“Siempre que dudéis acerca de la conducta que debéis seguir, después de haber recurrido a los medios de guía externa, abrid vuestros ojos interiores, abrid los oídos del

alma y dejad que este natural, sencillo y hermoso procedimiento dé respuesta a vuestras preguntas y resolución a vuestras dudas... En todas las horas y en todos los casos de rara perplejidad necesitamos tomar un solo camino y hallarlo, como podemos hallar todos los caminos en el santo Evangelio que muchos leen, pero que, ¡ay!, pocos interpretan debidamente.”

“Entra en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre” (5. Mateo, 6:6).

¿Significa esto que debemos retirarnos literalmente a nuestra alcoba y echar la llave a la puerta? Si así fuera, no podría cumplirse este mandamiento al aire libre, en el mar o en la montaña. Y Cristo prefería los lagos y los bosques a los estrechos aposentos de las mansiones urbanas. Sin embargo, interpretando ampliamente sus consejos no hay rincón de tierra ni situación apurada en que no podamos ajustar a ellos nuestra conducta.

Uno de los hombres de intuición más poderosa que he conocido, estaba empleado en una oficina a donde acudían muchos negociantes que hablaban de sus asuntos en voz alta. Completamente aturrullado por los muchos y diversos ruidos que a su alrededor sonaban, este hombre, lleno de fe y de interior arrobamiento, corría las portezuelas del despacho, aislándose tan completamente en su ambiente psíquico, cual si estuviera solo en una selva prehistórica. En el silencio de su mística soledad inquiría en sí mismo el camino más conducente a su propósito, permaneciendo enteramente impasible hasta que llegaba la respuesta. Y jamás, ni una sola vez en la experiencia de muchos años, vio burladas y fallidas sus esperanzas.

La percepción intuitiva de la verdad es el pan de cada día que satisface nuestra hambre cotidiana. Llega como el maná en el desierto, día por día. Y cada día nos trae lo necesario tan sólo para satisfacer las necesidades de aquel día. En cuanto percibamos intuitivamente la verdad, hemos de seguirla inmediatamente, porque aplazarla sería lo mismo que oscurecerla, y cuanto más tardáramos, con mayor prontitud la cubriría el error con su espeso manto de fantasías nacidas de la voluntad terrena.

Pero debemos obedecer una condición establecida por ley universal, ésta es: deja a un lado todo anhelo menos el de la verdad. Añade la absoluta determinación de seguir lo que como verdad percibas, desde el momento en que como tal se te revele. No permitas que ningún otro afecto comparta el campo con este absorbente amor a la verdad por la verdad misma. Sigue este único camino sin olvidar nunca que la esperanza y el anhelo son como inseparables cónyuges, y pronto verás tu hasta entonces oscuro camino, iluminado por la radiante luz de tu cielo interno cuyo fulgor acrecentarán incesantemente los cielos exteriores. A esto le podríamos llamar la entrada en el silencio. Esto es vernos alumbrados por la luz que ilumina y guía a todo hombre que viene al mundo. Esto es escuchar la voz de nuestra propia alma, la voz de nuestro yo superior.

Divina es el alma y, por consiguiente, si la hacemos diáfana, el infinito Espíritu le revelará todo. Pero todo se le ocultará a medida que se aleje de la divina luz. Nada hay oculto por sí mismo. Cuando se despierta el sentido intimo, traspone los límites de los sentidos corporales e intelectuales. Y en el grado en que traspongamos estos límites y reconozcamos que la verdadera vida es una con la infinita Vida, llegaremos a la altura desde donde su voz nos hable siempre sin engañarnos nunca, con tal que la escuchemos, recibiendo en consecuencia la iluminación y guía divinas. Conocer esto no es vivir en un cielo futuro, sino en un cielo actual, presente, de hoy y todos los días.

Ningún alma humana carece necesariamente de él. Cuando volvemos los ojos al camino recto, nos parece todo ello tan natural y sencillo como que las flores broten y sople el viento. Es algo que no puede comprarse con dinero ni preseas. Es sencillamente una

condición que pueden cumplir el rico y el pobre, el rey y el vasallo, el amo y el criado. Todos son igualmente sus herederos. Si el vasallo la encuentra primero, será su vida de más trascendente belleza y poder que la del rey. Si el criado la halla primero, sobrepujará a su propio amo.

Si hallaras la plenísima, suprema y óptima vida que puede hallarse no sólo en este mundo, sino en todos los mundos conocidos, desearías todo sentimiento de separación de tu vida de la vida de Dios. Manténte, pues, en pensamiento unido con ella. En el grado en que tal hagas, la verás más completamente realizada. Y según la reconozcas, hallarás que nada bueno te será rehusado, porque todo lo bueno está en ella contenido. Entonces harás hoy sin recelo lo que hayas de hacer, seguro de que mañana no te ha de faltar el necesario sustento de tu vida intelectual, espiritual y física. Acuérdate, sin embargo, de que el sustento de mañana no te es necesario hasta que el mañana llegue.

La ley nunca le falla a quien confía plenamente en ella. Sólo quien pone a medias su esperanza obtiene resultados inciertos y, por lo tanto, poco satisfactorios. Nada hay firme y seguro sino Dios, que jamás engaña a quien se arroja en sus brazos. El secreto de la vida consiste en vivir sin cesar en Dios donde quiera y por donde quiera, de día y de noche, en sueño y en vigilia, pues lo mismo durmiendo que despiertos podemos vivir en Él. De aquí podríamos colegir algunos hechos relacionados con el sueño, es decir, con las enseñanzas e iluminaciones que recibimos mientras estamos durmiendo.

Durante el sueño queda el organismo físico quieto y en reposo, aunque el alma y sus potencias continúan en completa actividad. El sueño es una providencia natural para la restauración del cuerpo y reparo de las pérdidas sufridas durante la vigilia. Es el gran reconstructor de la naturaleza. Si al cuerpo no se le da el suficiente descanso para que el reposo compense el desgaste, se irá deprimiendo y debilitando poco a poco hasta el punto de que cualquier enfermedad o dolencia se aposente fácilmente en él. Por esta razón, los propensos a constiparse se resfriarán más fácilmente cuando estén faltos de sueño que en otra ocasión cualquiera, pues entonces queda el cuerpo mucho más expuesto a las exteriores influencias morbosas que cuando se halla en condiciones normales. Y siempre es mayor esta influencia en los órganos más débiles.

Nos ha sido dado el cuerpo para más altos fines de aquellos en que ordinariamente lo empleamos. Esta verdad se nos muestra de manera especial en los numerosos casos en que el cuerpo domina a su propietario. En el grado en que lleguemos a la actualización de las más poderosas facultades mentales y espirituales, en el mismo grado será el cuerpo, por la influencia de ellas sobre él, menos grosero y pesado, más delicado en su forma y estructura. Y al hallar la mente un reino de gozo en si misma y en la alteza de las cosas que con ella se relacionen no requerirá los bastos placeres de la gula ni otros de semejante índole. También morirá en él la desordenada apetencia por los manjares de carne, bebidas alcohólicas y demás estimulantes de las pasiones que excitan el organismo en vez de repararlo y dar al cerebro vigor, fortaleza y serenidad. En el grado en que el cuerpo sea menos grosero y torpe y más delicado de forma y estructura, se desgastará menos y reparará más prontamente sus pérdidas, conservándose en equilibrada condición sin necesidad de tanto reposo. Y lo mismo que decimos respecto a un organismo delicado, puede decirse tocante a otro de diferente idiosincrasia. A medida que por este medio aumente la delicadeza del cuerpo, es decir, a medida que de esta suerte se acelere el proceso de su evolución, auxiliará en cambio a la mente y al espíritu en la obtención de siempre más elevadas percepciones. Así el cuerpo será sostén del alma y el alma del cuerpo. Ambos se auxiliarán en armónica correspondencia.

Esto fue indudablemente lo que pensaba Browning al decir:

“Exclamemos: todo lo bueno nos pertenece. El alma sostiene al cuerpo en la proporción en que el cuerpo sostiene al alma.”

Por lo tanto, el sueño es necesario para el reposo y reparación del cuerpo. El espíritu no necesita reposo, y cuando el cuerpo duerme y descansa, está el espíritu tan activo como cuando el organismo funciona en plena vigilia.

Algunos profundos escudriñadores de la actuación psíquica dicen que viajamos mientras dormimos, y que hay quien es capaz de recordar y aprovecharse de los lugares visitados, de los sucesos traslucidos y de las advertencias recibidas. Muchos no son capaces de ello y así pierden lo que pudieran ganar. Porque, según aquéllos afirman, está en nuestro poder y en proporción al conocimiento que

de las leyes tengamos, el ir donde queramos y obtener para la conciencia vigílica las enseñanzas adquiridas durante el sueño. De todos modos, lo cierto es que mientras dormimos podemos recibir en sueños útiles enseñanzas y acrecentar nuestra valía de una manera perfectamente normal y natural, como no le es dable a la muchedumbre sumida en el error.

Si la vida del alma que con Dios nos relaciona está en actividad perpetua aun cuando repose el cuerpo, ¿por qué durante el sueño no ha de recibir la mente las luces del espíritu y conservarlas durante la vigilia?

Verdaderamente así puede hacerse y así lo hacen algunos con provecho. Muchas veces nos llegan por este camino las más elevadas inspiraciones del alma, como parece más natural cuando cesa toda comunicación con el mundo exterior. Todos podemos experimentar que si al ir a la cama nos proponemos despertar a determinada hora, es posible despertar sin mucha diferencia. Además, con frecuencia hallamos durante el sueño la solución de problemas o negocios difíciles, buscada en vano durante la vigilia.

Una conocida periodista compuso de este modo un extenso artículo, y con frecuencia recurría a este agente de inspiración. Una mañana le pidió el redactor en jefe con mucha premura un artículo que requería extraordinario cuidado en la redacción y completo conocimiento de los hechos. Pero el asunto era nuevo para ella y apenas sabía de él, pues todos sus esfuerzos para informarse habían sido infructuosos.

Sin embargo, puso manos a la obra y parecía como que le faltaban las fuerzas y el fracaso era inminente, cuando, ya casi desesperanzada, resolvió reconcentrarse en su interior y confiar el asunto a la mente a fin de recibir inspiración durante el sueño, quedándose profundamente dormida hasta la mañana siguiente. Lo primero que al despertar acudió a su memoria fue el trabajo de la tarde anterior. Y después de algunos momentos de concentración, le pareció que el artículo estaba ya escrito en su mente. Se levantó y, sin vestirse, tomó la pluma y transcribió sus ideas al papel como si en vez de escritora hubiese sido su propia amanuense.

Asimismo, si de propósito enfocamos la mente en cualquier otro asunto por el estilo, acabará por darnos la esperada solución. Y puesto que durante el sueño sólo está el cuerpo en reposo y persiste la actividad del espíritu, si damos a la mente determinada dirección mientras durmamos, podremos aplicarla al punto conveniente y llevar a nuestra conciencia los resultados de su actividad. Algunos serán capaces de obtener muy pronto tales resultados. Para otros será cuestión de tiempo, porque los continuos y perseverantes esfuerzos robustecerán esta facultad.

Entonces, por virtud de la ley de atracción a que obedecen las fuerzas mentales, y puesto que la mente está en constante actividad, podremos atraer hacia nosotros, aunque durmamos, la influencia de lo que en nuestra mente estaba antes de que el sueño nos venciera. Por este medio podremos recibir las influencias que nosotros mismos escojamos, y por consiguiente, lograr grandes ventajas durante el sueño. En cierto modo, las facultades psíquicas son mucho más delicadas y agudas durante el sueño que durante la vigilia. De aquí la necesidad de tener muchísimo cuidado en la índole de pensamientos que al dormimos ocupen nuestra mente, pues recibiremos los efectos de los que por nuestra propia voluntad atraigamos. Los tenemos completamente en nuestras manos.

Por el grado de receptividad durante este período seremos capaces, mediante el conocimiento y cumplimiento de la ley, de acrecentar nuestra valía mucho más rápidamente que cuando los sentidos corporales se abren completamente al mundo que nos rodea. Muchos podrán ejercitarse en algo parecido a lo siguiente: Cuando desees luces o enseñanzas sobre determinado asunto que tu prudencia y lealtad te dicten como beneficioso para ti, como por ejemplo, una regla de conducta que te sea dudosa, colócate en pacífica y benevolente actitud hacia todo, y en tal estado ponte en condición armónica y atrae a tu vez del mundo exterior las mismas condiciones de paz y benevolencia.

Puesto en ellas, rodeado de calma, paz y sosiego, manifiesta tu vivísimo deseo de luces y enseñanzas y desecha de tu mente todo temor y preocupación porque “en quietud y en confianza será vuestra fortaleza” (Isaías, 30:15). Con ánimo expectante cree firmemente que al despertar obtendrás los deseados efectos. Y cuando despiertes, antes de que cualquier pensamiento o influencia del mundo exterior pueda solicitar tu actividad, permanece atento por breve rato a la voz de la intuición, y al oírla claramente manifiesta, escúchala y haz sin demora lo que te diga. Y en el grado en que tal hagas, en el mismo grado se vigorizará en ti la facultad de hacerlo.

Por consiguiente, si con desinteresado propósito desees desenvolver y vigorizar alguna de tus facultades o acrecentar la salud y robustez de tu cuerpo, dispón tu ánimo y sugestióna tu mente en armonía con tus particulares necesidades o aspiraciones. Así abrirás todo tu ser a ellas y te relacionarás con ellas, y pondrás en acción dentro de ti aquel orden especial de facultades mentales que produzcan los apetecidos efectos. No temas invocar tus anhelos, pues de este modo actualizarás vibratorias fuerzas que saliendo al exterior dejarán sentir sus efectos y juntándose con los de otras fuerzas realizarán tus anhelos. Nada bueno le será negado a quien viva en armonía con las leyes y fuerzas superiores. No habrá anhelo que no satisfaga quien conozca y sabiamente emplee las facultades de que esté dotado.

Si al dormiros enviáis pensamientos de amor, benevolencia, paz y armonía hacia todo, vuestro sueño será más sosegado y tranquilo, y sólo por ello se robustecerán vuestras facultades físicas, mentales y espirituales. Así os relacionaréis con todas las fuerzas que en el Universo engendran paz y armonía.

Un amigo mio, muy conocido por sus trabajos antropológicos, me contó que muchas veces se despertaba de pronto a medianoche y como relámpago de inspiración iluminaba su entendimiento el plan que había de seguir en sus trabajos, revelándosele claramente los procedimientos de éxito feliz en cuanto permanecía en sosiego interior y completamente abierto a la inspiración que de lo alto le llegaba. De este modo pudo realizar con éxito completo muchos proyectos que de otra manera hubieran sido irrealizables y que maravillaron verdaderamente a la gente. Este mi amigo es hombre muy sensible, que vive en completa armonía con las leyes superiores, entregado por entero y sin

restricción alguna a los trabajos que se ha propuesto. Cómo y de dónde le llegan aquellos relámpagos de inspiración, lo ignora. Pero aunque tal vez nadie siga su ejemplo, a pesar de comprenderlo, conviene saber por lo menos cuanto necesitamos saber: Que recibe estas inspiraciones quien vive en armonía con la ley de Dios y la obedece.

Visiones e inspiraciones de orden supremo recibiremos en el grado en que nos pongamos en debidas condiciones para recibir las. Dijo uno que profundizó en esta materia:

“Recibir educación espiritual, mientras duerme el cuerpo, es un hecho perfectamente normal y ordenado, que ocurriría definitiva y satisfactoriamente en la vida de todos nosotros si atendiéramos más a los internos y menos a los externos estados de ficticias y supuestas necesidades... Nuestros pensamientos nos hacen tales como somos. Y son a menudo más activos de noche que de día, pues cuando nos dormimos para el mundo exterior, podemos más diligentemente despertar al mundo interior, porque el mundo invisible es un lugar sustancial cuyas condiciones regulan completamente los estados mentales y espirituales.

“Cuando no derivamos las enseñanzas de los conductos externos de información, las recibimos por los internos de percepción. Y cuando comprendamos esto debidamente, se generalizará la costumbre de entregarnos al sueño con la mente puesta en los objetos que deseamos conocer. Faraón y su copero y panadero sueñan. Pero José es verdadero vidente, que sueña y sabe interpretar los sueños.”

Mas, ¿por qué no puede el faraón interpretar los sueños y por qué fue José el tipo del verdadero vidente? ¿Por qué no sólo soñaba sino que interpretaba sus propios sueños y los de los demás? Sencillamente, porque leía en su vida y en la de otros. Quien contempla, lee. En todo verdadero poder está la vida que lo manifiesta. Y en el grado en que así vivamos alcanzaremos no sólo el supremo poder y gozo para nosotros mismos, sino que podremos ser elemento utilísimo para el mundo. Nadie permanece en inferior estado más tiempo del que él mismo quiere, y desde el momento en que no quiera permanecer por más tiempo, no habrá en el Universo fuerza capaz de impedirlo. Cada cual puede elevarse hasta donde él mismo elija, y en cuanto lo intente, todas las fuerzas del Universo concurrirán a guiarle.

Al despertar del sueño y volver a la vida de vigilia, nos hallamos en peculiar disposición de receptividad afectiva. Han estado interrumpidas por algún tiempo las relaciones con el mundo material, y la mente, más desembarazada y libre, es como placa fácilmente impresionable. Por esta razón, muchas veces experimentamos, durante las primeras horas de la mañana, las más puras y nobles sensaciones, antes de que nos lo estorben las exigencias del trabajo diurno, y así hacen muchos su mejor tarea en las primeras horas del día.

Pero esto tiene también su valor en la vida cotidiana. La mente es al despertar como una hoja de papel blanco, y podemos aprovecharnos ventajosamente de este sosegado y receptivo intervalo, para dirigir la mente por seguras vías y lograr la cotidiana paz.

Cada amanecer es como nuevo principio de todo, y se puede decir que empezamos a vivir, pues tenemos enteramente en nuestras manos la vida de aquel día. Y cuando la mañana llega con su renovadora resurrección de la naturaleza, debiéramos dejar para siempre atrás todos los ayeres. Nos basta saber cómo la vida de ayer ha determinado en nosotros la de hoy. Y cuando otra vez vuelva el mañana con su renovadora resurrección de la naturaleza, todos los mañanas debieran ser mañanas por los cuales no nos preocupáramos, pues sabemos que nuestra vida de hoy determinará la de mañana.

“Cada día es un nuevo comienzo. Cada mañana aparece el mundo como creado de nuevo. ¡Oh! Tú que gimes bajo el peso de sus culpas y tristezas, ahí tienes una esperanza para ti. Una esperanza para mí y para ti.”

“Pasadas están las cosas pasadas, las acabadas labores y las lágrimas vertidas. Deja que el ayer cubra los errores de ayer, porque las heridas de ayer, su escozor y hemorragia sanaron con la medicina que vertieron. Dejémoslos, ya que no podemos borrarlos ni desvanecerlos. ¡Dios en su gran misericordia los perdonará! Sólo es nuestro el nuevo día. El hoy es nuestro. Sólo el hoy. Allí están los cielos de esplendor bruñidos. Allí está la muerta tierra renacida. Los cansados miembros revuélvense ligeros de cara al sol y participan con la mañana del bautismo de rocío y de la frescura del alba. Cada día es un renovado comienzo. Escucha, ¡oh!, alma mía, los alegres cantos y desecha pasadas tristezas, viejos pecados, angustiosos presagios y posibles penas. Toma alientos en el día y recomienza tu tarea.”

Y recomiéntala a las primeras horas del nuevo día, con todas sus glorias y riquezas, con sus sublimes y siempre determinantes posibilidades. Y hazlo así a cada hora siguiente, en cuanto llegue, pero no antes de que llegue. Este es el secreto de la formación del carácter. Por este sencillo método cualquiera podrá llegar a la más alta vida que pueda concebir, pues nada hay que por él no pueda realizarse, como quiera, donde quiera y cuando quiera.

Todos podemos alcanzar esta vida, porque en las posibilidades de todos está el alcanzarla y nadie hay que, al menos durante una hora, no pueda elevarse a tan alta vida si ardientemente lo anhela. Pero aun si con ahínco se esfuerza en elevarse a la vida superior, actuará en él la ley según la cual cada cosa engendra su semejante y lo capacitará para irse acercando de hora en hora a ella hasta que sin ulterior esfuerzo llegue a ser su natural y ordinaria vida.

De este modo se llega al amor y alianza con lo supremo y óptimo del Universo. Y por consiguiente, lo supremo y óptimo del Universo llega a estar también en alianza y amor con quien tan alta cumbre alcanza.

6. La perfecta paz

Este es el Espíritu de infinita paz. En cuanto estemos en armonía con Él, llegarán a nosotros corrientes y flujos de paz, porque paz es la armonía. Profundo significado tiene aquella verdad que dice: “La prudencia del espíritu es vida y paz” (Romanos, 8:6).

Reconocer que somos espíritu y vivir en este pensamiento es tener espiritualizada la mente, y por lo tanto, estar en paz y armonía. ¡Oh! ¡Cuántos hombres cargados de cuidados en cuerpo, mente y alma, ruedan de aquí para allá en busca de la paz, y emigran, van y vuelven por todo el orbe sin jamás hallarla! Y no la hallan al fin de la jornada porque no han de buscarla de este modo. Porque la buscan donde nunca estuvo. Miran hacia fuera por ver si afuera está, cuando debieran mirar hacia dentro. Sólo en nuestro interior podemos hallar la paz, y quien allí no la encuentre no la hallará en ninguna parte.

La paz no mora en el mundo exterior. Reside en nuestra propia alma. Aunque la busquemos por diversos caminos, en los apetitos y pasiones carnales, y por todos los rincones del mundo exterior, quedará siempre más allá de nuestro alcance, pues la buscamos donde no está. Por consiguiente, en el grado en que subordinemos las excitaciones de la carne a las inspiraciones del alma, llegaremos a los más lejanos términos de felicidad y paz. Pero en el grado en que en esta obra desfallezcamos, amargarán nuestra vida la aflicción y el desasosiego, la inquietud y el sufrimiento.

Estar en unión con Dios es estar en paz. La ingenuidad infantil es medio muy eficaz para alcanzar la plena y completa paz. La infantil ingenuidad que reconoce sus verdaderas relaciones con la vida del Padre. Los que conscientemente reconocen su unidad con Dios, Espíritu de infinita paz, viven henchidos de gozo. Recuerdo entre estos varios a un joven que durante algunos años estuvo lisiado, además de tener muy quebrantada la salud por agotamiento nervioso. Este joven lo veía todo triste y melancólico. Y así todo se le representaba triste y melancólico, hasta el punto de hastiarle la vida y no hallar en nada aliciente alguno para vivir. No hace mucho tiempo, reconoció su unidad con el infinito poder y se abrió tan por entero al divino flujo, que hoy disfruta de completa salud, y cuando con frecuencia le encuentro, no puede resistir el impulso de exclamar: “¡Oh! ¡Qué gozo da vivir!”

Quien alcanza este supremo convencimiento, nunca teme a nada, porque siempre lleva consigo la égida que lo protege y ampara. De él puede decirse con verdad:

“Embotadas quedarán las armas dirigidas contra ti” (Isaías, 54:17). “La enfermedad no será tu vecina.” “En alianza estarás con las piedras del campo, y las bestias del campo estarán en paz contigo” (Job, 5:23).

Estos son los hombres que parecen vivir contentos. Desde el punto en que algo tememos, abrimos las puertas de nuestro ser a lo mismo que tememos para que allí se actualice. Un animal jamás dañará a quien no le manifieste temor. Desde el instante en que lo tema, provocará el peligro. Y algunos animales, el perro de presa, por ejemplo, conocen al punto si se les tiene miedo, y esto les da precisamente alientos para embestir. En el grado en que reconozcamos nuestra unidad con Dios, obtendremos calma y sosiego, sin conturbarnos por las menudencias que antes nos daban desazón y molestia. Ya no recelaremos de la gente, porque podremos conocer sus intenciones y descubrir en el fondo de su alma las determinantes de sus actos.

Acercóse un caballero a un amigo mío, estrechándole la mano con grandes muestras de cordialidad, y le dijo: “¡Cuánto me alegro de verle!” Rápido como un rayo leyó mi amigo en el semblante del caballero, y mirándole de hito en hito, replicó:

“No, está usted equivocado, usted no se alegra de verme. Al contrario, se desconcierta por ello, y de tal modo, que el sonrojo lo denota en el semblante.” El caballero respondió: “Bien, pero usted sabe que en estos tiempos de convencionalismo y apariencias, hemos de guardar las formas y fingir muchas veces lo que en realidad no sentimos.” Mi amigo le miró todavía más fijamente y dijo: También está usted equivocado en eso. Permitame usted que le dé un consejo: siempre le valdrá a usted más pensar y decir la verdad que fingirla.” Lección que debemos grabar en nuestra memoria para no olvidarla.

En cuanto seamos capaces de leer en el pensamiento ajeno, cesará nuestro recelar de la gente, y a nadie alzaremos sobre pedestales, porque esto jamás se hace sin el consiguiente desengaño. Tarde o temprano llega fatalmente la caída, y entonces la decepción nos vuelve injustos por algún tiempo con nuestros amigos. Cuando estemos en armonía con el Espíritu de paz, no conturbarán nuestro ánimo las murmuraciones malévolas ni los desaires explícitos, ya procedan de amigos o de enemigos. Cuando tengamos conciencia de que en nuestra vida y en nuestras obras somos fieles al eterno principio de bondad, verdad y justicia que llena el Universo, que lo gobierna y rige y perpetuamente prevalece, entonces nada malo podrá acercarse a nosotros y sólo atraeremos lo que nos tranquilice y sosiegue.

Lo triste, aflictivo y penoso ya no podrá inquietarnos como ahora nos inquieta, porque por verdadera sabiduría aprenderemos la exacta relación entre todas las cosas. La

muerte de parientes y amigos no entristecerá al alma que haya llegado a la suprema realización de su vida, porque sabrá que cada espíritu no sólo es partícipe, sino eterno partícipe de la infinita vida. Sabrá también que la finalización del cuerpo físico en nada afecta a la vida real del alma. Con tranquilo ánimo nacido de fe profunda podrá convencerse por sí mismo y decirles a los menos fuertes que él: “¡Amigos! Sed prudentes y enjugad sin tardanza vuestros llorosos ojos. Lo que sobre el féretro dejáis, no merece ni una lágrima siquiera, pues sólo es la concha de donde se desprendió la perla. Nada vale la concha: dejadla aquí. La perla. el alma. lo era todo: ya está allí.”

Tocante a esta separación, sabrá asimismo que el espíritu no tiene límites y que la comunión espiritual entre dos almas está al alcance de todos. En el grado en que se realice la elevada vida espiritual, podremos realizar esta comunión espiritual.

Siempre llegan a nosotros las cosas a que abrimos nuestro ser. La gente de otros tiempos esperaba ver ángeles y los veía. Pero ninguna razón hay para que ellos los vieran entonces y no los veamos ahora nosotros. Ni tampoco para que aquella gente llegara a morar con los ángeles y no moremos nosotros con ellos, pues las capitales leyes que todo lo rigen eran entonces las mismas que ahora. Si ya no vienen los ángeles a ejercer su ministerio cerca de nosotros, es porque nosotros no los invitamos y les cerramos la puerta por donde pudieran entrar en nuestra alma.

En el grado en que nos llenemos de este Espíritu de paz, abriéndonos a su divino flujo. circulará a través de nuestro ser y lo llevaremos con nosotros donde quiera que vayamos. En el grado en que de esta manera nos abramos a él, seremos como imanes que atraigan la paz de todos sus manantiales. Y en el grado que la atraigamos y la incorporemos a nuestro ser, seremos capaces de comunicarla a los demás. Por este medio llegaremos a poseer tan perfecta paz, que por donde quiera que vayamos derramaremos continuas bendiciones.

Hace dos o tres días vi a una mujer que tomaba de la mano a un hombre cuyo semblante parecía ser morada de Dios, diciéndole: “¡Oh! ¡Y cuánto me satisface verle a usted! Ansiosa y casi desesperada he estado durante algunas horas, pero la sola vista de usted ha desvanecido mi angustia.”

Personas como ésta hay en nuestro alrededor, que continuamente están repartiendo bendiciones y consuelo, y cuya sola presencia parece trocar la tristeza en alegría, el temor en ánimo, la desesperación en esperanza, la flaqueza en fuerza y energía.

Quien reconoce su verdadero ser y encuentra su centro, lleva consigo esta fuerza y la irradia por donde quiera. En todo el Universo no hay más centro que el infinito poder actuante en todo y a través de todo. Y sólo encuentra su centro quien se reconoce a sí mismo como ser espiritual, quien reconoce su unidad con este infinito Poder.

Tal es el hombre potente. Concentrado en el Infinito, se halla de este modo en relación consigo mismo y tiene como ceñido a su cintura el gran poder del Universo. Sin cesar atrae hacia él toda clase de fuerzas, porque así concentrado, conocedor de sí mismo, consciente de su propio poder, los pensamientos que de su mente dimanen serán vigorosos pensamientos. Y por obra de la ley de que cada cosa atrae a su semejante, atraerá a sí mismo continuamente y de todas partes, por virtud de estos pensamientos, otros y otros igualmente vigorosos, quedando de esta forma unidos con los del mismo orden en todo el Universo.

Así, al que tiene le será dado. Esto es sencillo efecto de una ley natural. Los vigorosos, positivos y edificadores pensamientos coadyuvan sin cesar al éxito feliz en todas ocasiones, y de todas partes allegan auxilio y ayuda. Su ideal va revistiéndose de

forma tangible y manifestándose en el mundo físico por efecto de pensamientos sanos y vigorosos. Las calladas e invisibles fuerzas que ocultamente actúan, se manifestarán tarde o temprano en el mundo visible. El temor y otros efectos deprimentes nunca se apoderarán de un hombre dueño de sí mismo. Y en caso de que intentaran apoderarse, los rechazaría al punto de su mente, sin dejarse influir por ellos ni consentir en atraerlos, pues como son distintas y aun contrarias las corrientes de sus habituales pensamientos, no dará entrada en su ser a la flaqueza, al pesimismo ni a la vacilación.

Quien, por el contrario, no sepa ser dueño de sí mismo, no sólo verá debilitadas y aun paralizadas sus energías corporales por el temor y otras emociones semejantes nacidas de su ánimo, sino que se relacionará con este orden de emociones en el mundo exterior. Y en el grado en que así le suceda llegará a ser víctima de la debilidad, del temor y de todos los pensamientos y emociones negativas que a su alrededor floten. En vez de acrecentar su poder, acrecentará su flaqueza. Está en armonía con el orden de pensamientos a que se esclavizó y que unos de otros derivan. Otra vez tenemos la sencilla acción de una ley natural, aunque opuesta y contraria a la anterior. El temor de perder, hace perder aun lo que más empeño hay en conservar.

Los pensamientos vigorosos, a un tiempo edifican interiormente y atraen del exterior otros semejantes. El valor engendra fortaleza y el miedo debilidad. Del valor nace el éxito y del miedo el fracaso. El hombre valeroso y creyente afronta todas las circunstancias de la vida y afianza su poder contra el mundo. El hombre falto de fe, y en consecuencia deprimido y paralizado por el miedo y los presentimientos, es juguete de cualquier circunstancia de su vida.

En el interior de cada cual reside la causa de cuanto puede acontecerle, y cada cual tiene en su mano el determinar lo que le suceda. Todas las cosas del Universo material y visible tienen su origen en el mundo espiritual e invisible, en el mundo de los pensamientos. Este es el mundo de las causas, aquél de los efectos. La naturaleza del efecto depende de la naturaleza de la causa. Lo que uno viva en su invisible mundo de pensamientos, aquello realizará continuamente en su mundo material y visible. Y si quisiera establecer diferentes condiciones en el segundo, debe antes hacer el necesario cambio en el primero. El conocimiento de esta verdad sacaría a millares de hombres del abismo de su desesperación y allegaría salud, vigor y abundancia a los millares de hombres que gimen y lloran en la enfermedad, la flaqueza y la penuria. Con ello obtendrían paz y gozo los hoy desdichados en el mal.

¡Y cuántos otros viven continuamente esclavos del temor! El interior espíritu, que debiera ser fuerte y poderoso, es débil e impotente. Sus energías se malogran y se paralizan sus esfuerzos. Por donde quiera está el temor; temor a la pobreza, a la penuria, a la opinión pública, al concepto privado; temor de perder mañana lo que hoy es nuestro; temor a las enfermedades y a la muerte. El temor es un hábito arraigado en millones de hombres. Su pensamiento nos persigue por todas partes. Vivir en continua zozobra, en continua servidumbre, en el continuo temor de perder la estimación, el dinero, el empleo, es disponemos a la facilísima pérdida de lo que anhelamos conservar.

Con el temor nada se gana. Al contrario, todo se pierde. Alguien dirá: “Reconozco que es verdad, pero yo soy propenso al temor, es natural en mí y no puedo desecharlo.”

¿Que no puedes desecharlo? Al decir esto denotas el principal motivo de tus temores y demuestras que aún no has llegado a conocerte a ti mismo a fin de conocer tus fuerzas, pues hasta que las conozcas no harás pleno y prudente uso de ellas. No digas que te es imposible desechar tus temores, porque si piensas que no puedes, tienes todas las probabilidades de no poder. Pero si piensas que puedes y obras de acuerdo con este

pensamiento, entonces no sólo estarán las probabilidades a tu favor, sino que si obras en plena armonía con él, lograrás desechar en absoluto y por tu voluntad todo temor. Al hablar Virgilio de quiénes, según él, vencerían al fin, dijo: “Los que pueden porque creen que pueden.” Esta actitud de la mente infundirá poder espiritual en el cuerpo, dándole la fortaleza y resistencia necesarias para el triunfo.

Por consiguiente, toma el pensamiento de que puedes. Tómallo sencillamente como simiente, si necesario fuere. Plántalo en tu conciencia, cultivalo y poco a poco cobrará vigor en todas partes, enfocando y activando la espiritual fuerza interior que se disipaba y perdía. Además, atraerá otras fuerzas del mundo exterior, el auxilio de otros pensamientos de la misma naturaleza, esto es, vigorosos, fortalecedores y cooperadores. De este modo podrás atraer a ti este orden de pensamientos y relacionarte con ellos. Si con fe y ardor así lo deseas, pronto llegará el día en que todo temor se desvanezca, y en vez de ser personificación de la flaqueza y criatura esclava de las circunstancias, serás dueño de ellas, hallando en ti mismo fortaleza para resistirlas.

En nuestra vida cotidiana necesitamos fe en la eficacia del bien, fe en Dios infinito, fe en nosotros mismos, a su imagen creados. Y aun cuando a veces parezca que esta fe nos falte y se nos aparezcan las cosas envueltas en oscuridad, nos bastará recordar que el poder supremo cuida de nosotros como de los soles y de los mundos del infinito espacio, y nos dará la suprema fe en que bueno es todo cuanto hay en nosotros, lo mismo que todo es bueno en el mundo. “Mantendrás en perfecta paz a quien ponga en ti su pensamiento” (Isaías, 26:3).

Nada hay más firme, ni más seguro, ni más cierto que Dios. Así pues, cuando reconozcamos que de nuestra voluntad depende el abrirnos cada vez más completamente a este poder infinito y solicitarlo para que a través de nosotros se manifieste, encontraremos un cada vez más acrecentado sentimiento de poder, ya que por este medio obramos en armonía con él y él a su vez obra en armonía con nosotros. Así nos encaminaremos al reconocimiento de que todas las cosas cooperan juntas al bien de quien a Dios ama. Entonces el temor y los presentimientos que en otro tiempo nos dominaban, se trocarán en fe. Y la fe, rectamente comprendida y acertadamente empleada, es una fuerza a la que nada ni nadie puede resistir.

El materialismo conduce necesariamente al pesimismo. ¿Y cómo no? El conocimiento del poder espiritual que con rectitud obra en nosotros conduce al optimismo. El pesimismo conduce a la debilidad, el optimismo a la fortaleza. Quien se concentra en Dios, no sólo se sobrepone y adelanta a cualquier infortunio, sino que, consciente, gracias a la fe, del poder que en él reside, afronta la tormenta con la misma serenidad y calma que pudiera gozarse en la bonanza, porque de antemano conoce lo que ha de sobrevenirle, conoce que en su interior están las sempiternas armas y cumple con el precepto: “No te apartes del Señor, espera pacientemente en Él y te dará lo que desea tu corazón” (Salmo, 37:4).

Todo le será graciosamente dado a quien sin dificultad lo acepte. ¿Hay algo más claro?

Así pues, en el grado en que obremos en armonía con Dios, será menor nuestro cuidado respecto de las consecuencias. Vivir en el completo reconocimiento de esta verdad, será vivir en completa, inestimable y continua paz en el presente y en el porvenir. Quien de tal modo halle su centro, podrá decir contra toda tribulación:

“¿Por qué detengo mis prisas y aplazo las ventajas de esta ansiada paz? Estoy en el eterno camino y mi rostro revela mis sentimientos. Dormido o despierto, de día y de

noche, veo a mis amigos y ellos me ven a mí. Ningún viento puede desviar mi barquichuela ni alterar la corriente del destino. Las aguas, conocedoras de su fuerza, arrastran los arroyos que en las alturas brotan. Y así el sopío del bien deleita al espíritu. Las estrellas llegan nocturnamente al cielo y la pujante ola al mar. Ni tiempo, ni espacio, ni abismo, ni altura, pueden alejar mi ser de mí.”

7. Advenimiento a la plenitud de poder

Dios es el Espíritu de poder infinito. En el grado en que nos abramos a Él, llegará su poder a manifestarse en nosotros. En unión con Dios, todo es posible. El secreto del poder está en la relación del alma con el Hacedor de todas las cosas, y en el grado en que mantengamos esta relación, seremos capaces de allanar todos los obstáculos imaginables.

¿Por qué, entonces, malgastamos tiempo en ir de allí para allí en busca de poder? ¿Por qué perder el tiempo en tal o cual tarea? ¿Por qué no vamos directamente a la cumbre de la montaña en vez de extraviarnos por las faldas y el valle? El hombre dueño de sí mismo, no es un hombre corporal, sino espiritual, que por medio de sus fuerzas mentales sujeta a los brutos cuya corpulencia y vigor diputarían por indomables.

Todo cuanto puede hacerse en el orden físico, puede también hacerse en el orden espiritual. Y en el grado en que el hombre se reconozca espíritu y viva acorde con este reconocimiento, será capaz de sobrepasar en poder al hombre que sólo se reconozca material. Todas las Escrituras Sagradas del mundo rebosan de ejemplos de lo que llamamos milagros, que no se limitan a determinado tiempo y lugar, pues no hay una época de milagros en distinción de las demás épocas. Todo cuanto ha sucedido en la historia del mundo, puede suceder otra vez por obra de las mismas leyes y fuerzas. No obraron milagros los simples mortales, sino quienes llegaron a taumaturgos en virtud del reconocimiento de su unidad con Dios.

Porque, ¿qué es un milagro? ¿Es algo sobrenatural? Sobrenatural en el sentido de que trasciende lo natural, o mejor dicho, lo natural en el ordinario estado del hombre. A quien se une con la infinita sabiduría y el supremo poder, le son reveladas las supremas leyes desconocidas de las mentes vulgares. Estas leyes se manifiestan por medio de él. Y la gente que ve los resultados llama milagros a estas manifestaciones y considera como ser sobrenatural a quien realiza aquellas obras, al parecer sobrenaturales. Pero las gentes que de ello se admiran, podrían obrar también estos sobrenaturales efectos, si abriesen su ser al reconocimiento de las mismas leyes, y en consecuencia a la realización de las mismas condiciones y del mismo poder. Y recordemos que conforme progresamos en la evolución de lo ínfimo a lo supremo y de lo material a lo espiritual, los hechos sobrenaturales de ayer llegan a ser los comunes y ordinarios de hoy. Y lo que hoy como sobrenatural admiramos, llegará de igual forma a ser lo natural de mañana en la sucesión de los tiempos. El taumaturgo realiza obras en apariencia sobrenaturales, y por el conocimiento del supremo poder sobresale de entre la mayoría. Pero cualquier facultad o poder actualizados en un hombre está latente en todos. Las mismas leyes rigen todas las vidas. Podemos ser hombres esforzados o impotentes. Desde el momento en que uno se convenza de que puede realizarse, se realizará sin otras limitaciones que las que él mismo se trace.

Muchos hablan del medio ambiente. Mas es necesario decir que el medio ambiente no determina jamás las condiciones del hombre, sino que el hombre podrá y siempre puede sobreponerse al medio ambiente. Cuando nos convenzamos de ello, veremos que muchas veces no es necesario que nos sustraigamos a determinado ambiente, porque en él podemos también realizar una obra, mudando en favorables sus adversas condiciones.

Lo mismo puede decirse en lo referente a la herencia y a las sugerencias, que algunos preguntan si son invencibles. Sólo quien todavía no se conozca a sí mismo puede preguntarlo. Si las creemos invencibles, no estableceremos probabilidades de que no lo sean. Pero desde el momento en que reconozcamos nuestro verdadero ser con sus formidables fuerzas mentales y espirituales, comenzarán a perder influencia los rasgos hereditarios y se irán borrando en proporción a nuestro reconocimiento.

“Nada hay que no podamos vencer. No digas que has heredado tus malas inclinaciones, ni que algunas cualidades congénitas te hacen desdichado e inmerecidamente te castigan. Contra tus progenitores prevalece la divina voluntad, que también es tu herencia si de ella te vales como fuerte, hermosa y divina palanca de seguro éxito. No hay cumbre a que no puedas trepar. Todo triunfo es tuyo en la sucesión de los tiempos, y cualquiera que sea tu culpa no desfallezcas ni te acobardes, sino apóyate en el seguro cayado de Dios. No hay clamor en la tierra a que el alma no responda. Reconóctete como parte de la eterna Fuente, pues nada puede resistir a tus fuerzas espirituales, óptima y divina herencia del alma.”

También hay quienes no aciertan a emplear sus facultades, porque están en dependencia continua de otros hombres. ¿Deseas ser una fuerza en el mundo? Sé quien debes ser. No te coloques ni permitas que te coloquen entre la turbamulta del inconsciente vulgo. Sé fiel a las internas altezas de tu alma, y toma la resolución de no seguir las costumbres, convencionalismos y arbitrarias reglas sociales faltas de fundamento. Aquello que sobre principios se funde, será observado por las mentes sanas, y los corazones puros observarán en todo caso y circunstancia cuanto se apoye en principios de justicia.

No rindas tu individualidad a las costumbres y modas que han ocupado la vida de quienes no tuvieron fuerza bastante para lograr independencia, o mejor dicho, de quienes sirvieron de ingredientes para confeccionar la “pasta de hipocresía”, como llama a la sociedad moderna uno de nuestros más conspicuos escritores. Si abdicas de tu personalidad, acrecentarás las condiciones perniciosas y serás un esclavo indigno del respeto y consideración de aquellos mismos a quienes te propongas agradar.

Pero si conservas tu personalidad, serás dueño y no esclavo. Y si tienes discreción y prudencia, tu poder obrará como imán que a tu alrededor atraiga las más elevadas, favorables, saludables y óptimas condiciones del mundo.

Por otra parte, si muestras individualidad independiente, hallarás más consideración y respeto que si caes en la vulgaridad de engrosar el acervo de convenciones a que la gente contribuye. En todas las clases sociales tendrás entonces influencia. “El hombre extraordinario atrae igualmente a toda la gente sea cual sea su condición social. Y como vulgarmente se dice, hasta las piedras se convierten a él.”

El reconocimiento de la propia individualidad es el único mérito y la única satisfacción entre todas las cosas. Tal vez alguien diga “que a veces lo prudente es acomodarse a las circunstancias”, pero lo prudente es ser quien debes ser, ahora y siempre.

Ante todo sé fiel a tu propia individualidad, y a nadie podrás engañar.

Cuando llamemos a Dios y nuestra vida esté regida por la ley, no nos dejaremos vencer por el temor a la opinión pública ni a la censura ajena, porque estaremos seguros del auxilio de Dios. Si en algún modo tratáramos de vivir imitando a otros, no podríamos imitarlos jamás, y a lo sumo experimentaríamos la decepción de no ser como ellos. El régimen de nuestra conducta deriva enteramente de las relaciones entre Dios y nosotros mismos, y por mal camino andamos al apartarnos de nuestro propio sendero.

Cuando hallemos el reino interior y nos concentremos en él, seremos nuestra propia ley, con capacidad de llevar a otros al conocimiento de leyes superiores a las que los gobiernan y muchas veces esclavizan.

Cuando hallemos este centro, embellecerá nuestra vida la hermosa sencillez unida al encanto y poder de una individualidad verdaderamente grande.

Ya no será necesario entonces esfuerzo alguno para conseguir el efecto, pues el esfuerzo es ciertamente indicio de flaqueza y falta de poder, síntoma de que algo falta en quien lo hace. Esto recuerda al jinete que, convencido de que en sí mismo no hay nada bastante para llamar la atención, le corta brutalmente la cola al caballo, para con tan extravagante recurso excitar la curiosidad de la gente. Pero quien se esfuerza en lograr efecto, queda siempre más engañado de lo que él se figura engañar a los demás. El hombre de verdadera sabiduría e intuición descubre siempre los motivos determinantes de aquellos con quienes se relaciona. “Es grande quien es lo que por naturaleza es y nunca imita a los demás.”

El hombre verdaderamente atento a sus fuerzas interiores, aunque en apariencia no haga grandes cosas, las hace en realidad, porque obra movido por agentes superiores. Obra en las supremas esferas, y tan fielmente se relaciona con el poder infinito, que por él actúa y le releva de responsabilidad. Un hombre tal menosprecia la opinión del vulgo, porque es cooperador del infinito poder que por su mediación se manifiesta.

El secreto del poder supremo es simplemente la unión de los agentes exteriores de manifestación con el poder que obra en nuestro interior. ¿Eres pintor? Pues en el grado en que abras tu ser a la acción de las fuerzas interiores, llegarás a la celebridad o no pasarás de la medianía. No puedes dar forma estable a inspiraciones más elevadas que las que de tu propio espíritu te lleguen. Y a ellas debes abrir tu alma. Debes abrirte a la suprema fuente de toda inspiración.

¿Eres orador? Pues en el grado en que te armonices con el superior poder que por tu boca hable, alcanzarás el privilegio de conmover, persuadir y convencer a los hombres. Si sólo empleas tus dotes físicas, no pasarás de ser un demagogo. Mas si al mismo tiempo te abres a la voz de Dios para que por tus labios hable, serás grandilocuente y verdadero orador en el grado en que a la voz de Dios abras tu alma.

¿Eres cantor? Deja entonces que el espíritu de Dios anime tus cantos, pues lograrás con ello éxitos mil veces más felices que con el estudio y la práctica, y tu voz tendrá tan arrobador acento y tan encantadora melodía, que ningún oído podrá resistir a su embelesadora influencia.

Cuando en las serenas noches de verano planté mi tienda en medio de la floresta y al rayar el alba desperté de apacible sueño, estaba la tierra en brazos del silencio. Pronto se dejó oír aquí y allá el primer gorjeo de las aves, que fue in crescendo al tiempo que se encendían las antes imperceptibles tintas de la aurora, hasta que de pronto toda la floresta prorrumpió en grandioso coro. ¡Qué maravilla! Parecía que cada árbol, cada planta, cada hoja, cada brizna, el mismo cielo y la tierra misma tomaban parte en la majestuosa sinfonía. Al escuchar el crescendo de tan armonioso concierto, pensé en las causas del canto. ¡Si el hombre pudiera aprender de las aves! Si pudiéramos abrirnos a las mismas energías de modo que animaran nuestra voz, ¡cuán excelentes cantores podríamos ser! ¡Cuán excelentes conmovedores de hombres seríamos!

Curiosas son las circunstancias en que Sankey entonó por vez primera su canto: El noventa y nueve. Dijo sobre el particular un importante diario:

“En una gran reunión pública tenida hace poco en Denver, el señor Ira W. Sankey cantó por vía de entrada El noventa y nueve, que es tal vez, de todas sus composiciones, la que mayor renombre le ha dado a causa de su singular origen. En un viaje que desde Glasgow a Edimburgo hizo con Moody, compró Sankey, al parar en una estación, un periódico religioso. Durante el trayecto se entretuvo en ojearlo, llamándole de pronto la atención unos versos que al fin de la página se leían. Volviéndose a Moody le dijo: «Ya tengo el himno.» Pero Moody estaba muy atareado en sus cosas y no oyó las palabras de su compañero, y como Sankey no tenía tiempo de poner los versos en música, se los guardó en el álbum.

“Otro día, en una numerosa y emocionante reunión en Edimburgo, trató el Dr. Bonar con gran elocuencia y eficacia el tema de El Buen Pastor y rogó Moody a su compañero Sankey que cantase. Pensó éste primero en cantar el salmo veintitrés, mas no lo hizo por ser demasiado conocido. Entonces se acordó de los versos leídos en el periódico, y aunque no tenía compuesta la música, se resolvió a cantarlos de cualquier manera. Se puso los versos a la vista, se sentó al órgano, desplegó los labios y empezó a cantar sin saber lo que cantaba. Profundo silencio sobrecogió a la concurrencia al terminar la primera estrofa. Tomó Sankey prolongado respiro, dudando él mismo de que pudiera cantar la segunda estrofa del mismo modo que la primera. Pero lo intentó y tuvo éxito, pues la cantó sin dificultad alguna. Al terminar el himno, los concurrentes aclamaron entusiasmados al cantor. Dijo Sankey que aquel fue el momento más emocionante de su vida.

“Por su parte, Moody confesó que jamás había oído un himno como aquel. Desde entonces se cantó todos los días, y pronto dio la vuelta al mundo.”

Esto prueba que nunca nos engañarán las elevadas inspiraciones a que abramos nuestra alma, y de lo contrario fracasaremos en cualquier empresa.

¿Eres escritor? Pues acuérdate de que el mayor elemento de éxito de una obra literaria es mirar en el interior de nuestro corazón y escribir. Ser sincero. No temer. Seguir lealmente los movimientos espontáneos de nuestra propia alma. Acuérdate de que un autor no podrá nunca escribir más de lo que en si mismo haya, pues si más escribiera, más habría. Es sencillamente su propio amanuense. Hasta cierto punto vierte su alma en el libro que escribe y no puede poner en sus hojas más de lo que hay en su alma.

Si el autor es personalidad sobresaliente, firme en sus propósitos, profundo en el sentir y receptivo a las más altas inspiraciones, impregnará sus páginas de un sutilísimo perfume espiritual, de un algo indefinible cuya vivificante energía transmitirá a los lectores las inspiraciones del autor. Lo que éste escribe entre líneas es más sabroso e importante que lo escrito en líneas. El espíritu del autor engendra esta fuerza y acrecienta el mérito del libro, realizándolo a la categoría de obra escogida, de modo que entre cien sea el único que logre ruidoso éxito, mientras los otros noventa y nueve no vayan más allá de la primera edición. Tal fue el secreto de los insignes autores que como Platón, Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio, Dante, Cervantes, Calderón y Shakespeare, legaron a la Humanidad obras que resisten victoriosamente el paso de los siglos.

Por la fuerza espiritual del autor de personalidad independiente, pasa rápida su obra de lector en lector, y su fama de boca en boca. hasta alcanzar profusa circulación. Por esto sucede muchas veces que un solo lector, en vista del mérito del libro, compre muchos ejemplares para distribuirlos entre amigos y parientes.

Dice Emerson: “Una inspirada poesía rueda por el mundo, ofreciendo a los hombres juiciosos gozosa lectura que compartir con sus convecinos. Así atrae a las almas generosas

y prudentes, confirmándolas en sus secretos pensamientos, y ella misma se propaga de este modo por virtud de las simpatías que despierta en los lectores.”

Tal es el dechado del autor que no escribe con engreimientos literarios, sino con el único intento de conmover el corazón del pueblo, dando a la gente algo de vivido valor, algo que ensanche, dulcifique, enriquezca y hermosee su existencia. Que los conduzca a más alta vida y con ella al reconocimiento de sus fuerzas interiores.

Sin embargo, casi siempre sucede que si logra hacerse entender del pueblo, las bellezas literarias surgirán espontáneamente y más y mejor que si adrede se buscaran.

Por el contrario, quien teme salir de caminos trillados y de grado se somete a reglas arbitrarias, limitará su poder individual en el grado en que a ellas se someta. Dice un famoso autor moderno:

“Mi libro olerá a pinabetes y resonará con el zumbido de los insectos. La golondrina entretejerá su nido sobre mi ventana con las briznas y pajas que en el pico lleve.”

Será preferible, ¡ oh!, escritor insigne, que huelga a pino y resuene con el zumbido de los insectos, a que se sujete a las reglas dadas por tal o cual pigmeo de los que escribieron tratados de retórica después de haber leído las obras de los grandes autores, animosos como tú mismo.

Inútiles son los hombres que servilmente repiten lo que escribieron los antiguos, sin comprender que hoy es un nuevo día.

Cuando a Shakespeare le inculparon de plagio, replicó Landor: “Aún es más original que sus originales. Ha soplado en cuerpos muertos y les ha devuelto la vida.” Tal es el tipo del hombre que no anda por los caminos del mundo, sino que por el suyo impele al mundo.

Prefiero ser amanuense del infinito Dios, que esclavo de las reglas formuladas por los retóricos, o de las opiniones de este o el otro crítico. ¡Siempre y sobre todo el bien del pueblo! Dadme algo que los aliente en su cotidiana lucha por la vida; algo que les proporcione aquí una dulzura, allí una esperanza; algo que vigorice su mente y elimine la grosería de su naturaleza animal; algo que en la tímida mujer despierte la actividad de las fuerzas latentes, y actualizadas sorprendan aun a su propia dueña con su irresistible influencia. Dadme algo que a cada cual conduzca al conocimiento de la divinidad de las almas, algo que a cada cual conduzca al consciente reconocimiento de su propia valía con todas sus esperanzas, riquezas, poder y gloria. Dejarme lograr esto y me tendrán sin cuidado los elogios y los vituperios del crítico, que entonces serian como crujido de palitroques comparado con la inimitable melodía de las ramas pulsadas por el céfiro.

¿Eres ministro de alguna religión? Pues entonces, en el grado en que abras tu ser al divino soplo, hablarás con autoridad. En el grado en que esto hagas, estarás en camino de vidente. El camino está para ti tan abierto como lo estuvo siempre para cualquier otro.

Si al venir a este mundo naciste en el seno de una familia cristiana, con toda seguridad serás cristiano. Pero ser cristiano es seguir las enseñanzas de Jesús, el Cristo. Vivir en armonía con las mismas leyes con que él se armonizó. En una palabra: Vivir en él. Su capital verdad en la enseñanza fue la consciente unidad del hombre con el Padre. Y Jesús, el Cristo, se unió completamente con el Padre, por cuyo medio logró el poder que lograra y habló como jamás hablaron los filósofos.

Jamás pidió para si nada que no pidiera igualmente para todo el linaje humano.

Las maravillosas obras cumplidas por Jesús no fueron excepcionales, sino natural y necesaria derivación de su estado. Y él mismo las declaró en concordancia con el inmutable orden del Universo. No habló de ellas como de algo inasequible, sino como consecuencia de un estado que todos pueden alcanzar a fuerza de voluntad. Según su propia confesión, como maestro y definidor de la verdad no se arrogó jamás exclusivamente naturaleza divina. La vida y el triunfo de Jesús abren época en la historia de la Humanidad y señalan una nueva era en la vida del mundo. Despertó desconocidos anhelos de un más perfecto ideal sobre la Tierra, y cuando sus tres más íntimos compañeros comprendieron lo que la nueva vida realmente significaba, dejaron a la tierra muda de admiración y asombro.

Al reconocer completamente su unidad con el Padre y adueñarse en absoluto de todas las circunstancias de su vida, aun las de la misma muerte corporal; al exponernos las superiores leyes que son para nosotros las mismas que fueron para él, nos dio un ideal de vida, un ideal con que lograr aquí y ahora lo que sin él no hubiéramos podido obtener. Uno venció primero. Todos podemos vencer después. Por haber reconocido primero en sí mismo y haber luego expuesto a los demás la suprema ley de unidad con el Padre, fue Salvador del mundo.

Sin embargo, no vale confundir su persona, su vida y enseñanzas con el error en que han solido caer los discípulos de la mayor parte de instructores. Si te cuentas entre el número de quienes han predicado a Cristo muerto, entonces, por respeto a la Humanidad, por respeto a Dios, no engañes por más tiempo a la gente, no malgastes el tiempo dándoles piedras en vez de pan y formas muertas en vez del vivificante espíritu de verdad. Son sus propias palabras: “Dejad que los muertos entierren a sus muertos.” De entre ellos resucitó. Enseña que Jesús fue el Cristo vivo. Enseña que Jesús fue el Cristo interno. Halla estas cosas en toda su trascendental belleza y poder como Jesús las halló y serás también uno de los que hablen con autoridad. Entonces serás capaz de guiar a mucha gente al encuentro de la verdad. Tal es la perla de inestimable precio.

Vacías deja las iglesias el predicador cuya alma no se ha empapado todavía del vital espíritu que fluye de las enseñanzas de Jesús, y que en vez de darle al pueblo la pura doctrina cristiana le da viejos formulismos y especulaciones. Este es el predicador cuyos esfuerzos parecen empujar más fácilmente a los hombres hacia la muerte. Los alemanes tienen un proverbio que dice: “Nunca va lo segundo en primer lugar.” La vida precede invariablemente a la muerte. Una vez conocido cómo hemos de vivir, si vivimos en armonía con este conocimiento, la muerte quedará de maravillosa y peregrina manera al cuidado de sí misma. Este es el único medio por el que puede perderse todo cuidado. De la soledad de nuestras iglesias, han querido colegir algunos ciegos de entendimiento que la religión está muerta. ¿La religión muerta? ¿Cómo morir la verdadera religión? Y en lo tocante a las masas populares, la religión está naciendo, o mejor dicho, las masas van precisamente despertando a la idea de la religión.

Precisamente comenzamos a interpretar la letra en su recto y vivificante espíritu. ¿La religión muerta? Es imposible imaginarlo. La religión forma parte integrante del humano espíritu porque el espíritu es de Dios. Y mientras existan Dios y el alma humana, no morirá la religión.

Lo externo, la forma, la ceremonia, el rito, la pura letra es lo que se ha entendido por religión, y esto es, gracias a Dios, lo que evoluciona, y nunca lo ha hecho tan deprisa como ahora.

Hay personas cansadas y aun disgustadas de las actuales fórmulas, que prefieren conscientemente no tener religión alguna a tener la que les dan. La abandonan sencillamente como el árbol deja caer sus hojas al llegar el otoño.

Existen otro número de seres que han despertado al soplo divino y encontrado en su interior a Cristo en toda la incomparable hermosura de su sacrificio y de su redentor poder.

En lugar de quienes han vaciado los templos dando piedras en vez de pan, cascarilla y paja en vez del alimenticio grano, poned aunque sea por poco tiempo a quienes se hayan abierto a inspiraciones elevadas y en ellas vivan, y preguntad después otra vez a los que dicen que la religión agoniza. “El carbón en ascua, no el apagado, es el que a los demás trozos enciende.” Poned a quienes han recibido la inspiración del soplo divino y que por consiguiente tienen más poderosa e importante misión cerca de la Humanidad, pues por ello mismo serán capaces de conmover y cautivar el alma colectiva.

Veremos entonces cómo las hoy casi solitarias iglesias, donde apenas se congregan algunas docenas de fieles, se llenan de bote en bote, y no hay sitio suficiente para cuantos quieran entrar. “Dejad que la perecedera concha muestre la perla.” No tenemos ahora, como tuvimos antes, necesidad de revelaciones. Necesitamos sencillamente hallar el espíritu vital de todo cuanto nos rodea, y a su debido tiempo, cuando con ella nos compenentremos, nos llegará la verdad. Dice sobre el particular Juan Pulsford:

“Lo que el alma humana necesita sobre todo, no son exhortaciones, siquiera elocuentes, acerca de viejos ritos, sino quedar empapada, embelesada y cautivada por un más caluroso y potente soplo de Dios que el que sintió hasta ahora. Y no sería yo fiel a mi experiencia personal, si no diese testimonio de que este soplo divino se adapta a las necesidades de la naturaleza del alma, como las mañanas de abril a los campos. No respiran con más desahogo las hojas de los árboles ni con más lozanía crecen al soplo de las auras primaverales, que al soplo de Dios se desenvuelven las humanas mentes en armonía con su índole nativa. Nada conmueve tanto las fibras del alma como el soplo de Dios. El hombre entero se siente renovado en sus sentidos, emociones y afectos, en sus ideas e imaginaciones, y el cambio es mayor de lo que él mismo supone, maravillándose de las fuerzas que el soplo divino despertó y edujo de todo su ser. Ve entonces el hombre que su naturaleza es inefable y está al abrigo de las inconcebibles sorpresas que le reserva el porvenir. Y estos sentimientos de esperanza en la inmortalidad, evidencian la existencia de Dios. Dejad que al soplo de Dios refrigere una nueva primavera vuestra alma, para que broten los ocultos gérmenes de la vida y os conduzca al verano del cielo. Entonces tendréis la íntima prueba de Dios como tenéis la del Universo exterior. Verdaderamente, la experiencia de vuestra vida íntima y la ilimitada esperanza en Dios, os serán más asequibles que la experiencia superficial del mundo y de la naturaleza.”

Sólo hay un manantial de energía en el Universo. Seas lo que fueres, pintor, orador, músico, escritor, sacerdote. reconoce que el secreto de tu fuerza está en obrar en armonía con Dios, de modo que pueda actuar y manifestarse continuamente en ti. Si en esto fracasas, fracasarás en todo. Si en esto fracasas, tus obras serán de tercero o cuarto orden, tal vez algunas de segundo, pero seguramente jamás de primero. Te será absolutamente imposible llegar a maestro.

La estimación que de ti mismo hagas determinará el valor efectivo de tu obra sobre cualquier materia. Si sólo vives física e intelectualmente, te pondrás limitaciones que te embarazarán ínterin de tal modo vivas. Pero cuando reconozcas tu unidad con la infinita vida y Poder y a ellos te abras de modo que puedan obrar en ti, entrarás en una nueva fase de tu vida y te convencerás de que en ti mora un siempre creciente poder. Entonces se decuplicará tu vigor, porque tu corazón será puro.

“¡Oh, Dios! Para siempre soy uno contigo. Las celestes potestades lo proclaman en todos los confines de la Tierra. Pienso en este inmortal mayorazgo y mi ser se explaya como los pétalos de una flor, como olorosa nube de incienso que envolviera todo mi cuerpo. Oigo un regocijado y glorioso canto en las intimidades de mi espíritu que resuena con celestiales voces en divino y armonioso coro. Siento que en mi se levanta una fuerza semejante a la del embrión fecundado, que como muralla me rodea y de la escoria me alza.”

8. Abundancia de todas las cosas. Ley de prosperidad

Dios es el Espíritu de infinita abundancia, el poder que dio y está continuamente dando forma tangible a todas las cosas. Quien viva en unidad con este infinito poder será como imán que atraiga hacia sí cualquier cosa que desee.

Si uno se mantiene en la idea de pobreza, pobre será. Pero si se mantiene sin cesar en la idea de prosperidad, sean cuales sean las condiciones en que se halle, pondrá en acción fuerzas que tarde o temprano lo coloquen en situación próspera. La ley de atracción obra sin cesar en el Universo, y el inmutable principio superior de ella derivado es que cada cosa atrae a su semejante. Si estamos identificados con este poder infinito, con esta fuente de todas las cosas, en el grado en que vivamos en el reconocimiento de esta identificación, en tal grado actualizaremos un poder que nos allegue en abundancia cuanto deseemos. Por este medio entraremos en posesión de una fuerza con la cual podremos establecer siempre las anheladas condiciones.

Así como toda verdad existe de por sí y sólo espera que la percibamos, así existe también de por sí todo lo indispensable para satisfacer nuestras necesidades presentes, y sólo espera en nosotros el poder de apropiárnoslo. Dios lo tiene todo en sus manos. Su voz nos dice constantemente: Hijo mio, reconóceme en todos tus caminos, y en el grado en que así lo hagas, será tuyo lo mio.

“Dios da a todos los hombres con liberalidad y sin reconvención” (Santiago, 1:5). Da liberalmente a los hombres que se colocan en disposición de recibir de Él. No derrama sus dones sobre cualquiera.

La vieja y por algún tiempo predominante idea de que la pobreza era condición necesaria de la santidad, no tiene ya fundamento alguno. Lo tuvo parecido al del ascetismo cuando prevaleció aquella otra idea de que era inevitable la oposición entre el espíritu y la carne. Surgió en la mente de los que tenían un falso y torcido concepto de la vida. La verdadera santidad es idéntica a la verdadera sabiduría. A quien es verdaderamente sabio y hace prudente uso de sus fuerzas y facultades, le abre siempre el Universo el arca de sus tesoros.

La dádiva es siempre igual a la petición prudente y justa. Quien obedece a las leyes superiores, queda libre del miedo a la pobreza.

¿Estás sin colocación, sin trabajo? Pues si te dejas dominar por el miedo de no encontrar otro empleo, será posible que pases mucho tiempo sin encontrarlo, o si lo encuentras, sea mísero y pobremente retribuido. En cualquier circunstancia debes poner en acción tus fuerzas interiores, que siempre acabarán por triunfar de toda temporal o aparente pérdida. Pon estas fuerzas en actividad y serás entonces un imán que hacia ti atraiga una colocación mejor que la perdida, y tal vez no tardes en dar gracias por haberla perdido.

Reconoce el infinito poder que obra por donde quiera, que crea y lo rige todo en el Universo, que gobierna los innumerables sistemas de mundos.

Los pensamientos son un poder oculto de energías incalculables, y si los diriges con rectitud y prudencia, la apropiada colocación o el conveniente empleo te llegará a su debido tiempo, por el debido modo, y lo reconocerás como tuyo cuando a ti llegue.

Persevera en este pensamiento, no titubees en él, sosténlo y aliméntalo sin cesar con firme esperanza y así pondrás un anuncio en un periódico espiritual de ilimitada circulación que no sólo llegue más allá de los límites de la Tierra, sino del Universo mismo. Será, además, un anuncio que rectamente inserto por tu parte tenga mayor eficacia que cualquier otro que pudieras insertar en páginas impresas, por más que el anuncio sea hoy día el gran medio de solicitar lo que se necesita. En el grado en que llegues a este reconocimiento y vivas en armonía con las leyes y fuerzas superiores, en tal grado serás capaz de conseguirlo.

Si movido por la necesidad ojeas los anuncios de los periódicos, no lo hagas como comúnmente se hace. Pon en actividad las fuerzas interiores y colócate así sobre elevada base. Cuando tomes el periódico piensa de este modo: Si aquí hay un anuncio que me convenga, lo reconoceré en el momento en que lo lea.

Afírmate en este pensamiento, confía en él, espéralo, y si esto cumples con robusta fe, sentirás de uno u otro modo la intuición del momento oportuno, y esta intuición será ni más ni menos que la voz de tu propia alma. Cuando hable, obra sin dilación.

Si una vez logrado el empleo notas que no es el que precisamente deseabas, si te sientes capaz de desempeñar otro mejor, entonces considéralo desde luego como un punto de apoyo para lograr este otro. Manténte en este pensamiento, afírmate en él, cree y espera, y sé en todo tiempo absolutamente fiel a la posición en que entretanto te halles colocado. Si no eres fiel a ella, entonces lo probable será que no te sirva de apoyo para alcanzar algo mejor, sino algo peor. Si eres fiel a ella, pronto darás gracias, regocijado y alegre, de haber perdido tu anterior colocación.

Esta es la ley de prosperidad. Cuando sobrevenga la transitoria desgracia, no te dejes arrastrar por ella, sino saca de ella el mejor partido posible, y ve siempre adelante en tu anhelo de más prósperas condiciones.

Si te mantienes en esta disposición de ánimo, pondrás en actividad fuerzas sutiles que tarde o temprano actualizarán en forma tangible lo que sólo es aún simple pensamiento. Porque el pensamiento tiene poder oculto, y debidamente aplicado es como germen de las condiciones materiales.

No cedas ni por un momento a la queja, antes bien, emplea el tiempo que lamentos inútiles te robarían, en mirar adelante y actualizar las deseadas condiciones. Sugírete la idea de prosperidad. Considérate en condición próspera, y confía en que antes de mucho llegarás a ella. Confía en ello tranquila y sosegadamente, pero con seguridad y firmeza. Cree absolutamente en ello. Espera en ello y acaricia sin cesar esta esperanza. De este modo serás como un imán que atraiga a ti las materias deseadas. No temas sugerirte estos pensamientos, porque así te forjarás un ideal que los revista de formas tangibles. Por este medio utilizarás los más sutiles y poderosos agentes del Universo. Si especialmente deseas algunas cosas cuya posesión creas buena y necesaria para ti, algo que pueda dilatar tu vida o acrecentar tu utilidad para el prójimo, manténte sencillamente en la idea de ella, pues en tiempo oportuno, por medios naturales y en las debidas condiciones, vendrá a ti o se te abrirá camino por donde puedas llegar al logro de tus deseos.

Conozco a una señorita que no hace mucho tiempo estaba en apurada necesidad de dinero. Para noble objeto lo deseaba y no veía la razón del por qué hubiese de carecer de él. Era esta señorita una de aquellas personas que han llegado a reconocer el valor de las fuerzas interiores, y tomó la disposición de ánimo que acabamos de exponer. Durante la mañana se ensimismó, entró en el silencio por breve rato, y se puso de este modo en armonía con las fuerzas interiores. Antes de la noche, fue a su casa un caballero perteneciente a una familia amiga y le preguntó si podía encargarse de cierto trabajo que necesitaba. Se quedó la señorita algo sorprendida de que se solicitase de ella aquella clase de trabajo, pero se dijo a sí misma: “Aquí hay un llamamiento. Responderé y veremos qué resulta.” Se encargó del trabajo y lo hizo bien. Cuando lo hubo terminado, le dieron en pago una cantidad de dinero mucho mayor de la que esperaba y creyó excesiva la remuneración de su trabajo. Rehusó la señorita, y el caballero repuso: “No, usted nos ha prestado un servicio de más monta que el dinero que le damos.” En efecto, la suma recibida era más que suficiente para la buena obra que la señorita deseaba llevar a cabo.

Este es uno de tantos ejemplos relativos al empleo prudente y eficaz de las fuerzas interiores. Asimismo entraña una lección: No cierres las manos ni esperes que las cosas te caigan en el regazo, sino pon en actividad las fuerzas interiores y toma lo primero que te ofrezcan.

Haz lo que tus manos sepan hacer y lo harás bien. Si este trabajo no te satisface por completo, entonces confía, cree y espera que por medio de él alcanzarás algo mejor. La base para atraer lo mejor que te pueda dar el mundo es vivir de ello en el pensamiento, impropriamente llamado imaginación. Todo cuanto llamamos imágenes son realidades y fuerzas de elementos invisibles. Vivid con el pensamiento en un palacio y gradualmente gravitarán sobre vosotros las cosas referentes a él. Pero vivir así, no es de ninguna manera el deseo lánguido, envidioso y plañidero, sino el de verte en la cima cuando según el mundo estés en la sima. Es considerar el plato de estaño en que te veas precisado a comer, cual un tránsito a otro de plata. Pero no es envidiar ni refunfuñar porque lo tenga el vecino, pues esta envidia es precisamente como un capital descontado del banco de las fuerzas mentales.

Dice un amigo que conoce el poder de las internas fuerzas y cuya vida está guiada por ellas en los más insignificantes pormenores: “Aun cuando estés en las garras de un oso dispuesto a despedazarte, mírale sonriente.” Quiere esto decir que si cedes a la adversidad, lo probable es que se haga dueña de ti. Pero si reconoces en ti el poder de dominar las circunstancias, entonces la adversidad será tu sierva y se trocará en buena fortuna. Si cuando llegue la desgracia, la sobrellevas con sosiego y calma, pronto desaparecerá si empleas en actualizar tus poderosas fuerzas interiores el tiempo que de otro modo perderías en quejas, temores y presentimientos.

La fe absoluta es la única condición del verdadero éxito. Cuando reconozcamos que el hombre lleva en sí los elementos de triunfo o de vencimiento, y que éstos no dependen de condiciones externas, podremos transmutar estas condiciones en elementos de éxito. Cuando lleguemos a este superior reconocimiento y pongamos nuestra vida en completa armonía con las leyes superiores, seremos capaces de enfocar y dirigir el desarrollo de las fuerzas internas de modo que de su impulso vuelvan cargadas con lo que les ordenemos que traigan. Seremos entonces más que capaces de atraer el éxito, si no en grandes, en cortas proporciones. Podremos entonces establecer en nosotros un centro tan firme, que en vez de correr de aquí para allá en busca de esto o lo otro, podamos estarnos quietos en nuestro interior y atraer las deseadas condiciones. Si nos establecemos en este centro y nos

mantenemos firmes en él, veremos cómo parece que las circunstancias vienen por el camino apetecido.

La mayoría de la gente sólo atiende hoy día a los asuntos que llaman prácticos y de cotidiano provecho. Cuanto más cuidadosamente examinemos las leyes fundadas en las capitales verdades que estamos considerando, tanto más veremos que no sólo son eminentemente prácticas, sino que en cierto modo son lo único práctico de cuanto en el mundo existe.

Existen personas que se vanaglorian de ser muy prácticas. Pero muchas veces son más prácticos quienes no creen serlo. Y por otra parte, quienes se ufanan de ser hombres prácticos lo son muchas veces menos, pues aunque en cierto modo lo sean, son absurdamente especulativos en cuanto a la totalidad de la vida se refiere.

¿Qué provecho, por ejemplo, puede haber para el hombre que, materialmente hablando, es dueño del mundo entero y jamás trató de adueñarse de sí mismo? Multitud de hombres vemos completamente engañados sobre el concepto de la vida real, hombres que no han aprendido ni el abecedario de cómo debe vivirse. Son esclavos abyectos de los bienes temporales, pues aunque se creen dueños de sus riquezas, están completamente dominados por ellas, y sus vidas son inútiles para sus semejantes y para el mundo entero. Así es que cuando ya no pueden sostener el cuerpo por medio del que se relacionaron con el mundo material, se quedan pobres, miserablemente pobres. Incapaces de llevarse ni la más insignificante partícula de sus riquezas, se van a la otra vida despojados y desnudos.

Las buenas acciones, las educadas cualidades del carácter, las actualizadas potencias del alma, las positivas riquezas de la vida interior, todo aquello que llega a ser nuestro eterno bien, no ocupa lugar alguno en su mente y por esto andan privados de lo verdaderamente necesario para la vida. Y aun muchas veces peor que privados, porque no hemos de suponer que una vez adquiridos los hábitos puedan perderse más fácilmente en otra forma de vida distinta de la actual. Quien deja voluntariamente tomar vuelo a determinado vicio, no hemos de suponer que por simple muerte del cuerpo establezca condiciones de perfección. Todo tiene su ley, su causa y efecto. Se recoge lo que se siembra, no sólo en esta vida, sino también en la otra.

Quien tiene por único deseo amontonar bienes terrenos, estará también esclavizado por este deseo aun después de su muerte. Pero entonces, no tendrá medio de satisfacerlo. Dominado por aquel vicio, será incapaz de poner sus afectos en otras cosas y el deseo no satisfecho le atormentará doblemente. Y aun su tortura puede acrecentarse al ver que pródigos herederos dilapidan las riquezas con tanto afán por él amontonadas.

Legó sus propiedades a otros sin que pueda reconvenirles ni con una palabra por su mal empleo. ¡Qué locura, pensar que los bienes materiales son nuestros! ¡Qué absurdo, cercar unas cuantas áreas de la tierra de Dios y decir que son propiedad nuestra! Nada es nuestro hasta el punto de detentarlo. Las cosas que a nuestras manos llegan, no llegan para que las poseamos, ni mucho menos para que las atesoremos, sino para que de ellas hagamos prudente y acertado empleo. Somos simples administradores y como a tales se nos exigirá cuenta de los bienes que se nos hayan confiado. La gran ley de las compensaciones, que se deja sentir en todo el mundo, es admirablemente exacta en sus efectos, aunque a veces no podamos del todo entenderla ni advertirla siquiera cuando actúa en relación con nosotros mismos.

Quien entra en la vida superior, ya no desea amontonar riquezas ni demasías de otra especie. En el grado en que aquilata las espirituales desdeñará las terrenales. Cuando reconozca que de su interior mana la fuente que a su debida hora puede poner en sus

manos lo suficiente para proveer a todas sus necesidades, no se afanará por más tiempo en atesorar riquezas materiales que absorberían toda su atención y cuidado. Y así pone su pensamiento y emplea el tiempo en las realidades de la vida. Primero halla el reino de Dios y después obra de manera que lo demás se le dé por añadidura.

Más difícil es que un rico entre en el reino de los cielos, dijo aquel Maestro que sin tener nada lo tuvo todo, que un camello pase por el ojo de una aguja. Quiere esto decir que si un hombre sólo piensa en acumular tesoros de que por su demasía no puede disfrutar, se verá incapaz de hallar aquel maravilloso reino con el que todo va aparejado. ¿Qué vale más? ¿Tener un millón de dólares con el cuidado que tal riqueza lleva consigo, o llegar al conocimiento de leyes y fuerzas por las cuales cada necesidad quede satisfecha en tiempo oportuno, y saber que nada justo nos será negado, que la dádiva será proporcionada a la petición?

Quien entre en el reino de este elevado conocimiento, no cuidará de llevar consigo las insanas superfluidades que muchos hombres disputan hoy por su más firme apoyo en este mundo, sino que las evitará como se evita cualquier horrible laceria. Cuando reconozcamos las fuerzas superiores, atenderemos más solícitamente a la verdadera vida, en vez de atender al atesoramiento de vanas riquezas que más bien estorban que ayudan. Tal es el fundamento de la verdadera solución, tanto en ésta como en todas las fases de la vida.

Si las riquezas trasponen cierto límite, ya no podemos aprovecharnos de ellas y son impedimento en vez de auxilio, castigo en vez de bendición. Por todas partes hay personas que viven desmedradas y raquíticas, y podrían vivir lozanas y dichosas, henchidas de perenne gozo si hubiesen empleado sabiamente la gran parte de su vida malgastada en atesorar.

El hombre que atesora durante toda su vida y al morir lega su hacienda para fines expiatorios, yerra en el concepto de la vida. No es mérito en mí dar un par de botas viejas al descalzo. Pero suponiendo mérito la dádiva, sí es dar un par de botas nuevas a quien va descalzo en el rigor del invierno y se esfuerza en vivir honradamente para sustentar a su familia. Y si al darle las botas le doy también mi cariño, tendrá doble dádiva y yo doblada bendición.

El más prudente empleo que el rico puede sacar a sus riquezas es acumularlas en su conducta moral, en su carácter, día a día mientras viva. De este modo su vida irá acrecentándose y enriqueciéndose continuamente. Tiempo llegará en que se dispute por desgracia que un hombre muera y deje tras sí acumuladas riquezas.

Muchas personas moran en palacios y son más pobres que quienes carecen de techo donde cobijarse.

Hay también una ley superior que priva del verdadero gozo y de sus plenas facultades a quien atesora, pues la avaricia lo coloca en el nivel de la pobreza.

Muchos individuos se alejan de lo elevado por aferrarse a lo caduco. Si desecharan lo pasado, cederían sitio a cuanto nuevo les llega. La avaricia siempre acarrea pérdidas en una u otra forma. El empleo prudente entraña siempre beneficiosa remuneración.

Si el árbol mantuviera en sus ramas las marchitas hojas, ¿brotaría en él nueva vida al fecundo hálito de la primavera? Si el árbol está muerto, no caerán las mustias hojas, pues no echará yemas y rebrotes. Pero mientras viva el árbol, es necesario que se despoje de su marchito follaje para ceder sitio a las verdes hojas.

Ley del Universo es la opulencia. Ley es la abundante satisfacción de toda necesidad si no hay nada que a ello se oponga.

No atesorándolas, sino por el prudente uso de las cosas que a nosotros lleguen, tendremos una siempre renovada provisión de ellas, según nuestras verdaderas necesidades. Por este medio, no sólo poseeremos los inextinguibles tesoros del infinito Dios, sino que por nuestra mediación llegarán a manos del prójimo.

9. Profetas, videntes, sabios y redentores

Hasta ahora he tratado de exponer sinceramente las verdades dichas, estudiando cada materia según mi propia intención, con propósito de no basarme en ajenas enseñanzas aunque fuesen de los más inspirados maestros.

Mas veamos por un momento estas mismas verdades capitales a la luz de las ideas y enseñanzas de quienes el mundo tuvo por insignes pensadores.

Según recordará el lector, la cifra y esencia del pensamiento expuesto en estas páginas es la base fundamental de la humana vida, o sea, el consciente y vital reconocimiento de nuestra unidad con Dios, de modo que nos abramos completamente a su divino flujo.

“Yo y mi Padre somos una misma cosa”, dijo el Maestro. En esto vemos cómo reconoció su unidad con el Padre. En otra ocasión dijo: “Las palabras que os digo no las hablo por mí mismo, mas el Padre que mora en mí, manifiesta sus obras” (San Juan, 14:10). En esto vemos cuán claramente reconoció que nada podía hacer por sí mismo, sino operando en unión del Padre. Y también dijo: “Mi padre obra, y yo obro” (San Juan, 5:17). Esto es: mi Padre envía el poder, y yo me abro a él y obro en unión de él.

Otra vez dijo: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura” (San Mateo, 6:33). Y para explicar lo que esto significa, dijo en otra ocasión: “No digáis hélo aquí o allí porque en vosotros está el reino de los cielos” (San Lucas, 17:2). Conforme con estas enseñanzas, el reino de Dios y el reino de los cielos son idénticos. Por lo tanto, si enseñó que el reino de los cielos está en nosotros equivale a decir: Reconoced conscientemente vuestra unidad con la vida del Padre, y cuando la reconozcáis hallaréis el reino de Dios, y cuando lo halléis todo lo demás se os dará por añadidura.

La parábola del hijo pródigo es otro hermoso ejemplo de esta capital enseñanza del Maestro. Luego que el pródigo hubo malbaratado su hacienda, después de vagar por todos los reinos de la Tierra en busca de felicidad y placeres que no le satisficieron, sino que lo colocaron al nivel de los brutos, volvió en su sentido y dijo: “Me levantaré e iré a mi Padre.” Es decir, que después de sus aventuras y disipaciones, su propia alma le habló al fin diciendo: “No eres una bestia. Tienes Padre. Alzate y ve a tu Padre que todo lo mantiene en sus manos.

En otra ocasión dijo el Maestro: “A nadie líaméis Padre en la Tierra, porque uno es vuestro Padre que está en el cielo” (San Mateo, 23:9). En esto reconoció que la verdadera vida procede directamente de la vida de Dios.

Nuestros padres según la carne son los agentes que nos dan el cuerpo, nuestra morada en la Tierra. Pero la vida real fluye de la infinita fuente de vida, de Dios nuestro Padre.

Le dijeron una vez al Maestro que su madre y sus hermanos le esperaban para hablarle y respondió: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Quienquiera

que hiciere la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre” (San Mateo, 12:48,50).

Muchos seres son esclavos de lo que llamamos lazos de parentesco. No obstante, bueno es recordar que nuestros verdaderos parientes no son precisamente los que llevan nuestra sangre, sino los más próximos a nosotros en mente, alma y espíritu. Pueden ser nuestros parientes más próximos quienes vivan en el confín del globo, personas a quienes tal vez no veamos jamás, pero hacia quienes que- atraídos en esta o en otra vida, porque siempre actúa y jamás falla la ley de atracción.

Cuando el Maestro nos dijo: “No llaméis a nadie Padre sobre la Tierra, porque uno es vuestro Padre que está en el cielo” fundamentó el verdadero concepto de la paternidad de Dios, porque si Dios es Padre de todos, en la paternidad divina tendremos el fundamento de la fraternidad humana. Pero todavía hay hasta cierto punto un concepto más alto. La unidad del hombre con Dios, de que deriva la unidad del género humano. Cuando de esto nos convenzamos, veremos claramente cómo en el grado en que nos unamos con la infinita vida, y en cada paso que demos hacia Dios, ayudaremos al linaje humano en esta obra y le haremos capaz de acercarse a Dios.

El Maestro expuso nuestras verdaderas relaciones con la infinita vida al decir: “Si no os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (San Mateo, 18:3). Y cuando dijo: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios” (San Lucas, 4:4), divulgó una verdad de mayor importancia que cuantas hasta ahora hemos vislumbrado. Con esto enseñó que ni aun la vida física puede sustentarse únicamente con pan, sino que la relación del hombre con Dios determina gran número de condiciones relativas a la estructura y actividad del cuerpo. “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.” Es decir: Bienaventurados quienes sólo a Dios ven en la vida terrenal, porque también lo verán en la vida eterna.

El sabio indio Viasvata dijo: “Quien ve en su propia alma a la suprema alma de todos los seres y logra la ecuanimidad con todos aquellos, alcanza la suprema bienaventuranza.” Dijo Atanasio: “Podemos llegar a ser dioses sin mortificar nuestro cuerpo.” La misma verdad que vamos considerando está en las enseñanzas de Buda, quien dice: “El pueblo está en la esclavitud porque todavía no ha comprendido la idea del yo.” En todas las enseñanzas de Buda palpita el pensamiento capital de rechazar toda clase de separaciones y reconocer la unidad de sí mismo con el Infinito. Examinando las vidas de los místicos medievales se descubre idéntica verdad: la unión con Dios.

En nuestros tiempos, el iluminado vidente Manuel Swedenborg expuso la superior ley relativa a lo que él llamaba el divino flujo y de cómo podemos abrirnos completamente a su actuación. Lo esencial es la luz interior, pues Dios habla directamente al alma humana en el mismo grado en que el alma se abre a Él. Otro iluminado y vidente reconoció la misma verdad al decir: “Todos navegamos por el océano de la vida.”

Nos enseña la historia que cuantos entraron en el reino de la verdadera paz y gozo, vivieron en armonía con Dios. Fuerte y poderoso fue David y su alma se inflamó en adoraciones y alabanzas a Dios en el grado en que él escuchaba la voz de Dios y vivía de conformidad con sus elevadas inspiraciones. Pero al flaquear en ello se lo advirtieron las angustiosas lamentaciones de su alma. Lo mismo puede decirse de las naciones. Cuando los israelitas servían a Dios y obraban con arreglo a su ley, estaban contentos y eran felices y poderosos. Mas fueron impotentes al abandonar el servicio de Dios. Cuando sólo confiaban en sus propias fuerzas y no reconocían a Dios como fuente de todo poder, caían en esclavitud y lamentación.

Sobre inmutable ley se funda aquella verdad: Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen. Todo les favorece. Seremos sabios en el grado en que vivamos acordes con la suprema ley.

Todos los profetas, videntes, sabios y redentores que recuerda la historia llegaron a ser lo que fueron, y en consecuencia tuvieron el poder que poseyeron, por medios completamente naturales. Todos reconocieron y llegaron a la consciente unidad con la infinita vida. Dios no tiene preferencias por nadie. Él no crea profetas, ni videntes, ni sabios, ni redentores. Crea hombres. Pero entre los hombres hay quienes reconocen su verdadera identidad y la unidad de su vida con la fuente de que procede. Vive según el reconocimiento de esta unidad y en recompensa llega a ser profeta, vidente, sabio o redentor. Tampoco tiene Dios preferencias por tal o cual nación. No ha escogido pueblo alguno, pero la nación o raza que feconoce a Dios es el pueblo escogido.

Jamás hubo época ni lugar determinado de prodigios en distinción de otras épocas y lugares. Lo que llamamos milagros abundaron en todo tiempo y lugar donde las condiciones fueron favorables a su efecto. Aun hoy se obran lo mismo que siempre se obraron con sujeción a las leyes a que obedecen. Los taumaturgos fueron hombres que anduvieron con Dios. Y en las palabras “que anduvieron con Dios” está el secreto de la palabra “taumaturgo u hombre prodigioso”. La causa y el efecto.

Dios nunca da la prosperidad a hombre alguno, pero el hombre puede prosperar si conoce a Dios y vive de conformidad con su ley.

A Salomón le fueron dados a elegir los bienes que desease y eligió la sabiduría donde todos los demás se encierran. Según nos enseñaron, Dios endureció el corazón del faraón. No debemos creerlo. Dios nunca le endurece a nadie el corazón. El mismo faraón endureció su propio corazón y a Dios se le culpó de ello, pero cuando el faraón endureció su corazón y no quiso escuchar la voz de Dios, sobrevinieron las plagas. Otra vez la causa y el efecto. Si, por el contrario, hubiera abierto su ser a la voz de Dios, no sobrevinieran las plagas.

Nosotros podemos ser nuestros mejores amigos o nuestros peores enemigos. En el grado en que seamos amigos de lo supremo y óptimo de nuestro interior, seremos amigos de todo. Y en el grado en que seamos enemigos de lo supremo y óptimo de nuestro interior, seremos enemigos de todo. En el grado en que abramos nuestro ser a las fuerzas

superiores y dejemos que en nosotros se manifiesten, seremos hasta cierto punto los redentores de nuestros prójimos. Así somos o podemos todos llegar a ser redentores unos de otros. Así podrás tú, ¡oh!, lector, llegar a ser verdaderamente uno de los redentores del mundo.

10. Principio fundamental de todas las religiones. La religión universal

La capital verdad que vamos considerando es el principio que fundamentalmente palpita en todas las religiones y que todas aceptan. Es además una verdad que puede aceptar toda la gente, ya pertenezcan a la misma o a distinta religión. La multitud siempre disputa sobre bagatelas miradas desde insignificantes y personales puntos de vista. Pero se pone de acuerdo en presencia de las verdades ca-pitales cuyos hilos se diversifican por todas partes. Las discrepancias y altercados se relacionan con el yo inferior. Las avenencias y acuerdos con el yo superior.

En una población puede haber diferentes bandos o partidos que se combatan encarnizadamente. Pero si sobreviene una calamidad pública, sea inundación, hambre o peste, apaciguarán los enemigos sus odios y todos juntos trabajarán con ardor en beneficio

común. Lo mudable, lo personal, suscita querellas. Lo permanente, lo humano, une a todos en los mismos esfuerzos de amor y servicio mutuo.

Muy loable es el patriotismo. Bueno es amar al país en que se ha nacido. Mas, ¿por qué amarlo más que a los demás países? Si amo al mío y odio a los extraños, seré egoísta, y mi patriotismo infundirá sospechas aun a mi propio país. Si amo al mío y al mismo tiempo a los extraños, entonces doy pruebas de la amplitud de mi carácter y mi patriotismo tiene firme fianza. La idea que de Dios hemos aceptado, la idea de que es el infinito Espíritu de vida y poder anterior a todo, que obra en todo y es vida de todo, pueden aceptarla todas las religiones. En este punto no caben infieles ni ateos. Hay ateos e infieles respecto del modo de adorarle y reverenciarle. Sin embargo, muchos y muy ardientes devotos atribuyen a Dios cualidades que ningún hombre que en algo se estime quisiera para sí. Tal hacen los que se imaginan un Dios colérico, celoso y vengativo con sus criaturas. Quienes manifestasen estas pasiones, se harían indignos de nuestro respeto. Y no obstante, hay quienes las atribuyen a Dios.

El ardiente y sincero místico es uno de los mayores amigos que pueda tener la verdadera religión. Se cuentan los místicos entre los más grandes siervos de Dios y entre los bienhechores del género humano. Cristo fue, según la opinión vulgar de su época, uno de los mayores herejes que en el mundo han sido, pues no quiso sujetarse a las creencias ortodoxamente establecidas. Cristo es el arquetipo de la idea universal. Juan Bautista, el de la idea personal. Juan viste determinado traje, sólo come cierta clase de manjares, pertenece a una secta especial, vive y enseña en lugar fijo y él mismo reconoce su inferioridad correlativa a la creciente superioridad de Cristo. Cristo, por el contrario, se entrega sin limitaciones y a nada quiere sujetarse. Fue universal por completo y así no enseñó para su tiempo, sino para todos los siglos.

Esta sublime verdad relativa al acto capital de la vida humana es el hilo de oro que engarza todas las religiones. Cuando le demos supremacía sobre los otros actos de nuestra vida, veremos cómo por su misma insignificancia se desvanecen las mínimas diferencias, los estrechos prejuicios, los risibles absurdos, y creeremos que en caso necesario, un judío puede adorar a Dios en una catedral católica, como un católico en una sinagoga judía, un budista en una iglesia cristiana y un cristiano en una mezquita, porque todos pueden igualmente adorar a Dios en el ara de su propio corazón, en la cima de la montaña o durante los quehaceres de la vida cotidiana. Para arrojarse en la verdadera oración, sólo son necesarios Dios y el humano espíritu sin sujeción a tiempo, estación ni oportunidad. En cualquier lugar y tiempo puede encontrar el alma a Dios.

Este es el principio básico de la religión universal que todos pueden aceptar. Esta es la verdad capital y permanente. Hay algo en que no todos están acordes. Esto es lo contingente, lo no necesario, que va desvaneciéndose a medida que el tiempo pasa. Un cristiano que no acierte a percibir esta verdad, preguntará: ¿Pero no estuvo Cristo inspirado por Dios? -Sí, pero no fue él solo el inspirado. Un budista preguntaría: ¿No inspiró Dios a Buda? -Sí, pero no fue él solo el inspirado. Un cristiano dirá: ¿Acaso la Biblia no fue dictada por el Espíritu Santo? -Sí, pero también hay otras Escrituras inspiradas por Dios. Un budista preguntará: ¿Acaso no fueron inspirados los Vedas? -Sí, pero también hay otros libros sagrados. Vuestro error no está en creer que vuestras respectivas Escrituras fuesen inspiradas por Dios, sino en vuestro notorio exclusivismo al negar que también otras Escrituras pudieran estar igualmente inspiradas por Él.

Los libros sagrados, las Escrituras inspiradas, proceden todas de una misma fuente, de Dios, que habla a través de las almas de quienes escuchan su voz. Unos pueden estar más inspirados que otros, según el grado en que escuchen la voz divina. Dicen las

escrituras hebreas: “La sabiduría es el aliento del poder de Dios, y en toda época penetra en las almas bienaventuradas, haciéndolas profetas y amigas de Dios.”

No seamos del número de los romos, obcecados y raquícos para quienes Dios se reveló únicamente a una corta porción de sus criaturas en una escondida parte del globo y en un tiempo determinado. Este no es el modelo de las obras de Dios. Al contrario, Dios no tiene preferencia por nadie, pues quien en cada nación reverenció a Dios, obrando en justicia, fue aceptado por Él.

Cuando comprendamos completamente esta verdad, veremos que sólo hay diferencias insignificantes entre las varias formas de religión que aparecen como insondables discrepancias del vital principio que en todas alienta. En el grado en que nos amemos menos a nosotros mismos y más a la verdad, en el mismo grado propenderemos menos a convertir a la gente hacia nuestras maneras particulares de pensar y pondremos más cuidado en ayudarles a recibir la verdad por los medios más apropiados a su temperamento. La doctrina de nuestro maestro -dicen los chinos- consiste en la limpieza de corazón. Tal es la doctrina de quien merece el nombre de maestro.

Idéntico es el principio fundamental de todas las religiones, y los mínimos pormenores en que difieren dependen del grado de civilización de cada pueblo. A veces me pregunto: ¿A qué religión perteneces? ¿A qué religión? Sólo hay una. la religión del Dios vivo.

Desde el momento en que perdemos de vista esta capital verdad nos apartamos del vivificante espíritu de la verdadera religión y nos ligamos a la forma. En el grado en que esto hagamos, erigiremos en torno nuestras barreras que nos impidan recibir la verdad universal, pues nada hay que el nombre de verdad merezca si no es universal.

Sólo hay una religión. “Por cualquier camino que vaya, llegaré a las alturas que conducen a ti”, dicen las escrituras persas. “Ancho es el manto de Dios y hermosos los colores de que lo adornó.” “El hombre puro respeta todas las formas de fe”, dicen los budistas. “Mi doctrina no distingue entre altos y bajos, ricos y pobres. Como el cielo, tiene lugar para todos, y como el agua, todo lo lava con igual limpieza.” “El entendimiento agudo ve la verdad de todas las religiones. El entendimiento romo sólo ve las diferencias”, dicen los chinos. Y añaden los indios: “El corto de alcances pregunta: ¿Este hombre es extranjero o compatriota? Mas para aquellos en quienes el amor mora, el mundo entero es una sola familia.”

“Las flores del altar son de muchas clases, pero la adoración es una. “El cielo es un palacio con muchas puertas y cada cual puede entrar según sus merecimientos.” “¿No somos todos hijos de un mismo Padre?”, dice el cristiano. “De una misma sangre hizo Dios a todas las naciones que moran sobre la haz de la Tierra” (Hechos de los Apóstoles, 17:26). Un vidente de estos últimos tiempos dijo:

“El Padre reveló a los antiguos lo que fue provechoso al espíritu del hombre. Lo que es provechoso lo revela hoy.”

Dice Tennyson: “Soñé que piedra sobre piedra edificaba un sagrado templo que ni era pagoda, ni mezquita, ni iglesia, sino un templo elevadísimo, sencillo, con las puertas perpetuamente abiertas a los alientos celestes. Y la verdad, la paz, el amor y la justicia moraron en él.”

La religión, en su verdadero sentido, es lo más hermoso que pueda conocer el alma humana, y al comprenderla veremos que es agente de paz, felicidad y gozo, pero nunca de melancolía, tristeza y angustia. Será amada por todos y por nadie rechazada. Que nuestras iglesias se convenzan de estas grandes verdades, que trabajen por la conversión de la gente

al conocimiento de su verdadero ser, al de sus relaciones y de su unidad con el infinito Dios, y tal será el gozo, tal la muchedumbre que a ellas acuda, tales los cánticos de alabanza, que hasta los muros se estremecerán de amor a la religión. Adecuada a la vida, adecuada a todos los días de la vida, debe ser ahora y siempre el carácter de la religión. Si no tiene tal carácter, no es religión. Necesitamos una religión cotidiana en este mundo. Todo el tiempo que en cualquier otra se emplee es peor que malgastado. La vida eterna lo será si procuramos mantenernos a cada momento en la misma disposición de ánimo que en el anterior.

Pero esta placentera disposición de ánimo únicamente puede derivar de la rectitud de pensamiento, de la veracidad de la palabra y de la servicial e inegoísta alteza de nuestras obras. Si en esto fracasamos, fracasaremos en todo.

11. La suprema riqueza

Oigo preguntar: ¿qué sabemos en concreto respecto al modo de reconocer la verdadera riqueza? Los hechos sobre los que se funda este reconocimiento son realmente los más hermosos y verdaderos. Pero, ¿cómo podremos actualizar en nosotros mismos tan admirables resultados?

El procedimiento será fácil con tal que nosotros mismos no opongamos la dificultad. Lo principal es que abráis vuestra mente y vuestro corazón al divino flujo que sólo espera ver las puertas de par en par, como para el riego de los campos mana el agua en cuanto tiene abierta la salida del depósito. El agua, por virtud de su misma naturaleza, baja a regar el valle con sólo abrirsele la compuerta. Asimismo, respecto de nuestra unidad con Dios, sólo debe decirse, conforme hemos visto: unios con Él. Lo necesario es que abráis vuestra mente y vuestro corazón a fin de que tomen las debidas disposiciones receptivas, fortalecidas luego por ardentísimo y sincero anhelo.

Al principio puede ser un eficaz auxilio colocarnos diariamente por algunos momentos en meditación y silencio, a fin de que no nos conturben las percepciones de los sentidos corporales. Allí, en silencio, a solas con Dios, podéis colocaros en actitud receptiva, anhelando sosegada, tranquila y expectantemente que el divino flujo inunde vuestra

alma. Cuando esto ocurra, notaréis primero sus manifestaciones en vuestra mente y las sentiréis físicamente después en vuestro cuerpo. Entonces, en el grado en que os abráis a este flujo, sentiréis un tranquilo, pacífico e iluminante poder que equilibrará cuerpo, mente y alma, y os pondrá en armonía con el mundo entero. Estaréis en la cima del monte, os hablará la voz de Dios y al bajar llevaréis con vosotros el supremo reconocimiento. Vivid en él durante el trabajo y el descanso, paseando, velando y durmiendo. De este modo, aunque no podáis permanecer continuamente en la cima, podréis vivir perpetuamente en toda la hermosura, inspi-ración y poderío que allí hayáis encontrado.

Además, día llegará en que, entre las ocupaciones de la oficina o el estrépito de la calle, logréis ensimismaros y aislar vuestro ser, echando el manto de vuestros pensamientos sobre el mundo exterior y creyendo firmemente que por donde vayáis y donde quiera que estéis, os guía, guarda, protege y conduce el espíritu de Dios, que es el compendio

de infinita vida, poder, sabiduría, paz, amor y abundancia. Tal es la oración continua. Esto es conocer a Dios y seguir sus pasos. Esto es hallar el Cristo interior. Esto es nacer de nuevo. Primero lo natural, después lo espiritual. Así al hombre viejo, Adán, sucedió el Cristo, el hombre nuevo. Esto es alcanzar la vida eterna, el conocimiento de

Dios. El placer presente será un sueño del pasado. Hemos de entonar un nuevo canto: “La hermosa y eterna actualidad.”

Esto lo podemos lograr desde hoy mismo, desde esta hora, desde este momento, si lo anhelamos y queremos. Y si volvemos el rostro hacia el buen camino, no pasaremos mucho tiempo sin gozar de los esplendores de esta completa realización. Vuelve el rostro hacia la montaña, emprende la marcha, y ya rápida, ya pausadamente, llegarás a ella, pero no llegarás si no vuelves tu rostro al buen camino y emprendes la marcha.

Goethe dijo:

“¿Estás en buena disposición? Aprovecha este instante, porque la audacia entraña magia, poder y genio. Comienza. El ánimo se enardecerá, y una vez des principio al trabajo, estará concluido.”

Y dijo Gautama: “Desperté a la verdad y resolví llevar a cabo mi propósito. Verdaderamente llegaré a ser buda.” Esto le llevó a la vida del iluminado y le enseñó que ahora y siempre está en la intrínseca posibilidad de todos alcanzar aquella misma realización. Por ella llevó la luz a millones de personas.

Dijo Jesús: “¿No sabéis que yo debo atender a los negocios de mi Padre?” Haciendo de esto el gran objeto de su vida, llegó a plena y completa realización. “Yo y mi Padre somos una misma cosa.” De este modo llegó a la completa realización del reino de los cielos en esta vida. Sus enseñanzas fueron que todos podemos lograr, ahora y siempre, esta misma

realización. Y de este modo llevó la luz a millones de seres.

En lo que respecta a las cuestiones prácticas, no hallaremos en toda la redondez de la Tierra nada más práctico que buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, para que todo lo demás se nos dé por añadidura. Nadie que a esta verdad se abra y según esta verdad viva, dejará de comprender y percibir las superiores leyes sobre que se funda.

Personalmente conozco a muchos que han hallado el reino de los cielos por medio de su unidad con Dios y se han abierto tan completamente a su divina guía, que son los más admirables ejemplos de tan capital e importante verdad. Hay personas cuya conducta se acomoda a esta guía, no sólo de un modo general, sino en todos los pormenores de la existencia, y viven sencillamente en unidad con el infinito poder, continuamente en armonía con Él. Suya es la abundancia de todo. Nada pierden. Reciben cuanto en justicia piden y jamás temen perder en lo que hacen ni en cómo lo hacen. Su vida está exenta de cuidados, porque tienen el convencimiento de que la Providencia del supremo poder los releva de todo afán.

Si entráramos en pormenores respecto de algunas de estas vidas ejemplares y especialmente de dos o tres que recuerdo en este momento, veríamos hechos que parecerían increíbles, si no milagrosos. Mas recordemos que todos podemos realizar lo que otro realiza. Esta es verdaderamente, según naturaleza, la vida normal, la vida cotidiana de quienes logran esta suprema realización y obran en armonía con las leyes superiores. Esto es sencillamente lanzarse a la divina corriente que arrastra el Universo entero y dejarse llevar tranquilamente por ella, día tras día, como se mueven los mares en su flujo, como se mueven los planetas en sus órbitas, como se suceden ordenadamente las estaciones del año.

Las angustias, incertidumbres, enfermedades, sufrimientos, temores, vacilaciones e inquietudes de la vida nos acometen porque no estamos en armonía con el orden divino de todas las cosas y nos acometerán mientras no lo estemos. Trabajoso e inseguro es ir

contra la corriente. Fácil y dulce es seguirla y aprovecharse ventajosamente de su poderosa fuerza natural. Llegar a la consciente y vital unidad con Dios es seguir la divina corriente.

Al ponernos de este modo en armonía con el Infinito, nos pondremos a la vez en armonía con cuanto nos rodee, en armonía con la vida de los cielos, en armonía con el Universo entero. Y la armonía de lo alto nos llevará a la armonía con nosotros mismos, de modo que perfectamente armonizados cuerpo, mente y alma, sea plena y completa nuestra vida.

Entonces ya no nos dominarán ni esclavizarán por más tiempo los sentidos corporales. Lo físico quedará subordinado y regido por lo intelectual, y lo intelectual subordinado y continuamente esclarecido a su vez por lo espiritual. No será ya la vida lo misérrima que casi siempre es, sino la trina y una vida con todas sus bellezas, con sus siempre crecientes alegría y poder.

De esto podremos colegir que el equilibrio es la acertada solución de la vida; ni ascetismo ni libertinaje. De todo lo bueno podemos disfrutar, con tal de que con prudencia y parsimonia lo disfrutemos a fin de disfrutarlo completamente.

Cuando vivamos en esta superior realización nuestros sentidos serán mucho más perfectos y más delicados a medida que el cuerpo se adelgace y sutilice con mayor flexibilidad en contextura y forma. De este modo, por caminos perfectamente naturales, llegaremos al reino de la superconciencia donde se nos revelan las supremas leyes y verdades. Y cuando en este reino entremos, no estaremos entre quienes empleen el tiempo en especular sobre si éste o el otro tienen o no los poderes que se le atribuyen, sino que seremos capaces de conocerlos por nosotros mismos. Ni tampoco estaremos entre quienes se empeñan en instruir a la gente con lo que otros dijeron, sino que sabremos cuanto digamos y podremos hablar con autoridad. Mucho hay que no conoceremos hasta llegar al estado en que se nos pueda revelar.

“Si algún hombre hace la voluntad de Dios, conocerá la doctrina.” Plotino dijo: “La inteligencia que desee ver a Dios, debe unirse con Dios.” Cuando nos pongamos en estado de recibir las leyes y verdades superiores seremos entes dilucidados, conductos por los que la verdad se revele a todos los seres.

El completamente sensible a todas las posibilidades que entraña este hondo despertar del alma, comunica a los demás la llama de la inspiración y suscita en ellos el sentimiento de un poder semejante. Continuamente emanan de nosotros las influencias de nuestra propia vida, de la misma suerte que cada flor exhala su peculiar aroma. La rosa esparce por los aires su fragancia. y cuanto está cerca de ella, queda impregnado de sus emanaciones. Una hierba ponzoñosa esparce su dañino olor, que mata a quien lo aspira.

Del alma elevada y noble emanan inspiraciones sublimes y fortalecedoras. Del alma baja y rastrera se desprenden nocivas influencias que malean todo cuanto alcanzan. Cada espíritu está rodeado de una atmósfera moral de que irradian beneficiosas o nocivas influencias.

Dicen los marinos que han navegado por el mar de las Indias, que muchas veces advierten la proximidad de ciertas islas, antes de verlas en lontananza, por el suave perfume de los troncos de sándalo que flotan sobre las aguas. De la misma manera el alma puede dejar sentir la influencia de las sutiles y silentes fuerzas que constituyen su perfume, como una bendición repartida por todas partes. Las personas dirán: “Trae paz y alegría a nuestras casas.

Bienvenido sea.” Y cuando por la calle pases, los hombres fatigados, angustiados y enfermos sentirán que una mano divina despierta en ellos nuevos deseos y los resucita a nueva vida. Y hasta los mismos brutos volverán la cabeza dirigiéndote miradas casi

humanas de gratitud. Tales son las sutiles potencias del alma cuando en ella se transparenta la divina influencia de su bondad. Cantos de gozo exhala el alma que logra la plenitud de su interior, cantos en que expresa el sentimiento de su beatitud.

“¡Oh! En el Eterno me apoyo y todo es divino para mí. Con el maná celestial acallo el hambre y con la ambrosía del cielo la sed apago. En las radiantes tintas entremezcladas de carmín, azul y oro de los refulgentes rayos de iris contemplo el amor del Padre. ¡Oh! Mis sentidos se arroban y el alma se enajena en los cantos del pintado paj arillo, en el perfume que exhalan las flores como bendiciones de suave aroma, en los poéticos celajes de la mañana y en los magníficos esplendores del ocaso.”

Quien alcanza y vive continuamente en la completa y consciente unidad con Dios alcanza tal suma de bellezas, alegrías y magnificencias, que sólo es capaz de conocer quien con el infinito poder se une. Así se logra la posesión de los más ricos tesoros durante nuestro paso por la tierra. Así se trae el cielo a la tierra, o más bien se lleva la tierra al cielo. Así se transmuta la debilidad e impotencia en fortaleza y vigor; la tristeza y angustia, en alegría y sosiego; los temores e incertidumbres, en esperanza y fe; los anhelos, en realidades. Así se alcanza la plenitud de paz, poder y abundancia. Esto es estar en Armonía con el Infinito.

Índice

Prólogo del traductor

Prefacio del autor

Preludio

1. La Causa Suprema del Universo
2. El objeto capital de la Vida Humana
3. Plenitud de vida, salud y vigor del cuerpo
4. El secreto, la fuerza y los efectos del amor
5. Sabiduría e iluminación interior
6. La perfecta paz
7. Advenimiento a la plenitud de poder. Abundancia de todas las cosas.
8. Ley de prosperidad
9. Profetas, videntes, sabios y redentores
10. Principio fundamental de todas las religiones. La religión universal

11. La suprema riqueza